This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

809
G492
est

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENT[illegible] VERITAS

ESTUDIOS LITERARIOS.

ESTUDIOS

LITERARIOS

POR

D. FRANCISCO GINER. de los Ríos

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS,
CABEZA, 12, PRINCIPAL.

1866.

803
G492 et

Al Sr. D. Enrique Villa

ya recuerdo de amistad
de su affmo

F. Giner

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

13 - 333290

Si al proponèrse coleccionar los presentes *Estudios*, hubiera atendido su autor al escaso mérito con que aparecen ante el juicio público, no saldrian por un momento ahora de la oscuridad donde están destinados á perderse. Escritos, en su mayor parte, poco despues de los veinte años, edad en que no es dado á la mediania producir sazonados frutos, deben considerarse tan sólo como hijos de ese afan que el espíritu siente por representarse sus propias ideas é impresiones, segun los acontecimientos de la vida van solicitando su atencion y promoviendo en él un cúmulo de reflexiones desordenadas é incompletas.

Muchos de estos artículos, los más antiguos, vieron la luz en la *Revista Meridional* de Gra-

nada; otros la han visto en diversas publicaciones de la córte. Al reimprimirse hoy, con las correcciones y ampliaciones necesarias para determinar más exactamente su sentido, no obedecen sino al deseo de reunir algunas de esas observaciones particulares y aisladas, por si prestándose recíproca ayuda, fueran capaces de contribuir, aunque en muy reducidos límites, á aumentar, ó á mantener siquiera despierto, el interés con que el pensamiento contemporáneo comienza á mirar en nuestra patria las cuestiones que les sirven de asunto.

Si tal sucediese, las aspiraciones del autor se verán logradas con exceso.

Madrid 1.° de Marzo de 1866.

Á LA MEMORIA

DE MI MADRE.

Pelle et carnibus vestisti me: ossibus et nervis compegisti me... et visitatio tua custodivit spiritum meum.

JOB, X, 11 y 12.

ESTUDIOS LITERARIOS.

DEL GÉNERO DE POESÍA

MÁS PROPIO DE NUESTRO SIGLO.

I.

Hay edades en la historia del espíritu humano, en que la realidad se ofrece á su vista integramente y de una vez, como un todo ordenado y enlazado en la plenitud de sus relaciones. Èpocas en las cuales, por una parte, la reflexion, que deshace y examina esa sencillez maravillosa, ó no ha tomado aún grande incremento, ó se ha levantado ya por cima de sus indagaciones parciales á contemplar la solidaria cohesion de cada término con los demás, á confesar é igualar su derecho, y á reconstituir aquella unidad perdida, recogiendo y anudando sus elementos dispersos. Épocas donde, por otra parte y consiguientemente, la vida y la civilizacion general, ó están pobres todavía de desarrollo y envueltas en el tosco

embrion de las formas primitivas, ó se muestran, despues de los rudos afanes en que han ido lenta y gradualmente desenvolviéndose, con una riqueza armoniosa de determinacion y proporciones.

Ahora bien; si se tiene presente que la poesía, como todo bello arte, tiene por fin trasladar al seno de la realidad exterior la contemplacion ideal de esta misma realidad en la fantasía, se comprenderá que esas edades, donde son tan llanas y fáciles tales intuiciones, son tambien las propias para la aparicion de una gran literatura, las que llaman é interesan más universalmente á su cultivo, las edades, en fin, poéticas por excelencia, que decimos.

En efecto, mostrar cómo en medio de esta anarquía abrumadora, de esta variedad inagotable y eterna de la vida, se sostiene idéntico el principio sustancial en que se funda, y cómo toda ella se ordena y explica en el sistema orgánico de una causalidad incesante, en el cual no hallamos cosa alguna que sea puro efecto y accidente sin razon ni verdad: tal es el objeto de la ciencia. Abarcar inmediatamente en la contemplacion sensible ese mismo sistema, de suerte que en él nada aparezca inútil y que todo cuanto vemos en el objeto se enlace y condicione con mútua solidaridad, constituye lo que solemos llamar sentido poético de la vida, la intuicion estética. Hacerlo, por último, efectivo bajo igual carácter de comunidad interior de cada parte con todas, segun se nos revela en nuestras intuiciones, proyectar objetivamente lo que de este modo percibimos, es la mision del bello arte. Y si quisiésemos precisar aún más la diferente relacion que con las cosas guarda cada una de esas tres actividades, diríamos que al través de la aparente confusion del mundo, la ciencia reconoce y determina esencialmente su

racional unidad: la fantasía, por su virtud sintética, que efectúa como una segunda creacion, la vé formalmente expresada, sin explicarse su naturaleza ni darse cuenta de sus fundamentos: el arte reproduce universal y exteriormente esta vision subjetiva, que ántes no era sino un hecho íntimo é individual, y ahora, trayendo á la realidad misma una perspectiva de su imágen, abre á todo espíritu las puertas de aquellos secretos goces.

Y si tal es la mision del arte, si para encarnarse en esos nombres que representan una civilizacion entera, necesita la infancia ó el apogeo de un período histórico, una sociedad que se inicia ó una sociedad que se completa y perfecciona, esto es, siempre una unidad que permita á la fantasía abrazar el todo de aquel momento en su carácter y expresion visibles, ¿cuál puede ser el contingente que nuestro siglo lleva al desenvolvimiento general de la poesía?

Que la edad en que nos hallamos es una edad de crísis, y no de una crísis cualquiera, limitada á esta ó aquella particular sociedad en el globo, á este ó aquel elemento de la vida humana, sino universal y comprensiva de todos, harto lo presiente el espíritu contemporáneo para que tengamos precision de decirlo: lo dicen, por nosotros, su presuncion sin igual en la historia y sus lamentos no menos vanos é importunos. Numerosa batalla libran en nuestros tiempos, no el pasado y el porvenir inmediatos, que esto acontece en cada siglo, en cada año, en cada instante, y no es privativo de ningun período, sino todo lo venidero, por un lado, y toda la vida realizada de la humanidad, por otro, encerrada como en cifra y compendio en esa última hora que, si para el hombre indiferente y desapercibido de lo que le

rodea puede sonar tan sólo como una hora más, en cada espíritu atento despierta un eco desconocido y hiere una cuerda muda y dormida hasta entonces. La Religion (humanamente hablando), la filosofía, el arte bello como la industria, la moral, el derecho, la familia, las razas y naciones, todas las instituciones y fines que nos rodean parece que se desploman y que llamadas á solemne juicio, esperan de él una nueva vida ó el fallo inapelable de su muerte. Y es que, si en toda crísis el espíritu lucha y vacila entre un pasado que ya no le basta y un porvenir que misteriosamente lo empuja, pero cuyo secreto desconoce todavía, cuado esa lucha alcanza el valor de la que hoy nos consume, no hallamos consuelo, al buscar en vano un firme muro que no amenace ruina y á cuyo abrigo amparar nuestra flaqueza.

¿Cómo, pues, en medio de esta discordancia de cosas y de ideas, de sentimientos y de aspiraciones, ha de poder la fantasía hallar á primera vista la unidad y concierto que necesita para producir los grandes monumentos del arte? No; nuestro siglo, siglo de transicion, cuya individualidad parece no sostenerse sino á costa de los que le preceden y los que han de seguirle, no es un siglo esencialmente poético. Su unidad—que la tiene—no se ofrece inmediatamente á la contemplacion sensible, sino que requiere para ser conocida la perseverancia de la meditacion y los esfuerzos del entendimiento. Época intermedia, de oposicion y contrariedad, aparece en su forma herida de contradiccion, envuelta en un caos donde nada dice bien con nada y la vista del todo se hace imposible por el exterior desconcierto de las partes. No espere nadie de ella una sola de esas obras artísticas en que el poeta, uniéndose á la realidad, abierta á su serena mirada, concentra largo

tiempo su inspiracion sobre un asunto que constituye la vocacion ideal de su vida. Ese sentido plástico que engendra la epopeya y el drama objetivo, es enteramente extraño á la literatura de nuestros dias. La voz de esta edad no puede modularse en un solo acento: ó, por mejor decir, nuestra edad tiene muchas voces discordes entre sí y de donde parece imposible que resulte el acorde fundamental que haya de caracterizarla en la historia; yerra grandemente quien imagina hallar ese acorde en un solo poeta predilecto, Göethe ó Leopardi, Byron ó Manzoni, Schiller ó Espronceda. Todos, sin duda, son hombres de su siglo y la historia habla en todos; pero toda entera no habla en ninguno, como habló en Homero y en Dante.

Disuelta la intuicion de la unidad del objeto, piérdese la armoniosa concordia entre la realidad y la fantasía; vélase aquella de impenetrable misterio, que deja apenas entrever á la anhelante inquietud del espíritu, episodios truncados, páginas interrumpidas, fragmentos heterogéneos que parecen aguardar á que los interprete y coordine la nueva síntesis que presagia el porvenir. Por esto, abierta la poesía contemporánea á todas las influencias, presentes como pasadas, íntimas como exteriores, altas y nobles como pequeñas y triviales, y obedeciendo á ellas con versátil docilidad, espejo que reproduce alternativamente las más encontradas impresiones con la misma rapidez con que pasan y se olvidan; apasionada de todas las ideas y entonando en su honor himnos de triunfo que convertirá mañana en su oprobio; movida más de la ocasion y del accidente que de la voz siempre igual de su propia naturaleza, en vano aspira al laurel épico y dramático, que necesita para brotar más serenos tiempos y más anchos

horizontes que los que puede alcanzar su conturbada vista.

¡Qué mucho si esta viva contrariedad que reina á nuestro alrededor, como dentro de nosotros, y que opone al hombre ya con el mundo exterior, ya con los demás, ya consigo mismo y con cada uno de sus diferentes momentos y expresiones, al trascender al arte, engendra en él hondo desaliento y afanosa duda, y hace que mirando en este desórden el signo infalible de la agonía del objeto poético, que cede apresurado el paso á la prosa, á la reflexion, á la ciencia, prorumpa en dolorosos vaticinios y trace del porvenir de la poesía el pavoroso cuadro que, reasumiendo el sentir comun de nuestra edad, bosquejó la pluma terrible de Hegel!

Mas si vemos que los dos términos primarios del arte—la realidad sensible y su concepcion ideal en la fantasia—se dan ambos como permanentes é indisolubles, y que este sentido poético que nos mueve á detenernos complacidos á cada instante para contemplar la hermosura de la vida, léjos de morir en nosotros, nace y renace sin cesar con igual espontaneidad y viveza á la primera impresion que nos hiere, sin agotarse con la distraccion de las necesidades prácticas, ni con el trascurso de los años, ni con la inconstancia de la mudable fortuna: y si lo hallamos como una fuerza vivificadora del espíritu que ennobleciendo nuestras alegrías, purificando nuestros dolores y mezclándose á todos los sucesos que nos tocan é interesan, lo sostiene en medio del accidente y nos hace amarlo é intimar con él, ¿qué crédito hemos de dar á esos funestos presagios, contra los cuales protestan de consuno el sentimiento, la razon y la historia?

II.

Es, pues, el arte vocacion perenne y esencial de la humana naturaleza, y no es más fácil encontrar un pueblo extraño á él que una sociedad sin religion ó sin gobierno. Esto sentado, ¿cuál, entre todas sus diversas formas, puede competir en universalidad con la poesía?

La arquitectura exige, para salir de los groseros ensayos con que satisface las necesidades inmediatas de la vida y alcanzar un valor independiente, sustantivo y realmente artístico, el amparo de civilizaciones adelantadas: la escultura y la pintura, una larga preparacion que habitúe el espíritu al dominio de los materiales que ha de emplear en sus obras, la música, que usa ya de un modo de expresion comun y familiar á todo hombre—el sonido—es el arte que más difícil y lentamente consigue desligarse de la servidumbre á que la sujetan las demás y adquirir una importancia peculiar y exclusiva; sólo la poesía, que halla á su alcance sin preparacion alguna técnica el medio universal por excelencia—la palabra—tiene desde luego una existencia libre, como que no depende sino de sí misma, y mudando al compás de la cultura social, nace con el hombre y resiste y vence á todas las desigualdades de los tiempos.

En razon de esta universalidad y perpetuidad que ofrece por oposicion á las otras artes, no hay edad, grado, ni vicisitud en la historia que por más apartada de estas que permanezca, no busque en la poesía su representacion característica y propia: y

hé aquí entónces cómo la época presente, con no ser favorable á las grandes manifestaciones literarias que reflejan en su plenitud una civilizacion, tiene por ley inevitable su género particular de poesía. Cuál sea éste, nos lo dicen la razon y la experiencia diaria.

Una constitucion social sensiblemente definida, de suerte que pueda ser inmediatamente vista en su unidad total, es—segun hemos indicado—la primera condicion histórica que requiere la aparicion de los géneros superiores poéticos; y esta claridad y trasparencia sólo la logran los pueblos al germinar ó al florecer su vida, que es cuando se dejan contemplar en la union y concierto de sus fuerzas. El primero de estos períodos engendra la poesía épica; el segundo tiene su expresion ideal en la dramática. Ninguno, pues, de estos dos géneros corresponde á épocas de transicion y de crísis: y si para el poema épico, en sus diferentes variedades, falta en ellas aquel modo sereno de sentir el objeto en la raiz fundamental de su vida propia, sin apartar de él los ojos y prescindiendo de los movimientos interiores del poeta, el drama, épica viviente y último término de una literatura, no puede mostrarse en su nativa libertad y pureza hasta que, desenvuelta proporcionadamente la infinita multiplicidad de elementos y partes que encierra la sociedad humana y cuya complicacion rompió, al aparecer, la calma de su edad primera, vuelva á enseñorearse de la realidad exterior la perdida unidad, repuesto ya tambien el espíritu en el dominio y régimen de sus potencias.

Pero queda otra clase de poesía. Apartada la imaginacion del mundo que halla á su alcance, y en el cual no ve sino accidentes, perturbacion y discordancia, se siente incapaz de una contemplacion obje-

tiva de las cosas, no ménos imposible por su propia turbacion que por la voluble instabilidad de aquellas, y se reconcentra en sí mismo, donde la unidad de la conciencia se le figura como única entre tanta variedad desordenada. Una secreta voz le advierte á cada contrariedad que sufre: «en tí residen la hermosura, la libertad y la vida; fuera de tí no hay más que deformidad, esclavitud y muerte.» ¿A qué, pues, acudir á lo exterior buscando en vano norte y luz para sus inspiraciones, si él posee un tesoro inagotable de armonías? Tal es la pregunta que en épocas como la nuestra se dirige el espíritu; y á esa pregunta, que levanta un eco inefable en lo más íntimo de su sér, responde la poesía lírica.

Con efecto, en ella el poeta intenta desprenderse de la realidad externa, que sólo como ocasion y estímulo para las expansiones de su sentimiento, en que se borra y desparece, puede valer á sus ojos, saca de su vida interior el fuego que enciende su apasionada fantasía, y la convierte en el perpétuo asunto que ha de individualizar en sus cantos. Cuando todo vacila en torno suyo y el exuberante contraste de los pormenores lo abruma y lo sofoca; cuando no halla satisfaccion ni reposo en los vagos recuerdos de lo pasado ni en la dolorosa inquietud de lo presente; cuando, suspenso el ánimo en medio del fragoroso conflicto de ideas, de intereses y de afectos contrarios, no distingue en todo su horizonte visible un sólo punto de luz ni un sólo acuerdo entre él y lo demás, vuelve sobre sí propio é imagina que hallará en un místico recogimiento la paz y la armonía que la vida comun le niega.

La poesía exige, como todo arte, un asunto, algo real, de cuya union con la fantasía del artista, nazca la concepcion que ha de trasladar en sus obras;

no hay poesía sin objeto. Ahora bien, si esta union aparece imposible para el espíritu en la esfera de lo exterior, que permanece muda y cerrada á sus ardientes solicitaciones, necesita buscar su objeto—si no ha de enmudecer él tambien—en otra distinta esfera. Y hé aquí cómo, en la lírica, el poeta es á la vez sugeto y objeto de sus creaciones, materia y forma, efecto y causa: la imaginacion halla al fin su complemento, y se complace en la conciencia de su libre imperio sobre un mundo inviolable para todos y que solamente á ella pertenece.

Por esto la poesía lírica comienza al parecer por una negacion: la negacion de la exterioridad. Pero, en rigor, esta negacion, cuyo verdadero sentido veremos, es cuando más un antecedente que la prepara; su principio y fundamento positivo es enteramente diverso. Si así no fuese, ¿podria expresar sentimientos que, como la piedad, la humanidad, el amor, el heroismo y tantos otros, salvan el límite de lo puramente individual y son de todo punto inconcebibles sin el supuesto de esa objetividad que en la apariencia destruye? Ni ¿dónde está la abstracta y quimérica individualidad exclusiva de esos movimientos del sugeto si, para trasformarse en representaciones artísticas, necesitan indefectiblemente alcanzar un sentido universal humano, en el cual se unan y comuniquen todos aquellos á quienes pretenden infundir su energía?

Lo que el poeta lírico niega á esa realidad, no es su existencia, sino su valor absoluto frente á frente de sus ideas é imaginaciones. Para él, estas son su verdadero objeto: de ellas toma su punto de partida, y su representacion, como términos y modos de su historia interior, es lo que constituye su asunto. A su lado, el mundo objetivo no desaparece; se subor-

dina y muda de aspecto. Si ántes el poeta épico lo consideró en su propia sustancialidad y como independiente de su contemplacion y de los sentimientos que en él despertara; si más tarde ha de reintegrarlo en su cabal derecho su reconciliacion con el espíritu, produciendo los círculos en que su unidad se subdivide sin perderse y que sirven de tema á las formas dramáticas, el poeta lírico, en vez de expresarlo tal como es en sí y como se trasfigura en la imaginacion que concuerda con él, sólo lo trata como motivo de sus impresiones personales, prisma interpuesto ante sus ojos, que no deja llegar hasta ellos la luz de la realidad sin romperla en mil distintos colores.

¿Que poesía, pues, más adecuada á la índole de la edad presente? ¿Qué mejor señal pudiera dar de su naturaleza? Si en ella no se muestra inmediatamente la unidad, sino la multiplicidad y la oposicion, á este carácter corresponde la lírica, cuya ley es la variedad del objeto: si cada cual siente levantarse en las profundidades de su ser la contínua protesta de su ideal exclusivo contra sus contemporáneos, y pone su anhelo en no confundirse con los demás, en desconocer toda supremacía, en romper todo yugo y en no obedecer sino á sus inspiraciones personales, la lírica tiene cantos para los ideales más contrapuestos, magníficas armonías para las imaginaciones más extraviadas, y sabe expresar en el lenguaje celestial del arte la infinita melancolía de lo pasado, los dorados ensueños de lo porvenir y la voluble diversidad de sentimientos con que recibimos la accidentada complicacion de lo presente. Y es que, por ley de necesidad, tan pronto como la aparicion de nuevos factores en el tiempo descompone la unidad de la anterior forma histórica, impotente ya para

contenerlos, la poesía lírica, ciscunscrita hasta entónces á una esfera de exígua importancia, ó subordinada é incluida en la épica, crece y se desborda de aquel estrecho cáuce, invádelo todo y consagra con sus espléndidas bellezas la inmensa muchedumbre de perspectivas de la realidad, que á la sazon se disputan el dominio del espíritu social de su tiempo. Hasta que llegue la nueva unidad por que suspira, ella reina sobre sus rivales, é impide que se pierdan en el olvido los grandes movimientos de la crísis á que deberá aquella en parte su existencia.

No debe, sin embargo, entenderse lo que llevamos dicho, en el sentido de que cuando la lírica florece, la musa épica y el drama hayan forzosamente de enmudecer por completo. Una y otro como tendencias fundamentales del arte, viven al par de aquella; pero con una vida equívoca y endeble que se revela con harta evidencia en lo ligero de sus producciones, en su inferioridad relativa, y muy principalmente en la servidumbre con que los corrompe la despótica influencia del lirismo. El contraste del teatro griego con el de nuestros dias, á pesar del génio admirable de algunos escritores, ó el que se ofrece entre la *Divina Comedia* y el *Fausto*, son ejemplos irrecusables de que los ensayos que el siglo actual ha querido consagrar á aquellos géneros, son más bien obras líricas, ó á lo sumo intermedias; sin necesidad de recurrir, para probar nuestro aserto, á las inmortales creaciones de Byron, que sólo tienen de épico ó de dramático la intencion del autor y á veces ni áun el nombre, ó á los malhadados poemas de la *Leyenda de los siglos*. Basta sentir siquiera la índole de la concepcion épica ó del drama para conocer que la de tales producciones es totalmente diversa: el *Wallenstein* de Schiller, la tragedia quizá más

perfecta de todo el teatro novísimo, no se halla enteramente limpia de pecado, y ha sido (como los bellos poemitas de Göthe) un paréntesis en el siglo XIX.

Y es que falta, por lo comun, en todas estas obras, espíritu objetivo para concebir plásticamente una vida cuya complicacion no cabe ya en el sencillo cuadro de la literatura épica, y cuya anarquía no puede aún ordenarse en unidades interiores para formar cielos dramáticos: las efusiones del corazon y los ensueños de la fantasía, abandonada á sí misma, sustituyen á la verdad intrínseca del plan, relegan á un lugar secundario la accion, y convierten á los personajes en figuras de movimiento sin personalidad propia, que el autor maneja á su arbitrio para producir situaciones líricas ó para demostrar empíricamente una tésis.

Por esto, si bajo el aspecto de la pureza de las líneas, de la belleza de los pormenores ó de la habilidad en la ejecucion técnica, una oda de Píndaro, de Fray Luis de Leon ó de Manzoni puede alcanzar el valor estético de la *Iliada*, del *Edipo rey* ó de *La Estrella de Sevilla*, por lo que toca á la grandeza de la concepcion, á la esfera que comprende y al modo como, desde el principio de la obra, cada uno de sus varios elementos va desplegando gradualmente su individualidad característica, hasta concurrir con todos juntos á la armonía del resultado final, es sin duda alguna (y así lo ha entendido la historia) Homero superior al rival de Corina, Sofocles al autor de *La Noche serena*, Lope al de *La Pentecostés* y *El Cinco de Mayo*. De aquí tambien que el poeta lírico, reconcentrado en la expresion artística de los sentimientos que encuentra en su alma, apenas nos ilustra indirectamente acerca de la sociedad á que cor-

responde, y es un guia ménos precioso que los de aquellos otros géneros para el estudio de los tiempos pasados. Abrid una epopeya cualquiera, la de Moisés, la de Valmiki, la de Dante: allí está perpetuado el ideal de una raza, en todas sus manifestaciones esenciales: religion, ciencia, artes bellas y útiles, legislacion, costumbres, nada falta de cuanto han menester las generaciones siguientes para deducir de ese ideal la verdad real que buscan.

Pero hé aquí únicamente en lo que consiste y á lo que se limita la inferioridad del género lírico, y es en nuestro sentir desacertado atribuirle cualquiera otra causa. Cierto es que nuestro siglo nos ofrece á cada momento muestras de esa inferioridad, permitiendo la produccion de obras líricas medianamente sentidas y ejecutadas á ingénios vulgares, para quienes seria de todo punto imposible idear la más insignificante comedia, y que se hacen insoportables y ridículos cuando presumen elevarse á intentarlo en alas del servil aplauso que á nadie suele negar una generacion complaciente. Pero esto acontece tan sólo en poesías ligeras, breves y fáciles, que son como los relámpagos de una inspiracion fugitiva, nacida del accidente de las circunstancias. Las bellas creaciones que han levantado la lírica de nuestros dias á igual altura, si no mayor, que las primeras del mundo, no brotarán jamás de esas imaginaciones comunes que siembran de consonantes los álbums. El espíritu, para objetivar sus impresiones y sus pensamientos en una representacion libre que, apartándose de la expresion con que aparecen en la vida ordinaria, lo levante purificado y ennoblecido á la serena contemplacion de sus sentimientos, sin absorberse en ellos, necesita esa energía de concepcion, esa virilidad de fantasía, ese do-

minio del material que admiramos en aquellas obras incomparables.

Glorias de nuestra edad, hijas inmortales del genio, son la prueba más evidente de que si el género épico y el drama no son propios de ella, tambien los momentos de transicion, de crísis, de prosaismo, tienen su poesía, desconocida de tiempos mas tranquilos, y rinden su tributo á la imperecedera vocacion del arte.

(1865.)

DOS REACCIONES LITERARIAS.

I.

No siempre las preocupaciones se vencen con la razon, sino que más generalmente ceden, por desgracia, al imperio de otras preocupaciones diversas, que entronizan en el primer momento nuevos errores sobre la ruina de los errores antiguos, y sólo consiguen por el pronto, en vez de ilustrar el espíritu de las sociedades, imprimir distinto rumbo á las viciadas tendencias que lo dominan. La historia nos muestra como inexorable ley esta irresistible propension de toda escuela triunfante, de toda idea vencedora, á enorgullecerse con sus laureles, hasta imaginar que es la única y absolutamente legítima, negando todo fundamento á sus contrarias, y lanzando á los pueblos como á los individuos en el movimiento febril de las reacciones.

Esta agitacion tiene, sin embargo, incalculables ventajas. Porque á mas de las que siempre trae consigo la aparicion de ideas nuevas y aun la misma restauracion de ideas antiguas, que ya en el hecho de renovarse dan á conocer que no habian desaparecido definitivamente ni agotado por completo su interior

eficacia, tales conmociones jamás dejan de herir ciertas fibras del humano corazon, cuyas rudas sacudidas nos despiertan del letargo en que nos sumió el absolutismo de concepciones precedentes, condenadas por la falta de lucha al marasmo y á la incapacidad, y preparan á las naciones para una época superior, que libremente reasuma cuantos gérmenes de fecundidad se contenian en aquellas.

Merced á este tercer momento, podemos considerar la historia con un sentido verdaderamente racional y humanitario; de otra suerte, el progreso seria un nombre vacío, y la perpétua lucha de principios antitéticos, engendrando tan sólo una anarquía desenfrenada, una oposicion insoluble, una perturbacion radical y constante, conduciria á lo sumo, privada de esos términos comprensivos que, como la flor en la planta, coronan á la vez el pasado y envuelven el porvenir, á una postracion que apenas es tregua y de ningun modo reposo, á una transaccion miserable, que no es la armonía de la libertad, á una indiferencia que no es quietud, á una enervacion mil veces peor que la muerte.

Este es asimismo el fundamento de las esperanzas que pueden abrigar los espíritus bien sentidos respecto del movimiento progresivo de la bella literatura. ¡Cuántos antagonismos, cuántos desconciertos constituyen aun, sin embargo, el cuadro de esa vida enferma en que se agita impotente con las grotescas contorsiones de un liviano histrionismo! Si fijamos en él los ojos, vemos la poesía abandonada á pobres adulaciones del oido, supliendo con una forma ampulosa la virilidad del pensamiento que no la anima, vistiendo con sus hinchazones el vacío, ó entreteniéndose en cultas puerilidadas académicas, ó bebiendo su inspiracion en las rastreras vulgaridades de la plaza

pública; la novela, mintiendo á su sabor la historia en sus relatos, la filosofía en sus declamaciones y la realidad en su *realismo:* pretendiendo convertirse en profecía sibilina, ó en maestra de política y de moral, ó en repugnante espejo de crímenes y miserias; la elocuencia, gimiendo en la servidumbre de intereses egoistas, sin más idea que el mérito propio, sin más sentimiento que la vanidad, sin más aspiraciones que la novedad y el aplauso del instante: tomando su pálido resplandor de vida del mezquino reflejo que le presta el despotismo absorbente de nuestra política actual, tan grande que todo lo abarca y tan pequeña que todo lo sofoca; y sobre ese rumor de lamentaciones, y sobre esa tempestad de alaridos, y sobre ese caos, donde la agonía de lo pasado lucha y se revuelve con la elaboracion de lo futuro, dos ó tres espíritus generosos, acalorados por una inspiracion verdadera, pero cuyos acentos, apenas atendidos, si logran interesar cariñosamente á los corazones que no ha emponzoñado la viciada atmósfera en que respiramos todos, no pueden romper sino con lentitud extrema las vallas de nuestra cultura: se adelantan á su tiempo, y por lo mismo que nacen fuera de sazon, son frutos preciosos é inestimables.

¡Qué espectáculo tan propio para causar el desaliento de tantos como sin parar mientes en la verdad entera de las cosas, sienten enardecerse su alma con nobles ilusiones! ¡Qué crísis tan laboriosa y turbulenta esta, en que apunta el gérmen de otra edad, de otras ideas, de otras formas! ¡Qué mucho, si al ver ante sus ojos ese sombrío cuadro de quejas y de esperanzas, al hallar borrados con esta infinita variedad de detalles, con esta exuberancia de pormenor—á un tienpo salud y gangrena de lo presente—

las líneas generales de la historia, al desorientarse sobre la eterna cuestion de lo por venir, más grande y más terrible cuanto más de cerca tocamos á ella, haya quien vuelva el rostro á los recuerdos, niegue el progreso ó lo desconozca, y pretenda encadenar el génio al servilismo de la imitacion y contener la sávia del espíritu en los moldes de antiguos ideales!

Disculpemos ese culto de lo pasado, que es sin embargo el menos fecundo de los cultos. Pero disculpar no es aprobar ni aplaudir. Si este desconcierto, natural en épocas de transicion como la nuestra, puede esplicar el sentimental desden con que se mira el dia de hoy bajo el criterio vulgar del sentido comun, la razon no autorizará nunca que se sustituyan las declamaciones á la verdad y que sólo se tenga en cuenta, para juzgar un período histórico, el elemento de exclusion y muerte que necesariamente encierra, prescindiendo de la afirmacion que tambien necesariamente inaugura.

Todavia resuenan en los oidos de la generacion actual los lamentos de aquellos hombres frívolos que soñaban con romper la perpétua continuidad del tiempo, proscribiendo la Edad Media, su literatura y sus artes, y que olvidando que el Renacimiento habia venido para cooperar providencialmente al desarrollo de la idea contenida en aquella misma literatura, imaginaron encontrar en la evolucion neoclásica el nuevo Lázaro de una eternidad imposible, surgiendo del sepulcro de la barbárie á los conjuros mágicos de la civilizacion. Y con todo, esos lamentos ya nadie los escucha; de esos sueños ya nadie se cuida; á esos milagros ya nadie les da crédito; esa escuela ha muerto para siempre.

Calientes, empero, están aún sus cenizas, y este calor inspira un galvanizado aliento á escritores

atareados con grave seriedad en arrancar de su corazon el sentimiento natural espontáneo, de su razon la verdad y nobleza del arte, y de su fantasía la imágen viva de la realidad que palpita, para incrustar en su espíritu los afectos del mundo pagano, la convencion y servidumbre de la inteligencia, y la pálida sombra de aquellas remotas edades. Semejantes, como ha dicho un novelista, á esos pobres aldeanos que salmodian oraciones en latin, cuyo sentido desconocen, piensan renovar el mundo, y lo envejecen; ofrecer el acabado trasunto de una civilizacion, y la falsifican; dar vida á la historia, y la disecan.

Maravilla insigne es que algunas de esas tentativas hallen aún favor entre nosotros, merced á la falsa educacion artística de algunos que, tomando por insigne originalidad una insípida extravagancia, las califican, no sin reprensible ligereza, de *verdaderos acontecimientos literarios.* ¡Ojalá lo fuesen realmente! Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos, que diria D. Quijote, en que la aparicion de una mala tragedia de gabinete (por ejemplo) constituya un *verdadero acontecimiento!*

Mas hay cierto progreso en esta última fase del neo-clasicismo; pues mientras sus manos trémulas han dejado caer la direccion de las fuerzas vivas del arte, reduciéndose su culto á la adoracion misteriosa y secreta de unos pocos, huye tambien generalmente de imponer su forma á las ideas modernas, y se limita á escudriñar la historia en busca de antiguos asuntos que penetrar de su espíritu y vestir con las galas de su eterno museo de arqueología.

No siempre, con todo, estas historias arraigan en la historia verdadera, ni la arqueología de estos literatos de academia y salon se parece en muchas oca-

siones á los estudios que honrosamente llevan este título. Si en el órden estético la idea no infunde su energía interior en dichas obras, porque no es tal idea artística, sino una concepcion política, religiosa, etc., prosáicamente didáctica, que les da cierto color de fábulas morales; y la accion no está presentada como el despliegue de una unidad íntima, sino ajustada ritualmente á las prescripciones formalistas de hace diez y nueve siglos, ó bien constituye un tegido, sin plan ni objeto, de cuadros cuya alta pretension plástica recuerda el gran final del famoso *Cerco de Viena*; y los caractéres son por lo comun desdichadamente pobres, porque el autor no puede desprenderse por completo de las influencias contemporáneas en cuyo seno vive, y de aquí esa doble falta de color histórico y de sentido actual, que presta á sus personajes una vaguedad monótona y fastidiosa; y el estilo, en fin, solo muestra una mezcla insoportable de frialdad é hinchazon, á la cual se añade, como parodia de la encantadora sencillez del arte griego, una ridícula vulgaridad y un inagotable prosaismo, bajo el concepto de la erudicion, la historia no está entendida en virtud de un pensamiento prolijamente madurado sobre ella, sino aprendida por fórmula para satisfacer las exigencias perentorias de la ocasion; el tinte local es falso; los detalles, apócrifos; las relaciones, inventadas; el cuadro entero de la vida, supuesto.

II.

Pero abandonando ya esas novelas, esos poemas, esas tragedias y esos cantos á la complaciente admiracion de sus autores y amigos, y recordando ahora las primeras consideraciones arriba expuestas, vengamos al otro término de la cuestion que nos ocupa.

Puesto que la reaccion toca á su fin y en el mundo de la literatura viva nadie se inspira ya de sus pompas fúnebres, ¿á qué idea ha cedido? ¿Ha descendido de su trono pacífica y reposadamente, como el sol del horizonte, ó ha sucumbido despues de una de esas oposiciones encarnizadas que levantan, dijimos, el absurdo de hoy sobre el absurdo de ayer? Hénos aquí conducidos á esta segunda consideracion.

Por desgracia, nuestra respuesta no puede ser tan satisfactoria como desearian los que, llevados de un optimismo abstracto, olvidan la eterna lucha, propia de nuestra existencia.

La idea á que se vió obligado á ceder el neo-clasicismo, fué la idea romántica, que en su natural desenvolvimiento habia de infundirse más plenamente en la vida, y que comprimida tanto tiempo en las entrañas del mundo artístico por la reaccion que dirigia la soñolienta escuela traspirenáica, debia estallar como un volcan, rompiendo y pulverizando el frágil obstáculo de un molde impotente ya para contenerla. Sobre las ruinas de la belleza pagana, habia nacido otra nueva belleza, expresion de un inmenso progreso en la humanidad, principalmente señalado por la aparicion del Cristianismo y la des-

aparicion de las antiguas nacionalidades. Esclavizada al principio en las cadenas de la forma, que sólo la gracia de su íntima vitalidad parecia rejuvenecer; luchando más tarde y rebelándose contra ella, sin reparar en el escaso dominio que sus medios técnicos de entonces le ofrecian; venciéndola despues con no acostumbrada libertad y grandeza, para fundar últimamente su mútuo y perpétuo acuerdo en las sublimes creaciones de génios admirables, la nueva idea no ha roto su tradicion, y marcha siempre, al través de las contrariedades que asaltan á todas las ideas y se interponen en todos los caminos.

¿Es, sin embargo, ésta la manera con que el neoromanticismo, principalmente iniciado en Francia (eterna patria de las reacciones y de las revoluciones) como una protesta de los sentimientos modernos contra la anterior manifestacion, ha concebido la literatura y llevado á cabo sus obras? Nada menos que eso. Precisamente la idea de progreso real es la que más falta en casi todas esas obras. Ni por su ideal, ni por su mérito artístico, pueden considerarse tales producciones como superiores á los grandes monumentos de los siglos medios, á los de nuestros siglos XVI y XVII, á los que otros países de Europa han levantado en época más reciente. Por ninguno de los dos elementos que avaloran la obra individual del poeta y la distinguen de la obra social de su tiempo, encarnándola al par profundamente en ésta, revelan el progreso más leve. Sólo tomándolas en conjunto, completándolas unas con otras, mirándolas como frutos de rebelion y como negaciones críticas, señalan un adelanto que sus mismos autores ignoran; sólo entendiendo sus alaridos como gritos de guerra, podrán tolerarse, cerrando los ojos sobre su ingrata desarmonía.

Ahora bien, ¿están ya en su lugar esas rebeliones y esos alaridos? Ora contemplemos ese fisiologismo que con tanta gloria como talento ha representado una mujer ilustre, apoteósis de la pasion, anacronismo estupendo en tiempos que se aplican con atencion preferente á educar en el bien al individuo y á construir el mundo social y sus diferentes relaciones sobre la firme base de un más rigoroso derecho; ora ese naturalismo realista, perpétua calumnia de la realidad y de la naturaleza, impropia del sentido humano de una filosofía que pone su anhelo en mostrar la conformidad íntima del mundo con el pensamiento de Dios, y que sintiendo latir la verdad esencial de las cosas bajo la mezquina corteza del accidente, hace de esa corteza diáfano cristal que ilumina el verbo eterno de la idea; ora ese individualismo grosero, para el cual es tanto más grande el hombre cuanto ménos espíritu desenvuelve y más se absorbe en una vulgaridad estrecha é insignificante; ora esa idolatría de la expresion que, en odio al antiguo formulario de asuntos prescrito al artista y poniendo el secreto de la belleza en la ejecucion y el estilo, todo lo envuelve en su nivelador desden, y concede interés igual á Dios y al bruto, á la caida fatal de la piedra y á la más alta manifestacion de la libertad humana; ora, en fin, esa intentada resurreccion de asuntos de la Edad media, arrojados al palenque del arte contra la resurreccion de asuntos clásicos; esa profanacion de los venerandos restos de la antigua fantasía, que los abandona insepultos á la sacrílega voracidad de los copistas y plagiarios; esa teoría de la incorreccion y el desaliño—holgazanería del pensamiento,—lanzada como un reto á las atildadas composturas de la escuela rival agonizante; esa negacion de todo principio absoluto en la

hermosura, esceptisimo frívolo é inpertinente, levantado contra la rigidez dogmática de los vencidos que á todas horas clamaba:—«fuera de la iglesia pagana, *nulla est redenptico!*»—aunque sinteticemos todas esas aberraciones en la unidad de su locura y su delirio: ¿qué herencia dejamos á la generacion de mañana? A esa generacion que se agolpa ya alrededor nuestro y llama impaciente á nuestras puertas, ¿qué le responderemos, cuando fatigada de escudriñar inútilmente la historia literaria de esta época, abra nuestros sepulcros y nos pregunte por el ideal de nuestros dias?

III.

Tiene el espíritu de los pueblos recónditos abismos, donde nunca llega la mirada de la vida comun ni acierta á penetrar la historia meramente política, que con tantas pretensiones diariamente se ofrece á nuestros ojos. Mientras las instituciones prosiguen su camino llenando el fin providencial á que obedecen, progresa tambien el pensamiento humano é informa de su propia sustancia nuevas ideas que no trasluce la marcha acompasada de los sucesos exteriores. Prepáranse en su fondo otras fórmulas distintas que engendrarán á su vez nuevos órdenes de cosas; y cada esperanza burlada, cada bien presentido, cada necesidad mal satisfecha por el sistema social que á la sazon rige, es un elemento más, añadido á aquella obra interior, de pocos vislumbrada y de nadie bastante comprendida. Los murmullos confusos de esas aspiraciones—nunca declaradas con precision en su principio, sentidas con igual oscuridad por los mismos á quienes más profundamente conmueven y que sufren sin pensarlo el yugo de las preocupaciones históricas, sin atreverse á luchar con ellas, porque ni aun sospechan que han de vencerlas en su dia,—son como esos rumores de las arboledas que el viento trae á nuestro oido: si alguna vez parecen voces humanas, jamás se entiende lo que dicen.

Natural es que así acontezca. Comprimida toda pretension de novedad por la fuerza y el prestigio de lo existente, que acalla los impulsos del corazon, iniciados á lo sumo como señales de la dolencia,

nunca como indicaciones del remedio, nuestra propia razon se niega á darse cuenta de ese gemido interior que resuena en nosotros, nuestro propio sentimiento lo teme, nuestra propia voluntad lo sofoca. Hasta que generalizado poco á poco su contagio, se fortalece con las simpatías y aun con los mismos recelos que excita, y ese gemido es un grito de muerte, y su eco una revolucion.

¿Qué es lo que propiamente señalan las revoluciones? Una desarmonía entre el espíritu de su época y la forma exterior que lo contiene. Pues en esta desarmonía tiene uno de sus primeros fundamentos el ideal artístico. Esas aspiraciones, comprimidas en la conciencia de la generalidad por la ineludible tiranía de la costumbre; desterradas de la predicacion científica por el miedo á la opinion, cuando no por el respeto á la ley; apenas encerradas dentro de la esfera del puro sentimiento individual en la oracion religiosa, hallan en el arte un campo donde formularse libremente, una materia que trasformar á su antojo, un mundo donde reflejarse como en un espejo, una vida entera que crear y desenvolver, símbolo espontáneo, cuyo secreto no siempre lo sabe quien lo posee, y que las más veces brota por sí mismo, ocultando bajo el disfraz de los sentimientos actuales del artista, el pensamiento completo de la generacion á quien se dirige: bajo la espansion del estado íntimo de su alma, aquel cúmulo de emociones, afectos y presentimientos que en todos se halla latente sin llegar todavía á formar opinion.

Esto sentado, ¿podrá nadie sostener con fundamento que puede el arte literario vivir sólo de las memorias, por gloriosas que sean, de otras edades? ¡Locura evidente que atestigua un juicio ligero é inconsiderado!

Por desgracia, segun hemos dicho, el espectáculo de las letras contemporáneas, en su generalidad, no es el más á propósito para tranquilizar á cuantos no sientan una fé irresistible en el destino y la perpetuidad del arte. Así como en el campo de la literatura bella este desaliento ha podido mantener algun tiempo más al espíritu pátrio en la servidumbre del galo-clasicismo, en la esfera de la literatura crítica ha dado lugar á sentimentales declamaciones, á lúgubres vaticinios, que increpando el prosaismo de nuestra época, suspiran por lo que fué y tiemblan por lo que será: lugares comunes frívolos, agenos á la verdadera comprension de la belleza, por medio de los cuales se busca un consuelo á males presentes en el recuerdo de bienes perdidos, frecuentemente imaginarios. Ni sirve que tales opiniones tengan en su abono la autoridad de nombres respetados: que las almas mejor templadas tienen á veces momentos de desmayo; como las más pobres, relámpagos fugaces de vigor y de energía.

Desde luego puede admitirse que los progresos de la civilizacion, al determinar, por ejemplo, con más exactitud y justicia las diferentes relaciones sociales y las esferas de la actividad humana, distinguiendo superiormente deberes y derechos y constituyendo más armónicamente la vida tienden á disminuir cada dia lo arbitrario, irregular y vago, distribuyendo racionalmente la espontaneidad y libertad que en lo antiguo absorbian determinados centros. De este modo y en este órden de ideas, puede decirse que la historia de las edades heróicas (donde el poder, concentrado en grandes personalidades irresponsables, rompe toda clase de trabas) abunda en rasgos de una justicia más rápida y terrible que la de los procedimientos, menos injustos é inseguros, pero

tambien menos breves y ejemplares, de nuestros códigos modernos, en cuyo concepto muestran mayor belleza, toda vez que ofrecen el desenlace de la accion criminal (la pena) inmediatamente unido á su manifestacion, con los caracteres plásticos y dramáticos de un desenvolvimiento completo, sintéticamente apreciable. Semejante modo de considerar el progreso es, sin embargo, puramente superficial, porque deteniéndose en los accidentes que señalan la fisonomía de un período histórico, no desciende á lo íntimo y profundo de él, ni muestra cómo el espíritu humano se ha engrandecido, y aumentado por consiguiente en condiciones artísticas, con las superiores determinaciones que alcanza, con los nuevos horizontes abiertos á su exploracion sublime, con esas mismas concepciones del derecho, cuya práctica tan mísera parece á algunos. Si la moderna elocuencia parlamentaria ha desmentido á los que juzgan la vida política de los últimos tiempos como una conquista de la vulgariad sobre el arte, la verdad y la inocencia han hecho resonar en nuestro prosáico foro palabras más elevadas y poéticas que todas las inhumanas justicias atribuidas por la fantasía popular á la arbitrariedad indomable de don Pedro el Cruel.

Pensar otra cosa es olvidar la realidad y sacrificarla á inútiles lamentaciones, propias sólo de espíritus frívolos que repiten maquinalmente cuantas proposiciones hallan formuladas á su alcance, sin tomarse el trabajo de examinarlas. Se dice que era más bello el mundo pagano; ¿quién seria osado á cambiarlo por el nuestro? Se dice que era más artístico el feudalismo; ¿quién lo prefiere á nuestra constitucion social? Y si alguno pretende que pudiéramos aceptar aquellas literaturas sin aquellas

civilizaciones, opinion que no muestra gran cordura, considere y medite que es el arte manifestacion libre, pero natural, de la sociedad en que vive, no fruto aislado del ingenio y de la erudicion: que no puede divorciarse de ella, so pena de morir, como la rama cortada del tronco: y que hay, en fin, que tomarlo todo con el arte, ó dejarlo todo con él.

No nos dejemos arrastrar por mezquinas apariencias; penetremos en la esencia y razon de las cosas, y consideremos que, como dice un crítico, para adoptar las formas de otras edades, debiéramos empezar por renunciar á nuestras ideas. Contra los restauradores de ayer, todos combaten; pero aún siguen muchos la bandera de los restaudores de hoy.

Patente es el derrumbamiento de la reaccion greco-romana: con irresistible evidencia la vemos morir ante nosotros: ya no dirige la comunion artística, y apenas obtiene, de los escasos amigos que en su adversidad le restan, una proteccion de que nadie se cuida. Todos vemos el ocaso de aquel sol; pero ¿dónde apunta la alborada del de mañana? ¿Acaso en esas apocalípticas profecías de un porvenir preñado de misteriosos prodigios, que no serán ya, como hasta aquí, hijos y continuadores de los prodigios de antes, sino algo inesperado y sobrenatural, augurio mal avenido por cierto con esas otras aseveraciones de que ha terminado para siempre el imperio de lo sobrenatural y de lo inesperado?

Porque leccion digna de ser tenida en cuenta es la que nos dan la mayor parte de los fervorosos apóstoles del flamante renacimiento á que aludimos. Unos se convierten ya en sacerdotes y pontífices de ese futuro tenebroso, pasando así del culto de lo pasado, al culto de lo porvenir, y desdeñando detener el presuntuoso vuelo de su fantasía sobre esta hu-

milde actualidad de lo presente, á no ser para denigrarla, para vaticinar su próximo fin y echarle en cara sus miserias; á ella, que tantas y tan costosas grandezas conquista para sus detractores cada dia con la santidad de su trabajo y con el sudor de su sangre! Otros, al sentir cómo flotan sobre el mar muerto de su espíritu los helados cadáveres de ideales que ya no logran vencer la indiferencia pública, cuando parecian destinados á eterna gloria, doblan desalentados la cerviz ante esa inflexible impotencia de las resurrecciones, y son ruinas vivas que testifican con su ejemplo la imposibilidad de una poesía sin fé y sin entusiasmo. Poetas mientras enardeció su corazon la novedad de aquellos recuerdos que, por su mayor proximidad á nuestra época y por la misma proscripcion que los envolvia, pudieron creerse con vida real y vencer con justo título á los galo-clásicos, tan pronto como el calor de la novedad y de la lucha ha cesado de alimentar esas llamaradas fátuas, se han visto solos, trovadores errantes á las puertas de una sociedad que ya no se conmueve fácilmente con magos, ni con aventureros, ni con princesas encantadas; han implorado hospitalidad á esas puertas, y no se les ha dado: han llamado á gritos á su propio corazon, y sólo les ha respondido el eco; hasta que amedrentada su tenaz porfía, los han hecho enmudecer la soledad, en derredor suyo y, dentro de sus pechos, el vacío.

IV.

Sufren la pena de su culpa. No han vivido más que de las memorias de otras edades, y el pasado no tiene bastante sávia para nutrir una literatura: bien lo saben ellos, que tanto lo han repetido á sus adversarios. Vencieron los recuerdos más recientes á los más remotos y los sepultaron en el olvido: nada tenian ya que hacer en la vida, y sus ciegos bardos, sin comprender esta ley, han roto con el mundo, y el mundo comienza á pagarles con esa fria estimacion, que es el estertor del aplauso. No han bebido su inspiracion en la realidad; habituados á idolatrar las suaves tintas que la lejanía presta á los términos, y la belleza de los grandes lineamientos de la historia, han temblado ante una fatigosa contemplacion, erizada de contradicciones y detalles que vistos de cerca encubren sus puros contornos, y se niegan desdeñosos á descifrar el enigma de lo que existe. No han dado, finalmente, forma al ideal contemporáneo: porque los ideales no son ojeadas retrospectivas ni predicciones fantásticas, sino imágenes de la vida, esto es, de la esperanza unida al recuerdo en la perpétua continuidad del presente.

Las reacciones, poderosas para destruir, son impotentes para fundar. El espíritu de la humanidad se repliega en ellas sobre sí mismo; pero no para quedarse estacionario en aquel punto, sino para concentrar sus fuerzas, elevarlas á un grado que le permita quebrantar las cadenas con que lo retienen principios que han cumplido su destino, y entrar en un superior momento de civilizacion y acti-

vidad. Así la literatura, trasunto el más acabado de ese espíritu, despues de recoger sus fuerzas, rompe hoy tambien los diques en que la sujetaron las preocupaciones de todos géneros y, como el poeta florentino,

Per correr miglior acqua alza le vele.

Tengamos confianza y esperemos. Dia vendrá en el cual los gérmenes de salud que hierven en el seno de nuestra edad, se desenvuelvan en una síntesis más perfecta, que tambien hallará su fórmula. Y mientras tanto, aprendamos en la perenne enseñanza de la historia, ya que no en el severo precepto de la razon, á no poner en la lucha el fin de nuestras aspiraciones y á no tomar los arreos del combate como el vestido adecuado de la paz y del reposo.

Puesto que á la política miramos hoy todos, aprovechemos la leccion entrañada en esas reacciones que, desconociendo su mision crítica y negativa, pretenden imponerse, engreidas con el triunfo, como fundamentos de construccion, y presumen de leyes orgánicas y totales. Así se impone la centralizacion, que solo fué el grito de guerra contra el privilegio corporativo é individual: la omnipotencia del pueblo, que lo fué contra el derecho divino: el teocratismo y el socialismo, que lo son contra esa pasion turbulenta de las formas políticas, que para nada se cuida del contenido de estas formas y del estado interior de la sociedad. Pero ¡ay de todas esas presunciones! su victoria no es más que la mitad del camino.

Mucho contribuirá á este progreso que todos sienten acercarse, el que empieza á distinguirse en la crítica. Mientras, guiada por convencionales re-

glas, tuvo los ojos fijos en lo que podia ser, cuando más, exacto resúmen de alguna parte del pasado, nunca ejemplar invariable de la humana fantasía, apenas dió un fallo que no haya sido revocado por la posteridad. La caprichosa anarquía que despues la abandonó al juicio individual, ageno de todo principio seguro, protestó contra aquella frialdad monótona que hacia lugar de impasibilidad severa, y en nombre de la libertad la prostituyó al escepticismo, degenerando en esas luchas personales que hoy mismo vemos repetirse con demasiada frecuencia. Contra la peregrina razon de que *así lo hicieron los antiguos* (muchas veces falsa además) y la de *sobre gustos no hay disputa*, se levanta la nueva crítica, que apoyada en deducciones filosóficas absolutas, nacidas del estudio real de las leyes eternas de lo bello y del arte, procura distinguir lo que á este elemento permanente se refiere y lo que está sujeto á perpétua mudanza. La creciente difusion de la estética, base indisputable de toda crítica que intente llenar su cometido: la intencion concienzuda é imparcial que ya apunta alguna vez en sus juicios, despues de haber estado tan tenazmente desterrada de ellos: el sentido, en fin, más verdaderamente libre que comienza á iniciarse en esta esfera, son esperanzas justas de que abandonando inútiles prevenciones y adulaciones miserables, se levante á la dignidad de su mision, cooperando al progreso literario con la suma de influencias (hoy exíguas, y circunscritas á fines más exíguos todavía) de que por su propio derecho puede disponer.

¡Qué idea tan falsa tienen aun de la crítica la mayoría de las gentes! ¡Cuánto se clama contra la impasibilidad de sus juicios! ¡Con que dolorosa amargura nos pintan la crueldad de su histórico escalpelo!

Y sin embargo, ninguna época menos á propósito para justificar ese sentimentalismo, que la época presente, donde tantas reputaciones se construyen al benévolo amparo de escritores amables, cuyos favores, revestidos muchas veces de cierta imparcialidad simulada que á nadie logra engañar, llevan desde la gacetilla al folletin y desde el folletin á la Academia nombres acatados, de recónditos merecimientos, coronando de verdes laureles la vida ilustre de tanto *génio* mal comprendido como se remonta á la más alta fama, merced á la parálisis del espíritu general que se deja imponer ídolos indignos.

Triste puede parecer á algunos que las falsas inspiraciones del que se imagina poeta, hijas queridas de su alma, acariciadas amorosamente por él, cuando por la á veces casi irresistible tendencia de la forma son lanzadas al huracan del mundo y á las revueltas oleadas de la opinion, para que cumplan su ley y obedezcan libremente á su destino, se encuentren sorprendidas por una inflexibilidad austera, juzgadas y condenadas en el instante mismo de su aparicion, desheredadas de toda fama, arrancados uno á uno todos sus oropeles, deshojadas una á una todas sus ilusiones, señaladas con el dedo á la maledicencia, á la burla, al desdeñoso sarcasmo de la multitud, sin que esta despiadada sentencia cuente para nada las esperanzas que ahoga, las vigilias que inutiliza, los sentimientos que hiere, los recuerdos que profana. Mas si el suplicio de esta severidad mortifica tantas quimeras y rompe tantos ideales, deber es del escritor sufrir esos juicios que pudo haber evitado, sin abandonarse á estériles lamentos ni á mezquinos rencores, sin procurar torcer el sentido público alegando causas estrañas, y sin implorar jamás una conmiseracion siempre rechazada por

la conciencia del hombre de recto pensamiento.

Esperemos que una idea más justa se haga lugar sobre la mision de la crítica, que no es otra que la de aplicar á las obras literarias los principios indeclinables del arte, frecuentemente desdeñados, ora en nombre de la imitacion, ora en nombre de la independencia. Quizá no está lejos el dia en que, como hemos indicado, se hermanen en fecundo consorcio una gran literatura creadora y una alta literatura crítica: término que presiente todo el que tiene fé en el progreso constante de la civilizacion humana, viendo trás de la lucha con el mal el perenne triunfo del bien, y bajo el desórden aparente de las existencias, la inefable armonía á que se mueve y concierta todo lo creado.

(1863.)

UN POETA.

(ELEGÍAS de D. Ventura Ruiz Aguilera.)

I.

Con el más sagrado respeto llegamos á este libro, tesoro de exquisita ternura, manantial de dulcísima poesia, historia del dolor más terrible, poema del más profundo sentimiento. Porque si las obras maestras que concibe la fantasía de los grandes ingenios y vierte luego en armoniosas formas, selladas de una inspiracion verdadera y ardiente, son merecedoras de la más legítima admiracion, y han de recibirse por la crítica con la justa desconfianza de quien teme no acertar á definir sus perfecciones: si los principios más racionales y libres en que se apoya hoy la ciencia del arte llevan á considerar ántes las bellezas que los defectos, y á colocar sobre el exámen de las minuciosidades de la letra, á todos accesible, el más difícil del sentido general del espíritu, esa desconfianza, esa admiracion se aumentan y adquieren un carácter más elevado cuando la obra que se juzga reune á todos aquellos títu-

los el de haber nacido al calor de un gran infortunio, arraigando en el noble corazon de que no ha podido desprenderse para ser trasplantada al arenal del mundo sin arrancar un pedazo de él y desgarrar sus más delicadas fibras. Entonces, el que por su dicha siente todo el poder de esa religion del dolor, que á tantos lleva al cielo, se reconoce embargado de un temor natural y, como quien duda tocar á una mariposa por miedo de deshacer sus alas, piensa si ha de atreverse á profanar el santuario donde oculta el alma sus más hondas penas y abrir con sus dedos una llaga cruel, que á muchos, sin embargo, hará encoger los hombros.

Por fortuna, el libro del Sr. Ruiz Aguilera no es un eslabon perdido en la cadena de nuestra historia literaria, un lamento, y nada más, de un espíritu conmovido rudamente; si en el sentido individual tiene esa significacion, en las relaciones más ámplias, así de la poesía como de la moral, alcanza una entidad que no es posible desconocer, ofreciéndose, ya como fruto de una inspiracion profunda frente á los vanidosos engendros de extraviadas imaginaciones, ya como una magnífica espansion de sentimientos purísimos y elevados.

Bienvenido sea, pues, ese libro que conmueve y entusiasma: bienvenido sea, como un relámpago intensísimo en medio de este camino de la vida, que locamente hacemos hasta hoy de noche y á la ventura; desgraciado el que al recorrer sus páginas no sienta con el poeta hervir las frias cenizas del corazon al abrasador contacto de una de esas lágrimas del alma que no se atreven á asomarse á los ojos por no mancharse: ese no será capaz de nada bueno, de nada noble, de nada grande; no será nunca amado, si nunca es aborrecido, y, extranjero en su patria,

con la misma indiferencia con que él vé pasar ante sí la humanidad doliente, ella lo verá pasar mañana, borrando más rápidamente su huella que borra el mar la blanca estela del navio que lo oprime.

Porque es el dolor el primero y más alto don del cielo: él levanta al hombre sobre el mundo, depura su vida, fortifica su alma, ennoblece su pensamiento, dá valor á sus alegrías: él, todo imperfeccion, como el trabajo, engrandece y perfecciona; él, todo desarmonía, como el mal, armoniza y ordena; él, todo sombras, como la noche, alumbra con una iluminacion interior la esencia de nuestro sér, y, santificado por Dios mismo, liga al género humano con el vínculo de la limitacion y de la muerte.

De ahí esa nobilísima altivez que se imprime en las almas bien templadas cuando se han purificado en el crisol de la amargura; de ahí que dé el hombre por lo general más importancia al dolor, maestro de la humanidad, que al placer; que le agite más profundamente, que obtenga más vivas sus simpatías; de ahí, en fin, que una historia de largos padecimientos, venga á ser, con frecuencia, en su opinion, la medida de los nobles caractéres, y que al escucharla diga para sí mismo: «¡yo tambien hé sufrido!»

¡Dichosos los que lloran!...
Porque han amado.

Por esto, el libro del Sr. Ruiz Aguilera no puede ménos de impresionar eficazmente el ánimo que no esterilice un helado escepticismo: cantos llenos de una tierna resignacion, ecos sublimes de una inspiracion grandiosa, fruto inestimable de un profundo sentimiento, si se muestran dignos hermanos, en cuanto al valor literario, de los *Ecos Nacionales* y las

Veladas poéticas (1) superando á tantas otras composiciones que con el mismo título y fama convencional nos hacen aprender de memoria y nos pregonan por costumbre, ofrece, en otro concepto, á nuestra consideracion, el ejemplar admirable del espíritu generoso, que en vano la adversidad trabaja y pugnan por envenenar dolorosas conmociones. Leccion elocuentísima, modelo sorprendente que, uniendo íntimamente al poeta con el hombre, revela la verdad de la inspiracion en aquel y la magnanimidad del carácter en éste: ocasion, al par, de severas enseñanzas para los que traficando, necia ó malignamente, con la poesía, hacen de ella un instrumento para cantar sentimientos fingidos ó adular y servir bastardas ambiciones.

Bien es verdad que el mismo autor de las *Elegías* proclamaba esta armonía de las obras del hombre como poeta, con sus acciones como individuo, predicando en sencillas frases (2) la conveniencia de que el poeta, «si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, asi en su conducta privada como en su conducta pública,» añadiendo que «el pueblo no puede amar al logrero que le habla de caridad,» ni «al que hace alarde de virtud, viviendo encenagado en el desórden.» Palabras de profundo sentido y gratas de escuchar en una época donde la depravacion natural de siempre se halla favorecida por cierta hipocresía de moda y por el

---

(1) Posteriormente á la época en que vió la luz por vez primera este artículo, ha publicado el Sr. Aguilera las siguientes obras: *Proverbios ejemplares* (novelas.)—*El Mundo al revés* (id.)—*Armonias y Cantares* (poesías.)—*Inspiraciones* (id.) etc.—Con ellas (sobre todo con las poesías), no han hecho sino crecer su mérito y su fama.

(2) *Ecos Nacionales*, t. II, prólogo.

indulgente sensualismo de los adoradores de la forma, que en todo buscan exclusivameute las apariencias.

Y no es solo en estas líneas donde el discreto vate une á la eficacia de sus ejemplos la exposicion de máximas acertadas, estableciendo sobre firmísimas bases la naturaleza de la poesía. «La poesía en su esencia, dice elocuentemente (1), no es una vana forma, una combinacion ingeniosa de palabras, hecha con arreglo á los preceptos escritos ó segun el capricho del artista; sino la expresion más alta, el lenguaje más sublime del alma, la revelacion de la verdad, por medio de la voz armoniosa del génio.» Y en otro lugar afirma que la poesía «no es hoy un anacronismo» porque el sentimiento de lo bello «tiene condiciones de perpetuidad,» verdad insigne que expresa tambien admirablemente en estos versos:

¡Cárlos! Habrá Pasion, jamás Calvario
para la dulce y santa poesía;
siempre el hombre será su tributario.
Cisne de amor, el cielo nos la envia;
cuando ni un corazon lata en el suelo,
al patrio nido remontando el vuelo
gemirá su postrera melodía (2).

«Desgraciada la nacion, dice (3), que, á ser posible, existiese careciendo completamente de sentimiento poético; ella sí que seria un monstruoso anacronismo sin ejemplo. Ni aun en los últimos períodos de las civilizaciones antiguas más florecientes, cuando ya la anarquía y la gangrena destrozaban el cuerpo social, faltaron hombres de corazon y de fe que con su voz, eco de la de gran parte de sus con-

(1) Lugar citado.
(2) *Veladas poéticas*. Sátira en vindicacion de la Poesía
(3) L. cit.

ciudadanos, dulcificasen los dolores de la patria moribunda.» Siempre elevado, asienta su doctrina con razonamientos de incuestionable superioridad respecto del mayor número de nuestros críticos, que, con deplorable escasez de antecedentes literarios, y pudiendo raras veces confirmar sus teorías con la autoridad del propio ejemplo, se aventuran en alas del *sentido comun*, cuando no de las pasiones más odiosas, á establecer principios imaginarios, que el viento se lleva, sobre cuestiones de mero detalle, ó desorientan y extravian la opinion en fuerza de locas alabanzas y rencorosas emulaciones. Tan acertado se muestra al decir que «el poeta debe ser siempre contemporáneo, esto es, cantar su época, como cantaron la suya los líricos, épicos y dramáticos que constituyen la dinastía inmortal de los grandes génios,» como cuando enérgicamente exclama: (1) «Los versos pastorales, el idilio, la égloga, son cantos que van á perderse entre el rumor del movimiento actual,» y cuando añade que no pueden satisfacerse todas las necesidades de la presente época «con romances á las flores y con madrigales á unos ojos.»

Semejantes consideraciones, enteramente admisibles en sanos principios de filosofía de lo bello, muestran una concepcion profunda de la dignidad de la poesía, que penetra todas las obras del cantor de *La Patria;* una genial intuicion de los altos destinos del arte, testimonio veraz del recto sentido y clarísima inteligencia de un pensador reflexivo que no enerva el yugo de desautorizadas teorías literarias. ¿Qué significan, por otra parte, la oportunidad y evidencia de esas observaciones? Error frecuente

(1) *Ecos Nacionales*, t. I, pról.

es el de suponer que pueda la viveza de la fantasía, el vigor de la imaginacion, dañar en el artista á la exactitud del pensamiento y aun destruir en su espíritu todo principio de rigorosas convicciones científicas; más si el estudio de la natural armonía y correspondencia entre las facultades humanas (principalmente relacionadas en los grandes ingenios, que de otra suerte vendrian á ser monstruosas deformidades, cuyos miembros orgánicos no se desarrollarian sino á expensas unos de otros), no nos persuadiera de lo contrario, la historia viene á desmentir con la experiencia lo mismo que niega el raciocinio, combatiendo tan vano aserto, hijo de ciegas y funestas preocupaciones. El Mahabarata y la Iliada, Dante y Shakspeare, Calderon y Cervantes, Quevedo y Göthe nos enseñan que si en el hombre frívolo menos propenso á la meditacion y á la ciencia vive siempre el gérmen de la indagacion racional, esencialmente propio de su sér, con mayor fundamento ha de existir en el poeta, cuya interioridad se desenvuelve con un valor superior á la del vulgo; y cuya personalidad, característicamente determinada, abraza en una forma real el órden sensible y el de lo absoluto, Dios y la naturaleza, el tiempo y la eternidad: categoría de inabarcable comprension con que mide todo lo grande que se ha efectuado en el mundo, y todo lo grande que él es capaz de efectuar en el arte: interpretacion sublime de la realidad, que responde á la concepcion íntima, alimentada por la fantasía, de un mundo ideal, coloso tallado por el espíritu en la dura roca de la materia.

II.

Solo á las gentes que en aras de ajenos errores sacrifican su libertad de opinion, renunciando voluntariamente á la posesion de la verdad, podrán ocurrir dudas sobre cuanto afirmamos. Ni dará mayores pruebas de discrecion el que caprichosamente confunda al verdadero poeta, que se eleva intuitivamente á las verdades fundamentales, descubiertas de otra manera por la especulacion reflexiva y, desentrañando la esencia de las cosas, la revela en su plenitud, mediante aquella contemplacion que representaba á Göthe la humilde tienda de Dresde como un cuadro de Van Ostade, con el falso versificador que, á impulsos de pretensiones eruditas y de la preocupacion más lastimosa, produce composiciones indigestas, concebidas bajo la mira exclusiva de un fin didáctico, que se traduce en el proceso de la obra por inoportunas sentencias, áridas moralidades, ridículos análisis psicológicos y, sobre todo, por una insuficiencia absoluta para satisfacer al sentimiento, con lo bello puro de mezclas extrañas, ni á la inteligencia, que echa de menos la forma sistemática y doctrinal que la exposicion científica requiere. Defecto que tanto se deja hoy ver en ciertos poemas, principalmente líricos y dramáticos, servilmente subyugados al oficio de decir en verso lo que el autor no ha podido menos de pensar en prosa. Procedimiento frio y anti-estético, que modela todas las formas de la poesía sobre manifestaciones secundarias—el género didáctico y la fábula,—y donde se desconoce que, siendo el fin del arte la idealizacion de lo real por la

representacion de su esencia purificada de los elementos accidentales que la desordenan, toda vez que el mal como el error no son sino accidentes perturbadores, ajenos á la sustancia y virtualidad de los séres, cuando ésta se reproduce en su mayor elevacion, el error y el mal habrán desaparecido necesariamente, sin que el artista haya tenido que ocuparse de ellos en tal concepto.

Gloria es del Sr. Aguilera haber salvado semejante escollo, consagrando su elevada inspiracion á asuntos que tanto se prestan á esos estravíos. Ni en los varoniles acentos que arranca de su lira un enérgico patriotismo, en los magníficos cantos de *El Dos de Mayo* y *Roncesvalles*, *El veterano* y *El tributo de sangre*, *La vuelta del voluntario* y *El proscrito;* ni en las divinas armonías que nos conmueven hondamente de *La limosna* y *El abuelo*, de *El hogar paterno* y *La prostitucion*, se ve otra cosa que al gran poeta, ajeno de ampulosas declamaciones y prosáicas moralejas, á la brillante fantasía que alientan

Dios, libertad, amor y patria santos (1)

y que funde en la belleza más límpida la verdad y el bien, como se funden, en su más alta y perfecta realidad, en Dios, inimitable modelo por cuya semejanza se determina la limitada grandeza de todos los demás séres.

Nuevos laureles añaden las *Elegías* á la corona del modesto vate: laureles tejidos con espinas y entrelazados de ciprés. Diálogo sombrío con la muerte, se llama á este libro en el prólogo que lo antecede, cuyas voces «son extrañas, como que se dirigen á otro mundo, y las responden bocas que no tienen lengua,

(1) *Ecos Nacionales*, t. II. Culto del alma.

y que él (el poeta), dice en su poesía misteriosa ser las voces de los niños que llaman desde los abismos del cielo á su nueva compañera. Son sus versos como esos sonidos que se perciben en las soledades y que no se sabe de dónde vienen, si de la garganta de un pájaro, ó de la corriente de un manantial, ó del movimiento de los árboles al volar un vientecillo. Lo que hay en ellos que hace estremecer, no son sus ecos agudos, sino sus rumores vagos. Cuando un poeta de alma enérgica como éste exhala su dolor en altos gritos, no nos maravilla porque, conociendo el temple de su musa, aguardábamos la explosion de sus ardientes quejas. Pero su débil gemido, sabiendo ya la estension de su padecer, os aseguro que me espanta, porque recuerdo que así se duele el moribundo cuando no tiene ya fuerzas para sufrir más.»

Así caracteriza la distinguida autora del prólogo (1) la última obra del Sr. Aguilera, y á la verdad que tiene razon en sus palabras. Hay en las *Elegías*, sin embargo, un sentimiento de profunda resignacion cristiana, que templa la amargura del acerbo dolor que respiran; una exquisita delicadeza, que les presta cierta grandeza melancólica y halla en nosotros una respetuosa simpatía, bien diferente, á la verdad, de la piedad desdeñosa que nos produce la desesperacion sentimental y soberbia de tantos artificiales imitadores de colosales aberraciones, hijas de un sentido moral funestamente depravado. Lo que distingue al Sr. Aguilera como hombre, es lo mismo que constituye su gloria como poeta: la verdad, la naturalidad del sentimiento, lo elocuente de la fantasía, lo sano del corazon. Apasionado de todo lo grande, severo, aunque noble cen-

(1) La señora doña Carolina Coronado.

sor de todo lo mezquino, idólatra entusiasta del bien, así nos infunde su fervorosa piedad, como nos comunica su vehemente amor por la libertad y la dignidad humanas: lo mismo nos conmueve evocando las sagradas tradiciones nacionales, que nos encanta con las benditas emociones de la familia, y todo lo expresa con igual calor, porque todo lo cree y todo lo siente.

El poeta acaba de perder su única hija, y ha querido perpetuar su memoria en estos tiernísimos cantos. Contemplando su dolor con esa libre serenidad propia de las almas superiores, hace revivir en su fantasía el poema de la pura existencia, que apenas ha podido estrechar entre sus brazos, evoca uno por uno todos sus instantes, y se los representa al través de su melancólica tristeza. Son, pues, las *Elegías* la verdadera historia de un paréntesis de ventura en una larga série de infortunios. Sólo esta vez amenazó romper sus tinieblas un rayo de sol: sólo esta vez pudo aquel noble espíritu saludar ante un mundo de infinitos consuelos, el momento más bello y animador de su vida... pero ¡ay! tambien el más breve. Y ahora, apagado el fugitivo relámpago que dará desde hoy nuevo y más alto sentido al hombre y al poeta, complácese éste en recorrer, en la crudeza del invierno y á la moribunda claridad de la luna, aquellos sitios, otro tiempo frondosos con el esplendor de la primavera y encendidos por la luz del mediodia. El nacimiento de Elisa; su risueña y bendecida infancia; su hermosura, llena de gracia y de candor; su vida íntima, poblada de inolvidables pormenores y de inefables encantos; despues, los crueles presentimientos del padre, rechazados primero con terror, realizados al fin con la muerte de su única esperanza, su espanto increible, su amarga pena, su soledad y

sus recuerdos... todo se va desplegando ante nuestros ojos y nos sumerge en indefinibles emociones: porque en aquel dolor, tan terrible á la vez y tan sereno, nos sentimos á nosotros mismos, y nos identificamos con el hombre que, engrandeciéndonos con su propia grandeza, nos levanta por su inspiracion y su carácter á una contemplacion universal, sobre todo límite de lugar y de tiempo.

No faltan precedentes á las *Elegías* en la literatura castellana. La naturalidad y sencillez en la expresion y la melancolía característica de este género (y que, digan lo que quieran ciertos críticos, es una de las cualidades que más resaltan en nuestra literatura), se encuentran en infinitas poesías de nuestros más justamente célebres escritores, aunque, por lo general, no llevan este título, prodigado en cambio á composiciones de muy distinta significacion é inferior calidad. Bajo este sentido, pueden considerarse como verdaderos poetas elegiacos Jorge Manrique y Rioja, el maestro Leon y Lope de Vega, Calderon, Alarcon y tantos otros. Elegiacas son las *Querellas* del Rey Sábio, buena parte de las obras del marqués de Santillana y Juan de Mena, en quienes tanto influyó la melancólica literatura italiana, y desde aquellos remotos tiempos hasta época más reciente, así en los más ilustres vates como en tantos preciosos cantares de la musa anónima del pueblo, la literatura que engendró al elegiaco autor del *Quijote*, no ha cesado de registrar en sus anales verdaderas elegías, llenas de inspiracion y sentimiento. Pero si la última creacion del Sr. Ruiz Aguilera aparece como un producto eminentemente nacional é histórico del espíritu español, la originalidad y frescura que respira basta á imprimirle un sello de novedad, que no permite confundirla con

otras concepciones anteriores de índole semejante.

Ridiculizadas y prostituidas por la crítica de mala ley las palabras, en otro tiempo consagradas al elogio de las grandes obras, arrojadas hoy como una lluvia teatral de flores y oropel sobre tantas nulidades pomposas como encumbran la venal adulacion y la servil amistad, y sofoca el incienso de sus propias lisonjas, poco pueden satisfacer á la generalidad del público las merecidas alabanzas que obtienen libros como el que nos ocupa, rara excepcion en el diluvio de libros que incesantemente vomitan las prensas y fatigan la atencion con pretencioso clamoreo.

Basta, no obstante, leer éste, para comprender su importancia y apreciar su significacion: nadie, que fije un sólo instante en él su pensamiento, dejará de juzgarlo como obra de un verdadero poeta. Uno más, dirán muchas gentes; uno casi solo, decimos nosotros.

Porque no es el Sr. Ruiz Aguilera un audaz coplero de los que hacinando frívolos versos por oficio y al acaso, concluyen por obtener del público que les conceda cierta fama, en fuerza de estar oyendo sus nombres todos los dias, y suelen terminar su vida en el codiciado sillon de alguna Academia: glorias descoloridas, que nadie sabe cómo se han formado, rosas de un dia, sin frescura y sin aromas; sino una de esas individualidades, nunca de sobra y hoy tan escasas, que, conservando puras sus almas de móviles indignos y libres de opresoras trabas, dejan volar su fantasía por elevados espacios inconmensurables, donde no llega el eco de miserables pasiones.

Triste es, sin embargo, confesar, que, segun frecuentemente acontece, apenas ha encontrado el noble vate, en el modesto nombre de que goza, una dé-

bil compensacion de sus merecimientos: sus libros, jamás precedidos de ruidoso estrépito, se acogen por muchos con la natural indiferencia con que generalmente recibe el público lo que se somete á su consideracion sin haberle ponderado de antemano sus excelencias; pero una vez abiertos, son leidos con afan por todos, y la primera voz que se deja oir en su abono, levanta un clamor universal de aprobacion, más tarde helado por la comun indiferencia, y por esta culpable timidez que, huyendo de la carga del propio pensamiento, nos echa en brazos del de los demás, y nos obliga á sentir por receta y á no entusiasmarnos hasta que nos lo ordene una turba insolente de corrompidos pedagogos. Mas no será perdido el trabajo de unos pocos campeones de la verdadera poesía en el desquiciamiento general de la literatura, ni deja de tener valor la satisfaccion de un corazon recto, jamás envilecido ante falsos altares.

Amarga la injusticia á todas las almas bien nacidas, solo á las débiles y mezquinas envenena. Mientras ignorantes jueces, soberbios dispensadores de fama y nombradía, cuya memoria durará tanto como sus sentencias, profanan las letras y las separan de los pueblos, manteniéndolas artificiosamente en una atmósfera ficticia, la inexorable conciencia, anticipándose al juicio imparcial de la historia, se encarga del premio y del castigo, sin que puedan evitar su severidad torpes ardides.

Prima est hæc ultio, quod se
iudice nemo nocens absolvitur.

El fallo de los contemporáneos suele ser apasionado; el de los Mecenas y corporaciones que protegen fastuosamente las letras rara vez deja de serlo; y si la posteridad ha hundido en el polvo tantos ídolos

que la opinion, obcecada por sentimientos de actualidad, levantó un dia, mayor escándalo ocasiona esta obcecacion en aquellas personas ilustres, en aquellos cuerpos que, por razon de su significacion especial, debieran reprimir, no alimentar, los comunes extravíos; pero el laurel que se niega á Dante se concede á Baraballo, prostituyendo vergonzosamente su representacion y su importancia.

El Sr. Aguilera no es un poeta laureado por la Academia; ¿qué le importa, si ha de ser un poeta coronado por el mundo?

(1862.)

LO ABSOLUTO,

POR D. RAMON DE CAMPOAMOR, DE LA REAL ACADEMIA, ESPAÑOLA.—MADRID 1865.

I.

En medio de la indiferencia con que la generalidad del público ilustrado recibe los generosos esfuerzos de los pocos que en nuestra patria se consagran á los estudios filosóficos, considerándolos dignos de séria atencion, es doblemente merecedor de aplauso el celo de aquellos escritores que no haciendo de la filosofía su vocacion especial, y áun alejados de ella por su profesion y sus costumbres, acuden de tiempo en tiempo á rendir á sus plantas el tributo de que noblemente se creen deudores, sobreponiéndose al contagio de la desdeñosa presuncion que reina en el círculo á que habitualmente pertenecen. El espíritu dado al cultivo de la ciencia halla, en el comercio de un medio social apropiado, contínuos materiales que le estimulan en su laboriosa empresa, y de donde saca nueva y animadora energía en sus instantes de inevitable desaliento. De este modo, enlazado en incesante comunicacion con el mundo

científico, se sostiene igual y perseverante en su propósito; y para vencer la excéntrica singularidad á que lo lleva en ocasiones una desmedida concentracion en sí mismo (de la que nace ese tenaz apego que tomamos á nuestras opiniones individuales, no por ser verdaderas, sino por ser nuestras, y que es quizá el mayor y más terrible obstáculo con que ha de batallar el hombre sincero), le basta tender una mirada á su alrededor, y ver cómo le acompaña en su camino la humanidad entera, y sorprender en el corazon de su engreido pensamiento las últimas vibraciones de la cultura universal.

Pero lo que necesita luchar quien vive distante de esa comunicacion y encerrado en un mundo refractario á las aspiraciones que á trechos se levantan en su alma, para darles alguna satisfaccion y cumplimiento: lo que ha de sufrir al verlas siempre contrariadas por la estrañeza de los que le rodean, y áun por la fatuidad de su desden: lo que há menester para conseguir formularlas, falto de todos los elementos exteriores que pudieran fortalecerle y ayudarle, y teniendo que suplirlos con el ardor infatigable de su empeño, apenas se concibe y jamás obtendrá en premio estimacion suficiente.

Tal es la posicion del Sr. Campoamor. En un siglo en que la desorganizacion de que no han logrado salir todavía las esferas sociales públicas (desorganizacion que se deja sentir muy especialmente entre nosotros) hace tan difícil vivir en una sola de ellas, el autor de las *Doloras* rompe valerosamente con esta dificultad, y poeta, filósofo y político, pretende los laureles de la fama, nada ménos que en tres distintos conceptos. Cuán de agradecer sea su intento, no es menester ponderarlo despues de las consideraciones que anteceden: y son verdaderamente dig-

nos de severa censura los que, movidos de frívolo menosprecio por todo fruto del espíritu nacional, ó de injusta impaciencia por no ver á este sacudir milagrosamente en un dia el entumecimiento de dos siglos, ó de ciegas preocupaciones académicas, ó de sentimientos ruines, harto comunes por desgracia en todo país y en todo tiempo, desconocen el alto valor que indudablemente corresponde á las producciones del escritor de *Lo Absoluto*.

Tal es el título de su última obra. Plan de una filosofía completa (que tal pretende ser), ostenta á la vez en ella el Sr. Campoamor la índole de su pensamiento científico y su fantasía é inventiva poética. Y si se estudia con relacion á estas segundas cualidades, que son á nuestro entender las que sobresalen siempre en quien con sus poesías líricas ha conquistado uno de los más limpios nombres de nuestro moderno Parnaso y de los pocos que la historia agradecida salvará del olvido que merecidamente destina á tanta celebridad contemporánea, se encuentra en sus páginas una genialidad tan propia y personal, una imaginacion tan viva y pintoresca, una ironía tan profunda, un movimiento tan animado, una expresion tan llena de calor y de vida, que admiran y sorprenden, con su tesoro de inagotables bellezas. Bajo este concepto, creemos que *Lo Absoluto* es la mejor muestra que el distinguido escritor ha dado de sí en producciones de esta clase. Ciertamente, la afectacion en el uso de la antítesis y del retruécano, que tanto empaña, por ejemplo, el mérito de *El Personalismo*, aparece aquí de vez en cuando, no ménos que la hiperbólica exaltacion de las imágenes y comparaciones y el tono declamatorio de la frase; pero un gusto delicado reina por lo comun en *Lo Absoluto* y poco hallará que reprender

en sus hojas la más severa crítica. El pensamiento, vigorosamente concebido é individualizado en una forma propia, se desenvuelve en un cuadro artístico y lo colora con los más opuestos matices. Ora se revuelve contra las escuelas y los partidos, denostándolos con su sarcasmo desdeñoso: ora se sumerge en inefable arrobamiento, y, buscando en la intimidad de Dios el fuego de una inspiracion sagrada, hace con noble entusiasmo la apoteosis de la razon, de la virtud y del arte. Es imposible, comenzada la lectura de este libro, suspenderla gustoso hasta llegar á aquella última página, tan bella y tan elocuente, en que el espíritu, penetrado del sentimiento de lo infinito, se recoge en una contemplacion ideal que lo levanta místicamente hasta el divino principio de la realidad y de la vida.

La doctrina filosófica de *Lo Absoluto* ha sido examinada—segun su importancia lo exigia—desde diferentes puntos de vista, por escritores tan autorizados como los Sres. Mateos, Valera, Rute, Vidart y algunos más, á quienes sucederán probablemente otros nuevos críticos en su tarea de juzgar la reciente exposicion que el señor Campoamor hace de sus principios. Lo árduo de semejante empresa, en que vemos con placer empeñados á tantos nobles campeones, afanándose por difundir en nuestro pueblo el amor á estudios de que pende en gran parte su destino, nos excusa de entrar en el número de ellos; y sólo nos limitaremos á hacer unas cuantas someras consideraciones sobre la impresion general que nos ha producido la lectura de este libro.

II.

De *Lo Absoluto*, como de todos los libros notables de su género, puede decirse mucho bueno y mucho malo. Todo es (pudiéramos decir con su autor)

segun el color
del cristal por que se mira.

Si se compara esta obra con lo que el concepto propio y rigoroso de la filosofía exige y con las condiciones y necesidades históricas á que debe responder ya hoy un sistema metafísico, apenas se hallará en ella cosa que satisfaga. No espere el lector, fatigado del dogmatismo tan extraordinariamente representado por Hegel, encontrar allí una doctrina circunspecta y prudente, verdaderamente científica, que no se complazca en fantasear imaginarias construcciones sobre supuestos arbitrarios, que nada aventure sin razon, que marche paso á paso hasta ponerlo en camino derecho de conocimiento y de certeza. El método, la prueba, la precision, la disciplina, son antipáticos al ilustre poeta: y su procedimiento no difiere en general un ápice del que habrá empleado en sus mejores *Doloras*. No es un procedimiento racional; es una intuicion estética. La unidad de *Lo Absoluto* (de que el Sr. Campoamor tan justamente prendado se muestra) no es la unidad real que funda todos los principios, y los abraza y penetra sin dejar fuera de sí ninguno, sino una idea elegida caprichosamente entre otras y sobre la cual, como sobre estrecho cimiento, se va acomodando á viva fuerza la realidad, recortándola despiadada-

mente y dejando á un lado lo que estorba para edificar con laborioso artificio un sistema monótono y simétrico que de nada está más distante que de la libre proporcion que en el plan divino resplandece. Y es que—el mismo autor lo confiesa—«es mucho más fácil pensar con soltura que con lógica.»

Por lo demás, el sistema fundamental á que pertenece *Lo Absoluto*, como el hijo al padre, no es ciertamente cosa nueva. Miles de años hace que viene rigiendo despóticamente la vida del pensamiento humano; y hoy mismo, cuando ya todos confiesan que no ha satisfecho derecha é íntegramente á ninguna cuestion capital, y que sólo ha servido para hacinar materiales, educar al entendimiento y prepararlo para entrar en más seguras vías, lleva en su poderosa diestra el cetro que en vano intenta arrancarle su eterno rival, jamás levantado hasta su altura. Este sistema es el *Idealismo*. Y que el libro de que nos ocupamos constituye un renuevo brotado de su eterna raíz, se hace patente con sólo abrirlo á la ventura y leer.

¿Cuál es, si no, su punto de partida? Oigamos al autor: «He estudiado una idea, la he desarrollado, y luego la he formulado de la manera siguiente: *La esencia de las cosas son las ideas, y la esencia de las ideas es la idea de cantidad.* Tal es el principio y el fin de este libro.» No le pregunteis la razon de todo esto. El idealismo no se digna (ó no sabe) responder jamás á tan indiscretas preguntas.

Idealista es, pues, la teoría del Sr. Campoamor, como lo son (y algo más quizás) la mayor parte de los principios que contiene, y como lo es, por ejemplo, la absorcion de la lógica en la metafísica, el menosprecio de la experiencia y del análisis, la confusion de la intuicion y la deduccion. Por este ca-

mino ya sabemos á dónde se va; y suerte ha sido para la doctrina filosófica del ardiente impugnador de Descartes que las opiniones religiosas y políticas enunciadas en su libro tengan (á vueltas de algunos *resabios* liberales) un sabor neo-católico hasta la heregía: augusto manto ante el cual se detendrá respetuosa la majestad irritada de ciertas publicaciones, ahogando con pena en sus fáuces la terrible palabra que se aprestaban á fulminar.

III.

Pero ¿son tantos los filósofos contemporáneos que toman mejor camino?

Y aquí entran las excelencias de *Lo Absoluto.*

Por doloroso que sea decirlo, ni dentro ni fuera de nuestra patria hay motivos para una contestacion afirmativa: y en este supuesto, sin disimular los vacíos de la produccion que ligeramente examinamos con respecto á la filosofía misma, se la debe comparar (si hemos de apreciarla justamente) á la manera comun con que, salvas escasísimas excepciones, ha sido tratada aquella ciencia entre nosotros.

Ahora bien, considerado de este modo el tratado del Sr. Campoamor, puede pretender un alto lugar que sólo la presuncion y el pedantismo escolástico serán osados á negarle. Como exposicion de una doctrina determinada, hay en él pensamiento original y propio, calidad harto digna de encomio en los tiempos que alcanzamos, donde la muchedumbre de libros suscitados por este inquieto afan de publicidad, característico de nuestra época, estorban y dificultan la libertad del espíritu, que necesita un poderoso esfuerzo para arrancarse de la disolucion en que lo precipita la avidez de una desordenada lectura. Contiene *Lo Absoluto* puntos de vista luminosos, sagaces observaciones, ideas interesantes, intuiciones profundas, que despiertan el ánimo á grave meditacion; y á la claridad de esos destellos, verdaderamente geniales, halla el autor á veces verdades insignes, á las que parece increible pueda llegarse por la inspiracion y el sentimiento, que son (en

nuestro sentir) las principales fuentes de esta obra.

Las censuras que desde su sistema dirige contra otras doctrinas (en las cuales sólo reconoce defectos y cuyo fondo de verdad y representacion histórica desestima ligeramente), son por lo general discretas y acertadas, y en ellas desplega una ironía tan incisiva, oportuna y vigorosa, que tal vez no tiene igual en ninguno de nuestros presentes escritores. Pero donde su apasionada fantasía amontona una tempestad ciertamente terrible, es en aquella parte de la introduccion dedicada á la gran mayoría de nuestros políticos, que no habrán quedado agradecidos al *cariñoso* recuerdo de su colega.

«¿Y qué piensan de todo esto—exclama—los grandes hombres públicos? ¿Y qué han de pensar? Por regla general son unos pobres diablos, que jamás han oido hablar de filosofía, ó si han pensado en ella alguna vez por ociosidad, han caido en un deismo vago, en un panteismo sensual, ó en un ateismo cínico.» Mal avenido se encuentra el Sr. Campoamor con sus compañeros, y no sin razon. Cuando el poeta para ver aplaudidos (y comprados) sus versos, el abogado para tener pleitos, el sábio para sentarse en las Academias, el empleado para ascender, el médico, el industrial y el comerciante para prosperar en sus respectivos negocios, necesitan (por lo comun) hacer en el Parlamento antesala á la fortuna, es lógica la reaccion de los que, al ver que la investidura de la representacion nacional habilita al primer advenedizo para asaltar las más opuestas profesiones, exigen que cada repúblico sea un literato insigne, un filósofo consumado, un jurisconsulto egregio, un economista ilustre, un hombre superior (para decirlo de una vez) en todos los fines y direcciones de la vida. Algo extremado anda quizás

el Sr. Campoamor; pero confesemos que al atacar el empirismo escéptico, por desgracia reinante en la política, señala un grave mal que no alcanza á remediar la dolorosa instabilidad de nuestras leyes.

Con igual calor que el pasaje citado se halla escrito el libro entero: una exaltacion febril anima todas sus partes y le imprime el sello de una apasionada elocuencia.

Esta belleza de *Lo Absoluto* aumenta y destruye á un tiempo su valor filosófico. Por una parte, atestigua que la concepcion de la obra es más (como ántes hemos indicado) una creacion estética que un pensamiento científico, y que en ella el sentimiento y la fantasía han usurpado el lugar que el autor destinaba al entendimiento y la razon. Por esto es su construccion tan sintética: fruto de una intuicion artística, ha sido desde luego abarcada en la unidad de su conjunto, y el trabajo posterior sólo ha tenido por objeto determinarla en sus principales detalles.

Pero si bajo este concepto *Lo Absoluto* no es ni puede ser un sistema de filosofía, en la acepcion propia (no en la comun) de esta palabra, y apenas tiene valor demostrativo y racional, como lo denota además la absoluta falta de precision en su tecnicismo (correspondiente á otro defecto análogo en el plan), esa misma belleza é idealidad que respira, introduce á la filosofía en regiones y círculos tenazmente cerrados á su influjo, á cuya altura é ilustracion contribuye poderosamente, y cuyas puertas hoy quizás sólo el Sr. Campoamor sabe abrirse. Él posee como nadie el secreto de hacer llegar un rayo de luz al espíritu escéptico del político, al empírico que vejeta en la rutina de los negocios, al que duerme afeminado en la frivolidad, al que se embrutece

en la sensualidad del vicio. ¡Quién sabe! Tal vez ese libro que lleva al hombre distraido de sí propio como un presentimiento de nuevos mundos, despierte en su confuso pensamiento el gérmen de la razon y le haga resucitar á otra más alta vida. La verdad es infinita, nos penetra y envuelve por todos lados, y el rayo de luz de una idea que pasa puede herir nuestros ojos y revelárnosla en la intimidad de la conciencia.

Hé aquí lo que entendemos que representa la *nueva Dolora* del Sr. Campoamor. Si quisiéramos comprender en una frase el carácter de este notable libro y el género á que propiamente pertenece, diríamos que es un *poema didáctico*. No el poema didáctico frio y erudito, que pretende vestir con el rebuscado artificio de una metrificacion impertinente un pensamiento puramente prosáico, híbrido engendro, igualmente antipático á la razon que á la fantasía; sino aquel noble género, que aspira á representar sensiblemente la belleza de las ideas y los sentimientos que su contemplacion interior despierta en el espíritu humano.

(1865.)

OBSERVACIONES ACERCA DE LA POESÍA ÉPICA,

Y EN PARTICULAR

DE LA EPOPEYA.

I.

Tres modos fundamentales tiene el espíritu humano de concebir en su fantasía la realidad de las cosas, y de expresar esta concepcion, mediante las diversas formas de la literatura poética:

Ó bien abarca en una ojeada total y comprensiva el mundo que le rodea y en cuyo seno vive, en todos los grados que le permite caracterizar el estado de su cultura, desde la naturaleza que inmediatamente halla en sus sentidos hasta ese sistema de ideas y de sentimientos que solemos llamar espíritu general de un siglo, desde las instituciones públicas hasta las costumbres familiares, desde los productos del arte y de la industria hasta las tendencias y aspiraciones que germinan en la sociedad de que forma parte: y ya recompone, por decirlo así, la unidad de todos estos elementos, ya se detiene tan sólo en algunos;

Ó bien, desorientado en medio de los movimientos contradictorios de un período crítico, cuya concordancia de relaciones no encuentra á primera vista,

se reconcentra en sí mismo, y se complace en el espectáculo que la lucha de sus encontrados afectos ofrece al ardor de su imaginacion, excitada por la contrariedad;

Ó bien, por último, traido á punto de reposo por la ley esencial de su destino, admira con claridad serena, no ya meramente (como en el primer momento) el íntimo concierto que entre sí mantienen las cosas todas con quienes comunica, ni sólo (como en el segundo) la inagotable riqueza de su propio sér y de los infinitos hechos de su vida interior; sino la compenetracion de ambos mundos, el suyo y el que habita; y al comprender el indisoluble lazo que los une y sus recíprocas influencias, conquista toda una esfera de concepciones, distinta de las precedentes, y que en sí las incluye é ilumina con nueva claridad más viva y poderosa.

De aquella primera situacion, nace la poesía de *unidad*, la poesía *Épica;* la segunda engendra la poesía de *variedad*, la *Lírica*, y la tercera da orígen á la poesía de *armonía*, á la *Dramática*.

De suerte que, en la Épica, lo que el poeta canta es el espectáculo de la forma sensible de las cosas, tal como se le representan en el espejo de su fantasía; mientras que, en la Lírica, toma por asunto sus impresiones y sentimientos individuales; y, en la Dramática, la accion viviente, personal y libre de esos afectos interiores sobre el mundo, en cuanto, al desarrollarse en relacion con él, van produciendo á la vista del espectador, como por su exclusiva virtualidad y eficacia, séries ordenadas de hechos, causados, no por una ley general que no se revela en ellos inmediatamente, sino por determinadas intenciones reflexivas que desde luego conocemos.

Segun todo lo cual, la poesía Èpica es la única

que directamente pretende representar las cosas mismas en su propia unidad,—ya tome por materia las pompas de la naturaleza, como en el poema descriptivo; ya las ideas de la razon, como el didáctico; ya un círculo de acontecimientos, como el histórico; —pues la Lírica no expone ni da á conocer lo que es en sí el espíritu, sino tan sólo sus particulares estados: y si la Dramática ofrece á nuestra vista una accion externa, en lo cual se iguala con ciertas formas épicas, esta accion, en vez de narrada, es activa y presente, debe—como hemos dicho—explicarse toda de por sí, y, abandonando á la esfera subordinada de los medios escénicos cuanto no es puramente humano, valerse exclusivamente de personajes.

Por este carácter esencial de la Épica, que estriba en tener por fin de sus creaciones el elemento objetivo de la vida, es por lo que ha recibido el nombre de poesía *objetiva*, con que se la suele designar.

Y si pudiera abrigarse la menor duda de que tal carácter corresponde á las producciones de este género, bastaria atender, no ya á las condiciones que todas nos ofrecen, á la manera de tratar su asunto y al sentido que las engendra y vivifica, sino á su *impersonalidad*, esto es, á que en ellas, como que se absorbe y borra la persona del autor, cuya desaparicion crece con la importancia de la obra, hasta llegar (como despues veremos), en su forma superior—la Epopeya—á ser, bajo un concepto, absoluta.

En tanto que la poesía Lírica no tiene otro fondo que los sentimientos y situaciones individuales del poeta, consiste el de la Épica en una representacion de opuesta índole, donde ya la pluralidad de los personajes y de los sucesos, unida á la intervencion de otros elementos exteriores, ya la enunciacion didáctica de ideas y principios generales, ya la descrip-

cion de lugares y objetos del mundo físico, mantienen constantemente al asunto como independiente y estraño respecto de aquel, y alejan la posibilidad de una expresion inmediata de sus afectos que, subordinados á las exigencias del plan, apenas hallan ocasion para interrumpirlo con irregulares y fugaces expansiones.

Y si este género se propone como objeto la realidad directa de las cosas, tales como son ó aparecen, la diversa naturaleza de estas cosas mismas determina las variedades en que se subdivide.

Así, cuando la poesía Épica mira á la belleza de las concepciones del pensamiento humano sobre la esencia, principios y leyes de los séres, individualizándolas en la fantasía, y exteriorizándolas en imágenes vivas y sensibles, engendra el poema *didáctico:*—cuando intenta expresar hechos y estados de esos séres en determinadas circunstancias, las formas precisas con que aparecen en el tiempo, da lugar al poema *histórico:*—cuando considera la realidad totalmente, comprendiendo ambos elementos, lo permanente y lo transitorio, el sér y el suceder, la pura contemplacion de las ideas y los infinitos accidentès de la vida, ordenado y entretegido todo con íntima unidad, segun lo está en el mundo, elévase la Épica á su mayor altura, y nace la *Epopeya* propiamente dicha.

No es ahora de nuestro propósito examinar la legitimidad (por algunos puesta en duda) del primero de estos géneros, legitimidad que para nosotros se razona en la naturaleza del arte; si bien no ha sido, por lo comun, comprendido con toda claridad su verdadero carácter, ni realizado propia y libremente con sus peculiares bellezas. De todos modos, más ó ménos reconocido, con mayor ó menor acierto cul-

tivado, de hecho existe y no podia excusarse en este lugar la indicacion del que en nuestro sentir le pertenece.

Tampoco juzgamos necesario entrar en una explicacion detallada de otras divisiones que, bajo diferentes puntos de vista, se han hecho ó pueden hacerse en la Épica. Mas si despues de la que hemos señalado, en relacion al objeto (y que es la principal sin duda), quisiésemos ampliar las bases de clasificacion, tendriamos, por ejemplo, que, segun el *autor*, ora un poema épico es anónimo y popular, cuando—como en el *Ramayana* acontece—el poeta es una raza ó un pueblo; ora—como en *El Diablo Mundo*—nace el asunto puramente en la imaginacion de un solo artista; ora—como en la *Divina Comedia*—la creacion de este asunto se debe á un determinado individuo á la vez que al espíritu y tradiciones de toda una civilizacion: segun la *forma* y las condiciones históricas de la sociedad á que pertenecen los monumentos de esta clase, los hay primitivos y rudimentarios, como los *Niebelungen;* depurados y artísticos, como la *Iliada* y la *Odisea;* eruditos y artificiosos, como el *Arte poética* de Boileau ó *Los Jardines* de Delille: segun el *modo* fundamental de la concepcion, ya se muestran sérios, como *La Jerusalem libertada* y *La Araucana;* ya cómicos, como *El Orlando furioso;* ya dramáticos y compuestos, como *El Don Juan* y *El Fausto*. Por último, y prescindiendo de otras categorías—comunes á todos los géneros épicos ó particulares de cada uno,—estos hacen su asunto de la naturaleza, como *Las Geórgicas*; aquellos de empresas humanas, como *Los Lusiadas;* otros de la Religion, como *La Mesiada* y *El Paraíso perdido*.

De lo dicho se infiere la diversa muchedumbre de formas que puede revestir la poesía Èpica, y que no

se reducen, por tanto, á la Epopeya, como han creido algunos, sino que comprende el inmenso cuadro que hemos procurado indicar. Todas estas formas, sin duda, consideran al objeto que se proponen crear en el arte, directamente, como verdadera realidad subsistente de por sí, sin dependencia ni intervencion de la voluntad individual del poeta, carácter esencial y comun del género literario á que pertenecen; pero el objeto de la poesía didáctica son los principios y eternas razones de las cosas; el de la histórica, sus acciones y efectos temporales; y el de la Epopeya, el todo de la sociedad, que abraza en su representacion, con la mayor plenitud de relaciones que en ella pueden distinguirse, segun las épocas.

Es, pues, la Epopeya, superior á las demás manifestaciones épicas, así por su asunto y por su modo de concebirlo, como por la trascendencia universal de su forma. No se limita ya á una esfera particular del mundo que tiene ante sus ojos, sino á todas, y la Religion, la Ciencia, las Artes, las instituciones, las costumbres y cultura general de una edad, hallan cabida en el vasto panorama que, cual bella imágen de su estado, se ofrece á sí misma la humanidad en ciertos períodos de su vida. Por esto son las Epopeyas, al par que inextinguibles tesoros de bellezas inmortales, precioso arsenal de datos para el historiador, y como la muestra más espontánea y evidente que da de sí un pueblo.

II.

Ahora bien; si todo género épico—igualmente que toda produccion literaria—corresponde á una diversa manera que tiene el hombre de concebir las cosas, y cada una de estas concepciones exige el concurso de determinadas situaciones y circunstancias; ¿qué condiciones especiales requiere la Epopeya para aparecer en una literatura?

Desde luego se advierte que estas condiciones deben referirse á dos categorías distintas:—unas, íntimas, exclusivamente propias del desarrollo artístico, y que pueden cifrarse en la pregunta siguiente: ¿qué grado de ideal literario representa dicha forma poética?—Otras, que le son comunes con la historia general y que dan lugar á esta cuestion: ¿cuál ha de ser la civilizacion de la sociedad en que nazca? Las primeras tocan á la historia interna de la poesía; las segundas, á su historia externa ó enlazada con la universal.

Por lo que hace á aquellas, siendo el fin esencial de la Epopeya comprender el conjunto de las manifestaciones de su tiempo (ideas, hechos, prácticas, instituciones), y no desordenada é interrumpidamente, sino bajo un plan concertado, en que todas muestren su encadenamiento y recíproca dependencia, tiene como carácter propio la *unidad*. Para concebir esta unidad como forma visible del mundo que le rodea, necesita el espíritu humano un período de quietud y reposo, en que no lo dividan las vacilaciones y contrariedades de las épocas críticas, rompiendo su interior concierto consigo mismo, prime-

ra condicion de esa calma serena que ha de resplandecer en su obra. Y esto sólo acontece cuando un determinado ideal histórico obtiene su asentimiento, de suerte que, reconociéndolo y acatándolo como fundamento indiscutible de aquel órden social, sólo contraiga su actividad á desarrollar lo que de él lógicamente se deriva, á aplicar sucesivamente sus consecuencias á la práctica, realizándolo gradualmente en su vida y sus hechos. De lo cual se desprende que ese ideal ha de estar ya, no sólo constituido, sino elevado á principio y símbolo inconcuso, para cuyo fin se requieren laboriosas preparaciones, dudas y tanteos.

No es, por consiguiente, la Epopeya el primer fruto del espíritu, ni se produce desde luego, como si dijéramos, sin más que abrir los ojos á la luz del arte. El momento épico antecede á los demás, segun por lo que llevamos dicho se advierte; pero no comienza por la Epopeya, sino que en ella se corona y termina. Y en efecto, si estas obras han de reunir en sí los dos elementos opuestos, didáctico é histórico, natural es que hayan de ser precedidas por el desarrollo particular de cada uno de estos, como tambien lo confirma la experiencia. Las primeras poesías con que se inicia la vida de un pueblo, ó de un período cualquiera literario, son pequeños ensayos épico-didácticos, que, comenzando por proverbios, refranes y máximas, ya tocantes á la observacion de la naturaleza física, ya morales y religiosas, llegan á condensarse más tarde en poemas de análogo sentido; siguen á estos, inscripciones biográficas y anecdóticas, descripciones y cantos de sucesos particulares, que á su vez florecen, constituyendo verdaderos poemas históricos. Y entonces es cuando, despues de diferentes tentativas, aparece la Epopeya. Así, en

Grecia, segun todas las probabilidades, los poetas gnómicos son anteriores á todos; síguenles los heróicos y rapsodas, y el inmortal Homero, ó el gran movimiento literario que lleva su nombre, corona posteriormente el ciclo épico, que luego decae en los continuadores é imitadores de aquel monumento insigne. Del mismo modo, á *La Divina Comedia*, precedieron leyendas, poemas y tradiciones sin número; y otro tanto cabe decirse de cuantas Epopeyas propiamente dichas conocemos.

Por otra parte, si de la concepcion pasamos á la forma, ¿cómo pudieran presentarse obras de semejante importancia cuando el espíritu humano, falto de experiencia técnica, sin conocer los secretos maravillosos del arte ni haberse ejercitado en ellos, sin poseer el dominio, ni aun casi el uso, de los materiales que han de servirle para dar cuerpo á su creacion, se encuentra esclavizado á la servidumbre del rudo lenguaje de las necesidades ordinarias, que no sabe entender ni trasformar? Otro tanto valdria decir que, en la vida comun, el niño, cuyo trémulo labio apenas balbucea unas cuantas voces, ignorando todavía el pleno sentido que encierran, es capaz de mostrar en su conversacion la propiedad, la exactitud y la libertad del orador elocuente, á quien con dócil obediencia se plega la flexible palabra.

Pero la literatura no se desenvuelve únicamente—valga la expresion—dentro de sí misma; sino que camina con todas las otras manifestaciones humanas, regida por la ley superior comun de la historia universal. Y como parte principal que es de ella, guarda con esta historia esenciales relaciones; y las guarda tambien por tanto con los demás elementos sociales que, interviniendo en su trama, le prestan condiciones y auxilio. Necesita, de consiguiente, en

cada una de sus diversas maneras de ser y de realizarse, cierta cooperacion de cuanto la rodea, que de este modo viene á ser concausa de su obra, así como ella lo es á su vez en el progreso de las instituciones, de las ideas, de las costumbres, de la civilizacion total humana.

Ahora bien: ¿qué grado de esta civilizacion es el propio para la aparicion de la Epopeya?

Hemos reconocido la unidad como la índole especial de este género, y no meramente la unidad de asunto ó contenido (la cual es de rigor en toda produccion literaria de cualquier género que sea), sino unidad que ha de comprender cuantos principios y relaciones capitales se diseñan en la vida, y comprenderlos en la proporcion que cada estado histórico permite. Pero si, primeramente, debe la Epopeya recibir en su seno al hombre todo, tal como este se representa individualmente á sí propio en las diversas épocas, cuando esta unidad interior se considera ya, no en sí misma, sino en referencia con el medio particular donde aparece, se nos muestra como unidad *de correspondencia* entre ambos términos: la concepcion del espíritu y la civilizacion en que nace. La fé que ese espíritu condensa y necesita en la Epopeya, ha de corresponder por necesidad á lo que aquella sociedad cree; su ciencia, al saber general; los monumentos que describe, á los que tiene ante sus ojos; el paisaje, á la naturaleza con quien vive; los artefactos, á los que ha visto utilizar en la industria; las instituciones, á las que alcanza ó pretende su tiempo; las costumbres, á las que conoce y practica. Y esto, hasta en aquellos momentos en que parece contrariarlo, porque aun entonces el poeta habla en nombre de su ideal, y este ideal ha germinado con el de su siglo, y halla un eco en todos sus contemporáneos.

Por eso la Epopeya es, al mismo tiempo que obra universal humana, la expresion literaria más comprensiva y característica de la índole de un pueblo ó de una edad, y como el vaso precioso donde se guardan con sagrado respeto sus memorias inmortales. Ya tenga por autor á un determinado individuo, ya á todo un período histórico, la sociedad es siempre su verdadero poeta, que absorbe la personalidad del artista para ostentar en todo su esplendor la suya propia. Cada monumento de este género es una historia viva que, á despecho del tiempo, perpetúa esta personalidad social, imaginada en el primer momento de su belleza.

Fácil por demás, en nuestra opinion, debe ser ahora responder á la pregunta: ¿qué estado de civilizacion requiere la Epopeya? Porque si hemos hallado que debe no limitarse á un asunto particular cualquiera, sino abrazar la unidad entera de la vida en sus líneas principales, y que esa vida no puede ser otra en la esencia que la contemporánea y conocida por el poeta, concebida de un modo superior á como los demás la conciben, esto es, en un plan armonioso, penetrado de su inspiracion divina, y realizado con libre genialidad en el arte, dos condiciones son absolutamente indispensables.

Es la primera que el estado social, en cuyo seno la obra se produce, sea tan claro y definido (si así vale decirse), que no turbe la serenidad de la fantasía, ofreciéndole do quiera encontradas disonancias y reñidas contradicciones, division, lucha y desconcierto; todo lo cual hace imposible la concepcion épica. En momentos tales de confusion y anarquía, rómpese la unidad y se dispersa en mil partes, perece para la contemplacion inmediata sensible, subsistiendo sólo para la razon y el entendimiento, y si

pugnamos laboriosamente por fijarla en nuestra imaginacion, ó bien la extrechamos y mutilamos, dejando fuera de la imágen un mundo infinito que escapa á nuestra errante mirada, ó bien seguimos la corriente natural de las cosas y, cediendo á las particulares solicitaciones con que nos estimulan, entramos en la esfera propia de la poesía Lírica.

Exige, pues, la Épica en general, como condicion esencial histórica, una civilizacion en que el objeto, que toma por asunto de sus distintas creaciones, aparezca enlazado interiormente como un verdadero todo, como un organismo. Poesía de unidad, la unidad debe reinar en cuanto á ella toca y se refiere. Pero si basta al poema didáctico que este organismo se muestre en las convicciones—ya religiosas, ya científicas, morales y demás—de su época, y al histórico una constitucion social que, manteniendo á cada término de la actividad humana en un círculo determinado, permita seguir fácilmente la trabazon de los hechos y sus causas, sin verla á cada paso interrumpida por el accidente, siendo el asunto de la Epopeya la sociedad toda, requiere, á más de la unidad de ideas y la unidad de costumbres, la de su mútuo intrínseco encadenamiento: la unidad del fondo con la forma, del pensamiento con los hechos sensibles, de los principios con las instituciones, de suerte que todos estos elementos concuerden y se correspondan entre sí, concurriendo á mostrar la realidad entera de la vida.

De estas consideraciones se deduce la segunda condicion necesaria para que se manifiesten esta clase de obras: la sencillez de la civilizacion, ó lo que es igual: que esta, encerrada aun en limitados horizontes, se halle regida por la accion suprema de una fuerza preponderante, de la cual reciba todo su ca-

rácter y sentido. Por el contrario, una sociedad compleja, desenvuelta en muy varias y aun opuestas direcciones, y gobernada asímismo por los diversos principios que ha logrado hacer triunfar cada esfera particular de relaciones, repugna á la índole de la Epopeya, que no puede abrazarla en su representacion, y sólo encuentra su expresion literaria adecuada y propia en la Lírica—si esos intereses luchan todavía unos contra otros—ó en la Dramática—si conciertan ya con libre y fecunda armonía.

No es, pues, en la tosca y primitiva infancia de los pueblos, sembrada de perturbaciones sin número, entre las cuales se preparan á la vida, donde la Epopeya aparece; sino en aquel punto en que, fijadas las condiciones generales de su existencia, realizan sosegadamente el fin exclusivo hácia el que, durante su primera edad, convierten sus esfuerzos. En el desarrollo de los géneros épicos, la poesía didáctica establece los principios; la histórica invoca los precedentes; y la Epopeya, enlazando ambos términos, y objetivando, por decirlo así, la conciencia y la tradicion nacionales, revela con viva claridad que aquellos han dado el fruto que prometian.

(1864.)

CONSIDERACIONES

SOBRE

EL DESARROLLO DE LA LITERATURA MODERNA.

I.

Inútil seria para la trascendental indagacion del espíritu de los pueblos acudir á esa Historia, que describiendo los acontecimientos en sus caractéres exteriores y realidad formal, permanece muda en cuanto á sus causas y, prescindiendo de sondear los íntimos senos donde arraigan y se fundan, crea una série de exposiciones sin más lazos que los del tiempo y los lugares, sin más utilidad práctica que la de satisfacer una vana y pueril curiosidad. Y es natural que la Historia, considerada como la mera narracion del suceder de las cosas, no pueda ilustrarnos respecto de su naturaleza esencial. El pensamiento de los pueblos, como el de los individuos, si se presenta perfecto y en toda su plenitud en el mundo interior de la fantasía, jamás logra desenvolverse por entero en el mundo de la realidad exterior, merced á la multiplicidad de accidentes perturbadores que, enlazados como una red en su camino, lo embarazan y

detienen, lo desvian y casi nunca le permiten llegar hasta su fin. De aquí que, entre el hecho y su concepcion determinante, exista esa diferencia que el vulgo ha consignado en uno de sus más sábios proverbios.

No basta, pues, el conocimiento de los sucesos históricos para explicar sus causas y el encadenamiento de su desarrollo progresivo. Y como quiera que el estudio de la Historia, en tanto tiene valor, no puramente teórico sino práctico, en cuanto puede mostrarnos la relacion de la idea de las cosas con su existencia determinada mediante el hecho, porque sólo así pueden ser útiles y aplicables sus enseñanzas; suministrándonos, con la experiencia de los obstáculos que ha de vencer nuestro pensamiento para hacerse efectivo, el tacto y sentido real de la vida; comprendiendo la constitucion general de las sociedades, las tendencias de su carácter, sus vicios y sus virtudes y abrazando el conjunto de sus diversas manifestaciones para resolverlas en principios fundamentales, se hace necesario buscar en otra parte esos inapreciables datos que no puede suministrarnos la relacion descarnada de los acontecimientos políticos, sin cesar renovados en la superficie de la sociedad. A este fin ha de penetrarse en otra esfera de hechos más personal é íntima, donde el espíritu humano se revela con mayor espontaneidad y libre accion, sin temer causas extrañas que coarten su vuelo; y el exámen general de la educacion religiosa del hombre y de las evoluciones de la especulacion racional y del arte, concurre á formar una ciencia compuesta de elementos heterogéneos en la apariencia y en la individualidad aislada de cada uno de ellos; pero homogéneos y estrechamente conexionados por la raíz comun de que proceden y por

las leyes que determinan su aparicion. Esta ciencia compleja, la más comprensiva de todas las ciencias prácticas, es la Filosofía de la Historia.

Entre tantos diversos factores como cooperan á constituirla, ninguno es de más valor que el bello arte. Desarróllase la investigacion puramente filosófica por la libre iniciativa de la inteligencia que la reflexion fecunda: nace el derecho, de la espontaneidad y conciencia del pueblo en el Estado: constrúyense las ciencias naturales al amparo de la observacion y la experiencia: extiéndese la industria en un campo de dilatados horizontes; pero la concepcion artística, creada sin un fin exterior y segundo que la limite en determinado espacio, brotada en lo más individual y característico que tiene el hombre, se realiza en un mundo abandonado á su albedrío, sin otro yugo que el de su propia voluntad. Y en efecto, apenas se concibe que el sábio, por ejemplo, concentre el fruto de sus tareas en un libro, sin imaginar que ha de aprovechar á los demás, á la vez que á sí mismo; mientras que comprendemos perfectamente que el artista dé vida á sus ideales y se recree en sus obras, sin otra aspiracion que responder á una íntima necesidad de su alma. Preside al libro científico el pensamiento de lo útil; la estátua, la pintura, la melodía, la poesía, formas donde el sentimiento se funde en toda su pureza, pueden tomar realidad en el silencio del gabinete, sin brindar sus atractivos más que al que supo crearlos.

Las artes son, pues, de todas las manifestaciones del espíritu las que, conteniendo más carácter subjetivo, indican á la par con mayor determinacion el de las épocas; y entre las artes, la Literatura Bella es la que, por los medios de expresion de que dispone, por la casi universal y superior influencia que

ejerce, por la inmensa variedad de la esfera en que se mueve, ofrece con mayor claridad y precision esa feliz armonía de lo general con lo individual, que es el *summum* de la representacion sensible.

Suprímase la Literatura de un pueblo, y en vano se apelará para reconstruir su pasado á su historia política, muda armazon de sucesos, esqueleto que no reviste la virilidad de la musculatura, ni anima el vivificante calor de la sangre; estúdiese aquella, y los más remotos tiempos y las generaciones más olvidadas se nos presentarán con toda la pompa de sus grandezas, con todas sus miserias, con todas sus aspiraciones, con todos sus extravíos. Sin ella, nos fuera imposible penetrar de qué modo se preparan y fermentan en el fondo de las sociedades los múltiples elementos que han de concurrir en una época dada á mudar su constitucion; cómo el espíritu público, divorciado de las instituciones que ya no se apoyan en él, va minando lentamente sus fundamentos hasta dar con ellas en tierra; y por qué misteriosa ley, cuando sus muros de bronce parecian desafiar el empuje de los siglos, desquiciados en sus cimientos, se desploman, arrastrando pueblos enteros edificados á su sombra y que envuelven en sus ruinas.

De esta suerte, no es otra cosa la Literatura que el primero y más firme camino para entender la historia realizada: Mentor universal, nos reproduce lo pasado, nos explica lo presente, y nos ilustra y aleciona para las oscuras elaboraciones de lo por venir.

En ninguna otra esfera puede estudiarse con más seguridad el carácter de los pueblos y las variaciones que sufre la opinion, con la cual establece la Literatura una mútua prestacion de ideas, recibiendo la inspiracion del espíritu comun social para devolvérsela más tarde, fundida en creaciones individuales

sorprendentes. ¿Dónde se manifiesta la índole del clasicismo en su mayor elevacion? En los poemas de Homero, en las tragedias de Esquilo, en las arengas de Demóstenes. ¿Dónde se dibujan más hondamente las sucesivas degeneraciones de esa civilizacion misma? En la Eneida y la Farsalia. ¿Dónde se conoce á los españoles del Renacimiento? En el teatro de Lope y Calderon. Allí aparecen con entera verdad en la plenitud de su génio, con todos los rasgos distintivos de su fisonomía, maravillosamente expresados por aquellos hombres inmortales que, colocados entre la grandeza del siglo XVI y la decadencia del XVII, parece que recogen, con el postrero y más esforzado aliento de la inspiracion nacional, el fruto de los gérmenes depositados por la Edad media en nuestro suelo, y lo ofrecen un dia y otro dia, como ejemplo y enseñanza inestimable, á una sociedad que empieza á renegar de esos precedentes y aspira á suicidarse por contradecirlos.

Ningun estudio, pues, más fecundo, más provechoso, de más valor práctico—contra lo que suele pregonarse—que el estudio de las literaturas, y singularmente el de sus obras bellas y artísticas. Ellas no se limitan á darnos á conocer las civilizaciones que representan, con esa palidez que hallamos siempre en las relaciones de los viajeros y que, á lo sumo, nos inspira el deseo de experimentar por nosotros mismos las impresiones que se nos refieren; sino que trasportándonos al seno de la realidad animada y viviente, poniéndonos en contacto inmediato con ella y dejándonos enteramente libres para abandonarnos á la fecunda intimidad de su comunicacion, abre al espíritu menos educado infinitos horizontes, donde sólo por la contemplacion directa de la vida, no por la lejana perspectiva de su nebuloso reflejo,

podemos penetrar, y que interesando la actividad completa del alma, desde la fantasía á la reflexion, segun el grado de su respectiva cultura, despierta nuestra espontaneidad y sustituye sus propias emociones y pensamientos á los convencionales juicios y al fútil entusiasmo, muchas veces únicamente fundados en la autoridad de una artificial tradicion.

II.

Si aplicando ahora estos principios, ligeramente indicados, al conocimiento de la índole particular de un pueblo, que se ofrece á nuestra vista no bien entramos á considerar en su conjunto el desarrollo de la Historia moderna, nos preguntamos cuál será, pues, el dato esencial para comprender el carácter de la nacion francesa, ¿habrá quién vacile en señalar su literatura? Ella posee, sin duda, la clave del problema: en ella es donde su espíritu y su vida nacional se realizan con entera determinacion; y si todas las manifestaciones de su génio van selladas con sus rasgos diferenciales, si—por ejemplo—en Montaigne, Descartes y Cousin puede estudiarse el desenvolvimiento de su Filosofía desde el Renacimiento acá, en sus monumentos literarios es tan solo donde ese estudio puede completarse convenientemente; y mientras aquellos apenas nos inician en las ideas de su época, los segundos nos exponen todas las direcciones contemporáneas de la actividad social, ideas, sentimientos, propósitos.

Mucho más que aquellos filósofos, nos inician el *Roman de la Rose*, Ronsard y Rabelais, Malherbe y Boileau, Chateaubriand y Víctor Hugo en la progresion de la moderna sociedad francesa, cuyo espíritu puede seguirse, como en ninguna otra parte, en las producciones que reasumen sus evoluciones más notables. La superficialidad y el énfasis; la exagerada influencia del Renacimiento en ese pueblo, que hundió sus escasas tradiciones nacionales para levantar sobre sus escombros las maravillas del mundo paga-

no, y convertir á su imitacion todas las fuerzas de su actividad literaria; la reaccion de las nuevas ideas, más tarde desnaturalizadas hasta el punto de sublevar en contra suya á los hombres de buen sentido; la historia íntegra, en fin, de la moderna literatura francesa vive en esos nombres, y con ella la de todos los desenvolvimientos de su espíritu.

Mas ¡qué mucho que eso alcancen á significar, si en ellos vive al par la de tantos otros pueblos, la de tantas otras literaturas; si sobre ellos se ha modelado y en gran parte se modela todavía la Europa entera; y si para nuestra mayor y más dolorosa enseñanza, en ellos pueden aprenderse la historia de nuestras letras durante un largo período, la historia de nuestras instituciones, la historia de nuestras costumbres!

Y esto depende de condiciones singulares. Nacion, la francesa, cuyo carácter ligero y expansivo, cuyos antecedentes, cuyo idioma, cuya misma posicion geográfica, hacen más propia para difundir ideas y sistemas que para producirlos, ha ejercido un influjo casi siempre notable sobre el resto de los pueblos de Europa. La clásica Italia, la reflexiva Inglaterra, la docta Alemania, la apartada Rusia, han sufrido ó sufren este influjo, que se determina ya en la esfera de las relaciones sociales, ya en la de la política, ya en la del arte, ya en todas ellas á un tiempo. En cuanto á nosotros, el espíritu francés, encarnado en nuestra sociedad, ha reinado despóticamente en la literatura, sobreponiendo su cosmopolitismo á la índole nacional de nuestro genio.

Honrosos timbres puede ostentar la nacion vecina á la gratitud del mundo. Plantel de aclimatacion para todo género de innovaciones, centro del movimiento europeo cuya direccion ha ejercido tantas

veces, la voz de Francia, mezclada generosamente á las elocuentísimas lecciones de sus tristes experiencias, ha sido el vehículo que ha llevado á los más apartados confines los gérmenes de la cultura, los fundamentos de la civilizacion. Pero si merecen consideracion estos servicios y simpatía sus desgracias, esa consideracion y esa simpatía no deben conducirnos á sustituir con su criterio el nuestro, á pensar como piensa, á sentir como siente. Pretender, pues, modelar nuestra literatura sobre la suya, es empobrecernos nosotros sin enriquecerla á ella. Desgraciadamente, no siempre hemos resistido ese funesto poder de la imitacion, de que difícilmente escapan los escritores ligeros é incapaces de ahondar en la esencia de las cosas y expresarla libremente: harto tiempo, llevando por guia un ciego, ha caminado nuestra literatura de vacilacion en vacilacion, de extravío en extravío, y si no se ha perdido para siempre, es porque nuestro pueblo tiene brillantes tradiciones y elementos de vida propios, y los pueblos que tienen historia, tienen literatura, que necesariamente ha de florecer tan luego como las circunstancias sociales le presten amparo.

Veamos además, qué literatura es esa que ha impuesto su yugo á las primeras de Europa.

Francia, atenta, hemos dicho, á difundir más que á crear, se ha distinguido en la época moderna, tanto como por su influjo poderoso, por su falta de originalidad. No hay en la creacion sér alguno que carezca un solo instante del sello individual que lo caracteriza y distingue en medio de los demás séres partícipes de su misma naturaleza: y esta individualidad, cuya importancia crece á medida que nos elevamos en el órden gradual de las cosas, y que llega á alcanzar en el hombre un valor extraordinario, se

revela tambien en las naciones, verdaderas personas sociales, destinadas por Dios á servir de órganos y condiciones superiores para el cumplimiento de los fines humanos. Por esto, cada pueblo, como cada individuo, lleva aneja una significacion singular y propia, representa—por decirlo así—una idea esencial, cuya prosecucion alimenta y da sentido á toda su vida; sin que este providencial ministerio que, con mayor ó menor conciencia ejerce, pueda ser anulado, excedido ni áun igualado quizás por ningun otro.

Pero de la diversidad de grado en la claridad con que reconocen su mision, procede el grado tambien de perfeccion con que la realizan. Las naciones que, sin atender á los íntimos resortes de su fuerza, y distraidas en la inagotable novedad de las relaciones exteriores históricas, desoyen la voz que incesantemente las llama á la edificacion de su obra, la hacen sin duda; pero conquistando dolorosamente sus menores progresos, y arrancándose con penosa fatiga de la volubilidad con que las arrastra fuera de sí la rápida corriente de los hechos. Su vida es un geroglífico, á veces casi indescifrable, que se presta á las más opuestas interpretaciones. Por el contrario, aquellas otras que, cuidando de aumentar la herencia de su pasado, caminan con fé constante en el ideal de su destino, más ó ménos reflexivamente, segun los tiempos, pero sin perderlo jamás de vista, expresan en la vigorosa iniciativa de sus actos ese incesante desenvolvimiento de su individualidad primitiva, que solemos llamar *originalidad*.

La originalidad de un pueblo se determina, pues, pricipalmente en virtud de dos elementos esenciales, á saber: la continuidad de la tradicion en cada momento de su historia, y la firmeza para mantener

la vocacion que la inspira y hacerla efectiva en el organismo de la sociedad humana.

Ahora bien, débiles las tradiciones literarias de la Francia de la Edad media, que asimismo se relacionaban en su mayor parte con las últimas formas del espíritu clásico, y habiendo determinado en su génio cierta predileccion por lo culto y elegante sobre lo enérgico y grandioso, desde los tiempos de Francisco I, los más á propósito para fundar una literatura verdaderamente nacional, fué aumentándose artificialmente el gusto afectado é imitador de sus escritores, alimentado por la superficialidad de un carácter que refleja como el alma de un niño cuanto se ofrece á la inquieta movilidad de su exámen. Apasionados sucesivamente de las cosas más opuestas, pasando rápidamente de un extremo á otro extremo, los franceses, hecha abstraccion de unas cuantas gloriosas individualidades, se han creido dispensados de tener una literatura propia, porque cuentan con la de todos los demás países, como han prescindido de crear unas artes, una filosofía y una política nacionales, poniendo á contribucion las más diversas manifestaciones del mundo antiguo y moderno. Distingue á la literatura española la grandiosa magnificencia del sentimiento y la expresion; señálanse, la alemana por su profundidad, la inglesa por su delicadeza analítica, la italiana por su brillantez, la india por lo inmenso de su fantasía, la griega por la pureza de su forma, la árabe por su valentía é ingénio... solo la literatura francesa no se determina por cualidad alguna especial, y su carácter es no tener ninguno y reflejarlos todos.

Y por lo que toca á ideal histórico, ¿podrá pretenderse que esa propagacion universal de la cultura europea—único ministerio de la Francia y señal dis-

tintiva de la empresa á que ha sido llamada—preste á una literatura otro sentido que el de una tan agradable y amena cuanto frívola traduccion? No es inferior en sí á ninguna, ni merece desden esa mision, real y necesaria en la Historia; pero mucho ménos puede aspirar á ahogar y sustituir otra alguna, quimérico designio de una nacion que toma el cosmopolitismo de sus fines por superior preeminencia respecto á todos los demás pueblos del mundo. ¿Cómo alimentará ese espíritu un ideal propio, ni esas poderosas tendencias é irresistibles simpatías comunes que, enlazando á las generaciones en indisoluble vínculo, se manifiestan de un modo eminente en el arte, y que no se apagan un momento sino para renacer con superior pujanza en nuevas formas?

No: en este sentido, no hay en Francia originalidad nacional; ni es posible que la haya. Su propia mision de entrelazar y sostener las relaciones y el comercio total entre hombres y pueblos, la aleja de aquel camino. Por esto (1) carece de tradicion social y, para borrarla, se rebela cada época contra la que le dió el sér, soñando—como dice un filósofo—que ha nacido de las piedras; por esto no tiene tradicion

(1) «Recorred la menor aldea de Suiza, interrogad al último aldeano; ¿hallareis uno solo que no se estremezca de entusiasmo al oir los nombres de Guillermo Tell ó de Winkelried? ¿En qué consiste, pues, que el nombre de Juana de Arco, esa heroina á quien la Grecia pagana hubiera levantado altares, no tenga en Francia igual virtud, ni haya logrado inspirar sino los versos ridículos de Chapelain ó el poema licencioso de Voltaire? ¿De dónde proviene que el francés ha podido ver sin indignacion la parodia de los tiempos heróicos de su patria?—Es menester decirlo con profunda pena hácia lo pasado: no habia entre nosotros tradiciones ni recuerdos nacionales.»—ARTAUD, *El Génio poético en el siglo XIX.*

científica, y la circunspeccion y el sistema son allí palabras sin valor real; por esto es nula su tradicion artística, y no crece sino de la sávia de los otros pueblos; por esto sus instituciones arraigan en un empirismo abstracto, no en la armonía de la razon y de los progresos de la educacion política; por esto, en fin, instituciones, arte, ciencia, sociedad, todo allí es instable, todo muda, todo se renueva por momentos: y en la rápida sucesion de ese agitado cambio, apenas si queda hoy un vago recuerdo de lo que ayer sobre toda ponderacion se pregonaba.

¿Puede constituirse de este modo una literatura propia, animada de idéntico espíritu, movida de sentimientos verdaderamente nacionales? Si la literatura es expresion fiel de la civilizacion que respira, allí donde ésta se halla sujeta á una revolucion contínua en todos los órdenes, y la fantasía del pueblo no consolida ideal alguno, la historia de las letras ha de ser exacto trasunto de la tela de Penélope, sin poder justificar con su fidelidad á otro Ulises la eterna inquietud de su volubilidad apasionada.

III.

Esto acontece en Francia.

¿Cuáles son, en general, los distintivos peculiares de las letras francesas? La afectacion y la frivolidad en su exterior: en su espíritu, ya lo hemos dicho, no hay tendencia alguna, no hay modo especial de ser que predomine. Lo mismo en la literatura didáctica que en las obras puramente bellas que engendra la invencion artística, pueden observarse su vida endeble y prestada, su falta de pensamiento nacional, la escasez y pobreza que encubre una fecundidad solo cuantitativa y aparente. Si analizásemos el estado de las ciencias en Francia, empresa superior á la índole de este trabajo, veriamos cómo se ha contrapuesto allí á la literatura científica que llaman *savante*, la literatura científica *amusante*, forma accesoria de la exposicion doctrinal, propia, sin duda, para divulgar y hacer agradable las cuestiones más áridas, cuando, como en otros países acontece, se limita á presentarlas de una manera más comprensible para la generalidad, y que despierte la aficion á estudios más profundos y detenidos; pero desde el *Cosmos*, por ejemplo, de Humboldt, en que se ofrece el conocimiento de la naturaleza con toda la poesía de un gusto sóbrio y elevado, realzando el interés de una copiosa doctrina, hasta esos *Cursos completos* de Filosofía, de Literatura (1), de Física, de Moral, á que

---

(1) Puede ofrecerse como muestra de este género, entre un sin número de libros no menos conocidos, el ponderado *Curso de literatura dramática* de M. Saint-Marc Girardin, uno

casi se hallan reducidas las publicaciones científicas entre nuestros vecinos, y que administran su exíguo contenido en dósis infinitesimales, adornándolo con un aparato tan ligero como rebuscado, media todo el camino que separa un tratado de universal interés y un libro que se cae de las manos al que conoce, por lo ménos, la posicion de los problemas á cuya solucion imagina asistir. Por su vacío sustancial, se prestan fácilmente á la lectura de las personas que menos preparacion han recibido: por su variedad amena halagan los entendimientos frívolos y perezosos: y despojado su lenguaje de toda precision técnica, y su fondo de todo enlace sistemático, imprimen en muy pocos unas cuantas ideas, por lo comun vagas, falsas y repetidas, de que pugnarán por desasirse tan pronto como adquieran más sólida enseñanza, vician en muchos las que aprendieron y favorecen en los más la ignorancia y la presuncion, mostrando como innecesario ya cualquiera ulterior progreso de la reflexion y el estudio.

Y, sin embargo, ese y no otro es el terreno propio de la ciencia en Francia. En ese género de exposiciones debiera aventajar á los demás pueblos, ofreciéndoles clara y compendiosamente los nuevos datos, los resultados culminantes, las conquistas más preciosas en cada órden de conocimientos, á fin de que, fiando en la exactitud de su testimonio, pudiesen utilizarse por los que no se han consagrado á su especial indagacion, acrecentasen el caudal de la pública cultura y entrasen á influir en la vida, segun su respectivo valor y trascendencia. Pero esceptúen-

---

de los cuarenta *inmortales* de la Academia francesa, y profesor de la Facultad de Letras de París. El autor, cuyo renombre es europeo, no dedica un sólo capítulo al exámen del teatro español.

se un corto número de escritores, la mayor parte de segundo órden y formados en doctrinas exóticas, y tendremos una didáctica que, en buen hora, parezca el *non plus ultra* á los franceses; á los extranjeros, por su falta de fidelidad, de sencillez, de firmeza, de método, nos deja todavía que desear bastante.

¿De qué depende esta irregularidad? ¿En qué consiste que la ciencia francesa cumpla con tal imperfeccion su ministerio y fin particular? Es que ha rehusado siempre con obcecada porfía reconocer ese fin como suyo: es que se ha negado soberbiamente á aceptar ese ministerio, juzgándolo inferior á la idea que de sí tiene, y pensando que al circunscribirse á él, perfeccionando sucesivamente sus medios de ejercerlo, abandona esa direccion universal que con tal inmodestia se atribuye, que pregona en todos los tonos y que piensa sostener trasplantando á su suelo los elementos iniciados por los demás, no bien despuntan en el campo inagotable de la historia. Sin comprender que en este mismo afan con que espía los movimientos de la civilizacion, obedece, sin pensarlo, á su inflexible destino; porque así como el hombre se halla ligado á condiciones generales de existencia, que no puede romper, al señalar la Providencia á cada pueblo una vocacion de que en vano intenta desviarse, ha condenado á esterilidad permanente cuantos esfuerzos haga por borrar su individualidad característica. Como el niño, que pugna por construir la máquina que ve fabricar en el taller, ó por remover el peso que levanta fácilmente el atleta preparado para este ejercicio, consumiendo en tan inútil lucha el vigor de sus fuerzas, hasta caer desesperado en la postracion y el desaliento; así Francia, superada (ciñéndonos á la época moderna) en la ciencia por Alemania, en el arte y la

Literatura por Italia y España, en la Política y la industria por Inglaterra, se afana inútilmente por rivalizar con estos pueblos, y desdeña y olvida su propio fin, con grave daño de sí misma y de la sociedad europea, á quien tanto pudiera servir si se guiara con mayor acierto en su camino.

No ha cabido mejor suerte á la Literatura de imaginacion. Si las obras científicas de allende los Pirineos, torciendo de su natural camino el progreso intelectual, han contribuido á pervertir los estudios, las producciones de la fantasía, en lugar de enlazarse unas á otras, constituyendo un desarrollo de sus tradiciones primitivas, modeladas sobre el tipo de las nuevas necesidades, en vez de reproducir fielmente la doble inspiracion, subjetiva y objetiva á un tiempo, del poeta, bebida en sus genuinas fuentes, han nacido al ficticio calor de una cultura violenta y artificial. Vacilante y sin direccion, inconsecuente apasionada de todo lo anormal, de todo lo que se aparta de lo vulgar y comun, cuando en la Europa entera comenzaban á germinar las semillas de la Edad Media, y cuando el regreso hácia el clasicismo que el Renacimiento despertó, pudo haber concurrido, sábiamente encaminado por un sentido superior y más libre, á la depuracion y perfeccionamiento de una literatura verdaderamente nacional, como aconteció en nuestro país, Francia, oponiendo á la racional armonía de tantos elementos como hubieran podido fundirse en el crisol del nuevo espíritu, la mayor cultura de los antiguos respecto de los bárbaros, de quienes hacian derivar todo el movimiento que menospreciaban, retrocedió bruscamente y se arrojó en los brazos del neo-clasicismo.

Así se engendró aquella poesía muerta que, segun la frase de un francés distinguido, «no era la voz de

un pueblo, sino—á lo más—el eco de los tiempos pasados, desfigurados por la ignorancia y por la afectacion.» Literatura de gabinete, que evocaba ideales para siempre perdidos, que por su aridez reglamentaria contradecia la libertad de los modernos, que pretendia, en fin, continuar las tradiciones de Homero y de Sofocles, no trasfiguradas como estaban ya por la lenta elaboracion de los siglos, sino restituyéndolas al estrecho molde de su primer momento, borrando de la historia las grandes evoluciones de la sociedad europea, y separando poco á poco el cultivo de las letras de las fuerzas vivas del país, hasta llegar á encerrarlas en una atmósfera particular, distinta de la comun, donde sólo podia vegetar la imitacion de los clásicos, cuya influencia irradiaba desde allí é invadia el teatro, la cátedra, el libro, hasta el templo.

Violento era aquel estado de cosas en un principio; pero concluyendo por absorber toda la energía del país, parecia que sólo una larga série de influencias podria mudarlo despues de mucho tiempo, preparando poco á poco con la educacion del espíritu nacional la germinacion de nuevas ideas, y la lenta trasformacion de la Literatura. Pero hé aquí que cuando, sofocadas una á una las aspiraciones del génio moderno, solo imperaba aquel clasicismo pedantesco y bastardo que, anhelando restaurar las bellezas del ideal griego, lo disfrazaba y corrompia: cuando, vencidos con ímproba constancia todos los obstáculos que su dominacion habia hallado entre los doctos, é incapacitado el pueblo, por la servidumbre espiritual en que yacia, para iniciativa alguna que pudiera oponérsele con la más minima esperanza, revocaba soberbiamente con sus inapelables fallos los juicios de la opinion que apenas osaba con-

trariarlo: cuando la literatura francesa se embriagaba con los placeres de la victoria en el seno de la escuela greco-romana, lánzase impetuosa y de improviso á las ideas y á las formas románticas, y destruye en un dia la afanosa tarea de más de dos siglos, con el mismo ardor con que la habia comenzado y perseverado en ella.

Y á la verdad que este ardor no pudo haber sido más extremado ni producido más abundantes y funestos frutos. El siglo XVII presenció el mayor grado de apogeo á que la imitacion clásica llegó jamás en nacion alguna. Mezclada, en un principio, á las puerilidades de aquel erotismo, metafísico y sensual á un tiempo, de los trovadores, tan ayudado por la natural galantería de los franceses: despues, á los juegos de palabras y al culteranismo conceptuoso de la escuela exótica de Marini: más tarde, á las informes copias de nuestra literatura, que hicieron tan célebres los nombres de Hardy y Scarron, alcanzó en Corneille y Moliére, sentenciados á perpétua vacilacion entre las dos escuelas, clásica y moderna, una brillantez que no pudo aumentar ciertamente el descolorido Racine. La condicion generalmente mezquina de los poetas franceses, dependientes casi siempre de la córte ó agregados á la servidumbre de altos personajes, cuyas inclinaciones se veían obligados á halagar; la intervencion desastrosa del elemento oficial en las letras, reglamentadas por los ministros desde sus gabinetes y por los eruditos desde sus Academias, fueron principales causas para fomentar esa manía de la imitacion, ingénita en el espíritu francés (1), que creó aquel falso *buen gusto*, tan incensado

(1) Véase la explicacion apologética, verdaderamente notable, que de esta propension hace M. A. Puibusque, en

por el patriarca de Ferney, y aquella crítica ridícula y superficial, que se dirigia ante todo á la exterioridad, cuando hubiera debido concentrarse en las condiciones históricas del fondo de la Literatura.

El arte clásico, con su belleza reposada, correcta, graciosa, con sus formas tan acabadas y perfectas, era maravillosamente á propósito para cautivar un gusto que se precia de pulido y exquisito y para imponerse á una literatura esclava y sin carácter, en la cual, dice un juicioso francés, ni un sólo héroe griego ó romano hubiera podido reconocerse, como no se reconocia ninguno de los modernos. Ni fué siquiera tampoco el momento más perfecto del ideal clásico en toda su pureza, sino el de su decaimiento y mezcla con otras nuevas concepciones, el que logró interesar la admiracion de Francia: la vaguedad ecléctica de la literatura latina era más susceptible de imitacion que la poderosa originalidad del génio helénico. París, capital del mundo civilizado, ha plagiado aún en pleno siglo XVIII á la antigua ciudad de Rómulo, viniendo á ser, como se ha dicho felizmente, un eco de otro eco.

Así se comprende que todos aquellos que, desde la época de Ronsard, se habian opuesto á la copia de modelos extraños, unos con la autoridad de su palabra, muy pocos con el ejemplo de sus obras, consiguieran tan escaso éxito en su generosa empresa. La soberbia del clasicismo cortesano, prolongado hasta nuestros dias, hizo mártires de los que, como el infortunado Gilbert, osaban buscar inspiracion en sus sentimientos y en su siglo, y no hubiera sido tiempos atrás muy diferente la suerte del mismo

---

su apreciable *Historia comparada de las literaturas española y francesa*, t. II, concl.

Corneille, sin la flexibilidad de este ingénio, cuyas primeras tentativas para reavivar el teatro de su pátria, introduciendo elementos románticos (tomados por cierto de los españoles) aunque aplaudidos del pueblo, merecieron la reprobacion de las personas cultas.

Divorcio funesto es siempre el de las literaturas popular y reflexiva, y cuando en vez de marchar unidas y alimentadas por unos mismos elementos, se apartan y contraponen, degenera esta en insípida y convencional, perdiendo cuanto puede hacerla duradera é interesante en todos tiempos, y se aisla aquella en una esfera reducida y menospreciada, tuerce el curso natural de su vida, y engendra á lo sumo groseras producciones, que no pueden aspirar á influir más que en las últimas clases de la sociedad. Tal aconteció en Francia, donde por las razones que hemos señalado, jamás ha podido desarrollarse la tradicion literaria y donde, si ha habido unos pocos escritores nacionales, nunca existió una literatura verdaderamente tal.

Pero, así como en el órden moral acontece que cuanto más corrompida se halla una generacion, tanto más vivos son los deseos de las almas nobles hácia el bien, de igual manera la perversion del gusto en un período histórico trae consigo el descontento aun de sus mismos sectarios, en quienes no puede ménos de levantar al fin vehementes aspiraciones hácia un porvenir mejor: el bello ideal de los pueblos se depura y eleva en razon directa de la decadencia del arte, germina en las profundidades de su sér, crece y se revela en la fantasía, y llega por último á iluminar con su resplandor la vida entera. Desde que envuelto en el misterio impenetrable de un presentimiento confuso, exhala esas primeras quejas vagas

é informes que en todos hallan eco, y en nadie todavía expresion determinada (como el malestar general del cuerpo nos anuncia la presencia del dolor, sin que podamos localizarlo en tal ó cual miembro), la desarmonía entre la forma histórica del arte y las nuevas tendencias se hace ya sensible: á medida que se acentúa, siente el alma mayor vacío alrededor de su ideal, y cuanto ménos realizado lo encuentra, tanto más suspira por realizarlo.

De esta suerte, aun en los países que no han logrado constituir una literatura propia, puede pretenderse justamente que la que exista, ya que no esté fundada en lo pasado, se relacione al ménos con lo presente, y satisfaga siquiera una parte de las necesidades de su época: por esto, al espirar el último siglo, cansado el mismo espíritu francés de aquella superficialidad, de aquel vacío que se notaba en las letras cortesanas, más fortalecido el sentimiento de la independencia individual, especialmente desde los trastornos políticos de América y Europa, y puestas en íntimo contacto las literaturas del Norte y el Oriente con las degeneradas de los pueblos neo-latinos, sobre las tendencias clásicas que caracterizan determinados períodos de la revolucion y del imperio, triunfaron la energía y la originalidad del romanticismo.

Ya el romanticismo se habia señalado en los tiempos de plena idolatría de lo antiguo, aunque sin fundar un desarrollo histórico intrínsecamente propio, anunciándose, hasta con la torcida direccion y desviaciones abusivas que más tarde habia de desenvolver cumplidamente, en varios escritores como Pascal, Rousseau y Beaumarchais, que unian no pocos elementos clásicos á la libre inspiracion del génio moderno. Mas cuando se estudiaron con sinceri-

dad los monumentos literarios de la Edad Media, tan menospreciados por los preceptistas, y, vencida definitivamente en Alemania la supremacía del neoclasicismo francés, á los rudos golpes de Klopstock y su escuela, llegó á predominar el nuevo sentido que animaba á poetas insignes, los franceses—que habian tenido ocasion de conocer y apreciar ese renacimiento germánico despertado por ellos sin saberlo, al herir las fibras del ardiente patriotismo que mostraron los pueblos del lado allá del Rhin—se lanzaron por los nuevos senderos que abrieron á la fantasía Mme. de Stael (1) y Chateaubriand, con su revelacion de las literaturas románticas y su predicacion del espiritualismo y del cristianismo, empresa noble y vigorosamente acometida; y abatiendo despechados las antiguas enseñas de Horacio, Virgilio y Séneca, sus poetas predilectos, tremolaron pendones por Dante y los orientales.

Pero aun entonces erraron el camino. Si el romanticismo pretendia relacionar la obra artística con su época, lo cual mal podia conseguirse con la imitacion greco-romana, no era más á propósito para este objeto la de otras producciones exóticas correspondientes á tiempos de diverso carácter. La literatura moderna habia sufrido progresivas evoluciones, y cada una de ellas enriquecido su fondo y depurado su forma; especialmente, la multitud de nuevos elementos con que ensanchó su esfera de vida en los siglos XV y XVI, señalan una transicion crítica

(1) Entre los libros de esta célebre escritora, uno de los que más han contriduido á los progresos de la crítica, ha sido el que lleva por título: *De la Literatura, considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, cuyo elevado sentido general, á vuelta de errores é inexactitudes, lo recomienda extraordinariamente á la indulgencia y al agradecimiento de las letras.

que la trasforma de literatura de la Edad Media en literatura del Renacimiento: modos ambos románticos, y como tales opuestos al clasicismo, pero que constituyendo dos grados diferentes del mismo ideal, guardan entre sí esencial y señalada distincion. Desconociendo esta distincion los franceses, no ménos que la índole del romanticismo, y equivocándola con la exterioridad que habia revestido en épocas anteriores, no encontraron nada mejor para inaugurar su conversion literaria que reproducir los asuntos, la manera, el estilo de aquellas, sustituyendo con la originalidad apócrifa, que procede de rebuscadas novedades, la verdadera originalidad, fruto del modo individual con que el espíritu se asimila el reflejo de la realidad en todas sus formas. Falsa, por demás, es la inspiracion que se bebe en los libros; porque estos, aun traduciendo plenamente—como jamás ocurre—toda la concepcion ideal del autor, no nos permiten considerar las cosas con nuestros medios de observacion propios, sino al través de un prisma que á menudo desnaturaliza su apariencia, y que nos priva siempre de personalidad en su contemplacion. Por otra parte, al retroceder la literatura francesa, volviendo los ojos á la Edad Media, proponiéndose por modelo sus más incorrectas obras, se ceñia mejor á trasladar sus irregularidades que á imitar sus bellezas, no sólo porque envueltas y como oscurecidas éstas en la rudeza de su forma, eran ménos ostensibles y brillantes de lo que podia apetecer una cultura ya tan refinada, para la cual era objeto de instintivo menosprecio aquella naturalidad sencilla, sino por ser además ley esencial del arte que el fondo de la individualidad resista toda imitacion, y sólo se presten á ella los detalles imperfectos que lo oscurecen en una tosca accidentalidad, y que

se presentan desde luego con los caractéres salientes y marcados que ofrecen en los individuos mismos las deformidades de su configuracion corporal.

Con remedar, por ejemplo, despues de la mórbida gracia de la escultura griega, la rigidez de las vírgenes góticas, no se continuaba, ciertamente, la tradicion romántica; sino que se rompia, haciéndola retroceder á su infancia, cuando ostentaba ya en otras naciones más felices las galas de una lozana juventud. Ni era más exacta y legítima la idea que aquellos viciados espíritus se forjaban del período que intentaban reproducir. Considerar la Edad Media como determinacion inmediatamente unitaria y concreta de la humanidad, no como un confuso torbellino, como un inmenso laboratorio donde se operó la fusion del mundo clásico y el mundo cristiano, colocados frente á frente: pretender hallar expresados en la forma de esa magnífica época con claridad sistemática los elementos peculiares de aquel momento de transicion y de anarquia, de contradiccion y de lucha, de fermentacion y de tumultos, en cuyo seno se preparaba la sociedad moderna, ya era de por sí un mal grave, cuyo resultado necesario habia de ser una concepcion torcida que, en vez de ahondar por entre la oscuridad de tan encontradas manifestaciones, hasta encontrar la unidad interior que esa misma discordia representa, se perdiese en el laberinto de los pormenores, sin entenderlo ni ir más allá de la variedad episódica. Pero imponer esa concepcion y las formas artísticas de aquella época histórica á la actividad humana, despues enriquecida con medios superiores, encerrándola en ellas, era confundirlo todo; era condenar al mundo, por la reaccion, á las convulsiones de una revolucion perpétua, fundada en una eterna desarmonía; era imitar á

aquellos odiados clasicistas, volviendo los ojos al camino recorrido, en lugar de explorar nuevos horizontes; era, en fin, hacer de lo pasado una norma á que ajustar, mutilándolo, el presente y un ideal imposible para el porvenir.

IV.

Pero al hacer constar esta errada y primera direccion del romanticismo francés, que agravó aun más un torpe exclusivismo, deben igualmente determinarse los extravíos con que más tarde se desnaturalizaron, exagerándolos, los caractéres fundamentales, los rasgos distintivos de la literatura que animaba el espíritu moderno.

Numerosos principios fecundaron el arte en la Edad Media, y han venido desde entonces ejerciendo decisivo influjo en las letras, que, reanimadas por una sávia vivificante, esperimentaron una trasformacion radical al mudar los fundamentos de la sociedad á que pertenecian. Pero si, en todos los sentidos bajo que pueden estudiarse las manifestaciones del espíritu, presenta la literatura moderna diferencias características que determinan su especial índole, tres son los principales rasgos que ofrece á nuestra contemplacion, como los más prominentes y fáciles de señalar: tratemos de dar alguna idea de ellos.

La influencia árabe-persa con su exuberante lozanía, su vehemente personalidad y su tendencia á lo sobrenatural y maravilloso; la popularidad de las tradiciones y escritos sagrados que generalizó el cristianismo y, sobre todo, la profunda espiritualidad de éste, introdujeron multitud de nuevos elementos en la literatura que se levantó sobre las ruinas del paganismo, originando una elevacion,

una grandeza en los sentimientos, y en el modo de concebir la vida humana, desconocidas del mundo antiguo. Los pueblos clásicos habian compadecido al infortunado hijo de Layo, víctima de un destino terrible é inexorable, y á Orestes acosado por las Furias: se habian estremecido ante las luchas del hombre con la fatalidad ayudado de los Dioses ó contra los Dioses mismos; faltóles, empero, contemplar en el arte las sublimes contiendas del hombre consigo propio, el embate de las pasiones y la razon en lo más íntimo del alma, en una palabra, el espíritu objetivado para sí mismo en los momentos supremos de su libertad. Ora sacrificando la ley moral á los extravíos sin freno de la sensibilidad exaltada hasta el delirio, ora domado por su voluntad, y ofreciéndose como holocausto en aras de la santidad del deber, el hombre, en el ideal de la literatura moderna, siempre aparece como árbitro de su ulterior destino, principio de sus determinaciones y sus actos, señor de todo un mundo de sentimientos é ideas, muy superior en importancia estética al mundo antiguo de la realidad exterior.

La conciencia, poderoso teatro de las más interesantes colisiones de nuestra poesía y nuestra novela, no revelaba todo su poder en los pueblos paganos, y si algunos génios como el de Platon habian vislumbrado su verdadera naturaleza, estos relámpagos carecieron en su aislamiento de influencia artística; siendo por demás vana la opinion de los que pretenden hallar en las representaciones puramente objetivas de la mitología un equivalente, y no una débil anticipacion, de la angustia del remordimiento y de la satisfaccion de la virtud. Aun la oposicion del hombre con el mundo, familiar en cierta manera á aquellas literaturas, se trasformó, revestida de un

alto sentido, en lucha entre el espíritu y la materia; y las desarmonías de lo ideal con lo real, si hicieron nacer en algunos el frio escepticismo de los poetas de la decadencia latina, sellaron con no imaginada sublimidad los caractéres de un Segismundo de Polonia, de un Hamlet, de un Cárlos Moor. Y todavía fué más allá el génio moderno: dominador de inmensos espacios, desdeñó su propio sér, y en la exageracion de un fantástico misticismo, proclamó la nada de las cosas terrenas ante las espirituales, la nada de las cosas espirituales ante las divinas y quiso llegar á lo absoluto, levantándose sobre las ruinas de lo finito y lo condicionado.

¡Ojalá, sin embargo, hubiese detenido aquí su ya aventurado vuelo! Pronto fueron ineficaces las tentativas de algunos para detener este divorcio, reconciliando el mundo sensible con el ideal; y ofuscado el espíritu comun, vino á confundir (¡tan cerca están unas exageraciones de otras!) las nobles aspiraciones que no hallaban su realizacion en ninguna esfera, con las exigencias de las pasiones más bastardas, cuyos apetitos no podian saciarse bajo el yugo del órden moral positivo, y surgió una literatura de lamentos y de maldiciones, que, ya afeminando con estériles lágrimas el corazon, en vez de conservarle entera su energía para los rudos combates de la vida, ya escarneciendo impíamente los más sagrados afectos, las instituciones más venerandas, los lazos más respetables, acostumbró las imaginaciones á estímulos funestos y desusados, en medio de los cuales el alma, entregada á las convulsiones de un sentimentalismo nervioso, necesitó para conmoverse las más violentas sacudidas de la sociedad, trastornada en sus cimientos.

Otro carácter del romanticismo es su predileccion

por el estudio del natural. El arte clásico habia respondido á las necesidades de su tiempo: religion, historia, sentimientos, costumbres, todo se hallaba impregnado de aquella belleza correcta, de aquella gracia, de aquella armonía, de aquel reposo, que son los distintivos del ideal griego. Pero si pudo satisfacer y satisfizo á su época, con la que se hallaba en esa perfecta relacion que entre uno y otro término existe en todos los períodos verdaderamente creadores; si se nutria de las raíces de la nacionalidad y era popular, porque era original y propio, creó despues aquel arte una atmósfera especial, fomentada por los eruditos, y que cuando la combinacion de nuevos principios con los antiguos mudó la constitucion de la sociedad, dejó de ser el medio comun de vida en que todos respiraban, y fué desde la Edad Media un violento anacronismo que, si puede disculparse bajo el concepto de la superior cultura de los clásicos, sólo una pasion injustificable intentará alabar y mantener. Creóse, frente á las literaturas nacionales, otra de gabinete, pulida, cortesana, llena de reminiscencias y bellezas convencionales, que fué extendiendo su imperio hasta proscribir á la primera, menospreciada por la vana superficialidad de los que, conceptuando en las producciones de la imaginacion como cosas independientes entre sí la esencia y la forma, desconocian su íntima unidad y sostenian que podia establecerse una contrariedad desatentada entre ellas y la civilizacion en que nacian.

No todo era, á la verdad, distinto en esta. Las monarquías absolutas, á cuyo amparo se arraigó el neoclasicismo, algo recordaban del panteismo absorbente del antiguo estado, y multitud de elementos paganos se mantenian y viven aun en el fondo de la época moderna; pero todos ellos juntos jamás han

podido ser bastantes para alimentar robustamente la literatura antigua en unos pueblos trasformados por el cristianismo, el feudalismo y tantas otras profundas revoluciones. Las sociedades, como los individuos, reunen un elemento histórico, tradicional, heredado, al elemento característico, propio y personal que las distingue; mas, ¿con qué razon se considerará la primera piedra de un edificio como lo principal de su fábrica, ni se querrán imponer las costumbres y opiniones del fundador de una familia á cuantas generaciones procedan de él?

A combatir esta cultura artificial, sobrepuesta á la natural y verdadera, se levantó el romanticismo, fuerte ya, porque habia crecido respirando el aire libre de la vida comun, no el perfumado ambiente de los salones. Frente á aquel corto número de primores y galas marchitas, puso las inmarcesibles bellezas del mundo de la realidad, y luchando contra las aberraciones del gusto erudito, logró triunfar y se enseñoreó del arte. Entonces, las cosas ofrecieron á su contemplacion una interioridad jamás penetrada: nacieron en todas las artes géneros desconocidos para los clásicos; y la misma naturaleza inanimada, que estos, desde su punto de vista, habian desdeñado interrogar, dió lugar á sublimes obras, y vivificó con sus encantos el desierto teatro donde el hombre moderno se entregaba á sentimientos, enteramente nuevos unos, otros maravillosamente sublimados. Predicóse el estudio de lo real en todos los órdenes, como fundamento sólido de lo ideal, y como medio de relacionar al artista y su obra con el pueblo: predicóse contra aquella literatura, cuyo sentido era patrimonio esclusivo de las personas doctas, y que una inexpugnable barrera aislaba del vulgo: predicóse, en especial, contra aquella insípida poe-

sía, que exigia á sus admiradores un caudal innumerable de conocimientos prévios, y que, fuera de sus adeptos, cuyo corrompido gusto halagaba, no lograba satisfacer á la generalidad de los lectores con situaciones que no comprendian y con afectos que no eran los suyos, vestido todo con un lenguaje desusado, lleno de nombres exóticos.

Más así como tras de los espiritualistas vinieron los sentimentalistas que, desviándose por medio de exageraciones sucesivas del genuino carácter del principio mismo á que parecian rendir culto, comprometieron la causa de la nueva evolucion literaria, de la misma manera surgió, de la torcida interpretacion dada por algunos al estudio del natural, otra secta que, en vez de considerar á este como primera materia que habia de pulir, de trasformar, de idealizar, en fin, el artista, llegó á creerlo objeto directo de la representacion sensible, y cayó en el servilismo de la imitacion. Ya en Grecia habia sido ensalzado este principio como el axioma generador del arte por las escuelas sensualistas, y combatido muy especialmente por Platon, que al afirmar la identidad esencial del bien y la belleza, se anticipaba con la fuerza de su génio á la moderna doctrina estética de la alianza entre lo ideal y lo real, por la purificacion de la forma.

Y esta doctrina se halla en perfecta consonancia con el verdadero concepto del arte. Deber es de la Literatura, como de todas las manifestaciones de éste, mostrar la realidad exterior, extirpando los detalles perturbadores que contiene para nuestra contemplacion finita y limitada. Ofrécenos, á veces, la vida momentos tan bellos, que ante su plenitud aparecen casi nulos nuestros medios de expresion, siempre é inevitablemente vencidos, tan pronto co-

mo, olvidando que no es el objeto en sí mismo (sino solamente su imágen trazada en la fantasía) lo que el artista encarna en los materiales, pretendemos en vano luchar con la naturaleza y aplicar aquellos medios á su imitacion pobre y descolorida. Pero esta inferioridad de la obra humana cuando intenta *copiar* la realidad, desaparece desde el punto que consideramos la multitud de desarmonías que empañan, á nuestros ojos, su hermosura, y aspiramos á reconstruir sus formas, abreviadas y purificadas por la virtud sintética de la imaginacion creadora. Por otra parte, si la existencia fuese puramente el título de las cosas para convertirse en asunto estético, lo feo, lo repugnante, lo deforme, que tambien existe donde quiera, podria ser representado estéticamente, esto es, representado como bello, lo cual ciertamente es contradictorio.

Hay una verosimilitud artística que difiere esencialmente de la realidad, tal como inmediatamente la vemos. A cada momento, lo mismo en el órden moral que en el órden físico, notamos estados, acciones, fisonomías, sucesos, en una palabra, situaciones y caractéres, que por no mostrar sensiblemente una interior concordancia y un enlace orgánico entre todas sus partes, nos aparecen con tal inverosimilitud, que ningun verdadero artista se prestaria á reproducirlos en sus obras. Continuamente hablamos de hechos reales inverosímiles, y las personas menos familiarizadas con el lenguaje técnico del arte oyen hablar sin duda con frecuencia de actitudes, gestos, detalles y hasta aspectos de la naturaleza inverosímiles y reales á un tiempo. Pues ésta inverosimilitud, á que solemos dar el nombre de *falta de naturalidad*, es lo que por la lógica de los principios ha venido á ser el ideal de la lla-

mada escuela *realista*. Proclamando la igual lejitimidad estética de lo bello y lo feo, subordinando el arte á la copia y levantando por tanto á la naturaleza y sus obras sobre la libre produccion del espíritu, peca contra ese mismo principio, mal entendido, que invoca y, en vez de traducirlo, miente el natural.

V.

La tercera, y quizá principal innovacion de la literatura moderna, se determina por el mayor valor dado á la sujetividad, al individuo respecto del todo: por el predominio de la variedad sobre la unidad clásica.

En las sociedades antiguas, el individuo se perdia bajo la unidad general del Estado: la pátria, esa deidad inexorable á quien tantas veces se sacrificó la justicia, era á la vez fuente y término de toda vida personal. Sólo era distinguido, sólo era notable, y sólo era, por consiguiente, digno asunto para el artista, el hombre que habia engrandecido y servido á su pueblo, que por su pueblo habia combatido. Los hombres eran considerados ante todo, como ciudadanos; luego, como magistrados, generales, oradores, filósofos; casi nunca como hermanos, esposos, padres; menos aún como hombres. La significacion del estado social se sobreponia á la de la personalidad, y un centro comun absorbia la actividad por entero, distrayéndola de las varias esferas donde pudiera hallar conveniente ejercicio. Todas las manifestaciones del espíritu tomaron este carácter majestuoso y elevado, aunque falso, segun nuestro modo presente de considerar las cosas, y la literatura, en especial, fué una deificacion de los grandes nombres y de los grandes hechos políticos.

Esto, en cuanto á la region limitada de lo humano; por lo que hace al órden superior de la representacion del principio divino, la *individualidad* de cada dios no era primitivamente sino la *individua-*

lizacion de una fuerza cósmica, más tarde espiritualizada bajo carácter moral en una forma, si perfectamente concreta y definida, siempre general y abstracta en su derivacion genérica. Por otra parte, la inagotable multiplicidad de la complicada mitología griega se modelaba sobre una disposicion interior que, procediendo orgánicamente, envolvia los diferentes círculos de divinidades relacionadas por su significacion, en círculos superiores, abrazados á su vez en otros, y así sucesivamente, hasta llegar á un primer principio único y supremo.

Por esto, cuando en aquella teogonía, ordenada con semejante rigor, se introdujo por la decadencia necesaria de su desenvolvimiento una disolvente arbitrariedad, y se prodigaron sin concierto las invenciones fabulosas y las creaciones de nuevas deidades, concediendo á lo particular, accidental é inferior una consideracion exagerada, degeneró el carácter de individualizacion moral, y volvió á aparecer algo del originario naturalismo simbólico, del cual apenas quedaban vestigios (que representaban la herencia trasmitida al espíritu helénico por el oriental), y volvió á aparecer bajo la forma corrompida de la alegoría, dominante en Roma.

Si en lo más íntimo y profundo del ideal, el arte clásico, como dice un filósofo, y ligeramente hemos hecho nôtar arriba, «no habia sabido penetrar en las profundidades del alma humana, desenvolviendo la natural oposicion de sus fuerzas para restablecer despues su necesaria armonía», no podia ser mayor la importancia que diese al elemento subjetivo, perdido y envuelto en el objetivismo predominante. La tragedia griega, bajo este concepto, representaba un acontecimiento grandioso y de trascendental sentido para la nacion. Los protagonistas de las que po-

driamos llamar más íntimas, más individuales, Prometeo, Edipo, Medea, por ejemplo, eran personificacion viva y sensible de las desdichas de una raza, de un pueblo, de la humanidad, en fin, tomada esta palabra en la acepcion ceñida y estrecha en que la entendia la antigüedad. Prometeo, cuyo sentido religioso y social es conocido; Medea, uniendo su nombre á la guerra de los Argonautas; Edipo, que trae á la memoria el elevado símbolo de la esfinge y las desgracias de Tebas, no podian significar, no significaban colisiones meramente personales.

Otro tanto sucedia con las demás artes. Las maravillas de la arquitectura se ostentaban en los templos, foros, circos y teatros, más bien que en las casas particulares, poco dispuestas además para la vida familiar: la pintura y la escultura desconocian el retrato, en el sentido moderno de esta palabra, y otros asuntos que han cultivado despues, como los de género (1), costumbres y paisaje. Por último, si su música se mezclaba alguna vez á los placeres domésticos, su puesto verdadero y característico eran las solemnidades públicas, y sabido es cómo conservó en sus diferentes *modos* el nombre y sello especial de los diversos pueblos que la habian cultivado.

El mundo antiguo aun está muy cerca del Oriente, y ha heredado no poco de la India y el Egipto.

Mas es ley esencial del espíritu, en su desenvolvimiento histórico, proceder por contraposicion: y

---

(1) Las obras clásicas halladas, que los arqueólogos á veces han clasificado con estas denominaciones, no lo han sido con propiedad. Aquí es imposible razonar nuestra afirmacion; pero cada cual la encontrará probada, comparando atentamente el concepto de la pintura de paisaje, por ejemplo, con los insignificantes, groseros é informes precedentes que la anuncian en la antigüedad, y con los cuales tiene esenciales diferencias.

modelada sobre su naturaleza la naturaleza de las sociedades humanas, como aquel pasa de la unidad á la variedad, así en estas sucede la reaccion á la accion, y la positividad de una fuerza impulsiva determina la negacion de otra fuerza resistente. Disuelta la unidad del mundo clásico y rota la coherencia entre sus partes, en virtud de la lenta descomposicion á que puso fin la irrupcion de las hordas setentrionales, se desmembró en grupos, que más tarde fueron naciones: el cristianismo predicó la igualdad moral de los hombres y su libre intervencion en su destino futuro: los bárbaros, acostumbrados á una vida salvaje é independiente, introdujeron sus sentimientos individualistas, y los antiguos miembros del Estado, gotas de agua perdidas en el mar de aquel panteismo inmenso, se creyeron á su vez un Estado cada uno, y nació el feudalismo.

Por más que la cultura de la sociedad experimentase un retroceso lamentable en las convulsiones que la atormentaron largo tiempo, no puede negarse que la humanidad conquistó en la Edad Media grandes principios, desconocidos de sus progenitores, depositándose en su seno los fecundos gérmenes que un dia habian de desarrollarse y dar orígen á nuevos órdenes de cosas. En el fraccionamiento de ests época, borrada casi por completo la unidad social, se relajaron los vínculos políticos; pero esta misma relajacion, si era en sí un mal grave, produjo bienes sin cuento, trasformando esencialmente la sociedad clásica. Entonces fué cuando á la relacion predominante del individuo con la patria, se opuso la relacion personal del individuo con el individuo, del hombre con el hombre: se abrió, frente al mundo de lo exterior y de lo cuantitativo, el mundo del espíritu y de la vida interior y doméstica; frente á la

contemplacion de la belleza corporal y sensible, propia de la juventud del mundo (1), la de la belleza moral, ya en oposicion, ya armónica, pero siempre superior á la antigua, como superior era la idea cristiana á la clásica (2); y un sentimiento más profundo, que estimaba á los individuos por lo que en sí mismos valian, subordinando á esto su significacion en las demás relaciones, levantó los oscuros sucesos de la vida íntima sobre las grandiosas situaciones heróicas de las antiguas literaturas.

De esta suerte, la superior consideracion que alcanzó la individualidad desde que, arruinado el paganismo, revindicó sus derechos la libertad humana, abrió á la concepcion de lo bello dilatados horizontes, que el génio moderno en vano pretende haber agotado.

Bastante se debió en estas evoluciones, por mas que algunos lo duden, al espíritu oriental, infiltrado en la mayor parte de los principios que las dirigieron; pero de cualquier modo que sea, es innegable que la Literatura esperimentó un cambio esencial, en el sentido que analizamos, del que especialmente la novela y el drama, son magníficos resultados que atestiguan su importancia.

No varió ménos la posicion del artista en el nuevo órden de cosas. Los antiguos escritores se movian dentro de una esfera muy reducida de suyo: porque si desde un principio era ya harto limitado el número de asuntos á que podian consagrarse, cuando las inútiles ritualidades, el cúmulo inmenso de reglas arbitrarias, laboriosamente confeccionadas por los

---

(1) Véase: Krause, *Ideal de la humanidad para la vida*, *VI*, Segunda edad religiosa, etc.

(2) Hegel, *Estética*, t. II, Destruccion del arte clásico.

preceptistas, vinieron á oprimir más aún la imaginacion, fué la poesía un oficio, la elocuencia un procedimiento mecánico, y el génio, encadenado, plegó sus alas y se desplomó en la atonía.

Rota por la espada de Alarico la tradicion literaria, aparecieron la lírica cristiana y la poesía caballeresca, más erudita la una, más incorrecta la otra, pero ambas originales y populares, tan pronto como las circunstancias de la sociedad permitieron la espansion de los nuevos sentimientos, que tendian á comunicarse realizándose en las obras de la fantasía, aspiracion constante de la humanidad en todos tiempos. Entonces comenzó la historia de esas libertades que se han permitido los modernos contra la opinion de los pseudo-clásicos, y que han sufrido ser consideradas como bárbaras licencias de la ignorancia, hasta ser reconocidas como derechos inconcusos. Faltó el poeta á las antiguas unidades: desoyó las clasificaciones de los legisladores del arte: creó géneros no imaginados y mezcló los existentes: quebrantó todas aquellas falsas conveniencias, especialmente predicadas por los alejandrinos, y respiró en su obra una vida más noble, que el fervor de su ideal sublime inventó contra la vida de la realidad. Si antes bastaba la autoridad de los maestros para recibir como buena una produccion, dispensando al vulgo de su exámen, desde entonces cada cual se reconoció con derecho á fallar por sí mismo, y á no entusiasmarse en virtud de otro impulso que el de sus propios sentimientos. Los eruditos habian juzgado con sujecion á reglas arbitrarias, destituidas casi todas de fundamento y universalidad: ahora, el público aplaudia ó censuraba con relacion á sus impresiones, y si faltaban á sus juicios principios racionales, imposibles en tal época, que los fundasen

filosóficamente, se regian al ménos, no por áridas preocupaciones de escuela, sino por un seguro guia, el sentimiento, que la moderna crítica se ha guardado bien de menospreciar. Este criterio individual, cuyos extravíos evitaba por lo comun el sentido real de las obras superiores, imperaba quizás despóticamente; pero aquellos hombres, á quienes se deben tan grandes cosas, podian asegurar bajo su amparo que juntos con el pueblo se bastaban contra los clasicistas. De su poderoso empuje arranca la série de inmortales creaciones que llega hasta nuestros dias. Èl nos dió el romancero, que hizo del Cid el ideal de la España cristiana en la Edad Media, y el poema de Dante, el más universal que ha admirado el mundo antes del Renacimiento: de él han nacido más tarde Shakespeare y Calderon, Cervantes y Göthe, Schiller y Leopardi.

Pero tampoco habia de librarse de la exageracion este nuevo elemento, y esa independencia de la personalidad se desnaturalizó como los otros principios del romanticismo, desbordando los límites en que primeramente se habia contenido. Considerado en sí mismo (hemos dicho), el individuo puede exigir, sin duda, en nuestros tiempos un valor intrínseco y propio, que crecerá en razon del de su espíritu y de la importancia de las situaciones en que se muestre, no ya en virtud de relaciones extrañas que hoy miramos como más accidentales. De aquí que logren interesarnos en el arte personas elegidas en todas las esferas sociales, mezcladas unas con otras, segun suele acontecer en la novela, y levantadas á cierta igualdad moral que se determina por su carácter respectivo: de aquí tambien que, en otro sentido, sea lícito al escritor usar en su obra aquellas licencias que, ensanchando el campo de manifesta-

cion de la fantasía, no contradicen las leyes generales del sentimiento y de la creacion de lo bello.

Pero esta doble libertad, de que tan felizmente se aprovecharon los grandes maestros de la literatura moderna, degeneró bien pronto en desordenada anarquía; y en la pésima eleccion de asuntos, en las contraposiciones absurdas de las más heterogéneas é inverosímiles colisiones, no brilló ya aquella vigorosa energía que tanto realza las figuras de *García del Castañar* y el *Médico de su honra*, sino un falso y liviano oropel que encubria apenas la extremada pobreza de los caractéres, forzadamente robustecidos por contrastes exagerados, que no pocas veces explotó un triste espíritu de antagonismo entre las clases sociales, envenenado por los ódios políticos. Los clásicos consideraban principalmente la significacion histórica de sus protagonistas que fundaban y destruian reinos y que personificaban cada uno una raza ó una civilizacion: los modernos sobreponian á todo la superioridad de la inteligencia, la energía de la voluntad, la elevacion del sentimiento; los individualistas volvieron en cierto modo al punto de vista clásico, extrañamente corrompido y, haciendo abstraccion con frecuencia de las cualidades individuales de sus personajes, bastó que nada representasen en la sociedad general para que atrajeran su preferente atencion. Así tomaron tantos el fondo de sus producciones, no ya de las clases inferiores, que pueden dar harto asunto á bellas obras, sino de los más abyectos círculos del vicio y la prostitucion, siendo comun hallar ventajosamente opuesta á una gran figura histórica la de un salteador de caminos, y cimentada la igualdad estética, no en la del espíritu, sino en la mera desigualdad social.

No pocos de los que de esta manera han procedi-

do, y proceden aún, creen (y en ello se apoyan) que el secreto del arte consiste en la expresion, y que ésta lo mismo puede interesarnos con lo grande que con lo mezquino, con lo universal que con lo accidental, con lo hermoso que con lo ridículo y deforme, siempre que todo lo represente con fidelidad rigorosa. Sin duda el arte, semejante al fuego, purifica cuanto toca, idealizándolo y mostrándonoslo al través de un prisma que lo embellece con los colores que el presta; pero exige que el objeto tenga ya en sí condiciones, sin las cuales jamás promoverá en nosotros la pura simpatía que debe procurar el artista, y sí sólo un penoso sentimiento de repugnancia, que excederá al que nos produce su contemplacion en el mundo real, creciendo al par de lo propio y vivo de su imitacion. Ya en otro lugar hemos indicado algo sobre este punto, combatiendo una doctrina, contra la cual protesta la misma experiencia comun, afirmando la sustantividad de la belleza.

VI.

El sentimentalismo, el realismo y el individualismo, han sido, pues, los tres principales extravíos de la literatura moderna; más si estas malhadadas adulteraciones de los principios románticos han manchado en los últimos tiempos la historia literaria de casi todos los pueblos europeos, el país donde han predominado, donde han alcanzado más popularidad y brillante aceptacion, y desde donde se han propagado funestamente ha sido Francia: Francia, «palenque abierto, como ha dicho un docto escritor (1), á toda clase de exageraciones y vulgaridades:» Francia, pudiera añadirse, que ha tenido siempre un libro en blanco donde el primer advenedizo ha podido escribir sus delirios, y una masa en todas las esferas sociales dispuesta á elevarlos á doctrina y, lo que es mucho peor, á encarnarlos en instituciones. Allí, al calor de tantos elementos adecuados para aclimatarlas, arraigaron y se desarrollaron cumplidamente semejantes extravagancias, dando copiosos frutos, bien amargos por cierto.

Tendencia es de la fantasía el mirar cariñosamente cuanto presenta caractéres de novedad, y se aparta de la realidad á primera vista monótona en que

(1) El ilustrado profesor D. Francisco Fernandez Gonzalez (*Estética*, pról.), á cuya enseñanza nos confesamos deudores de la mayor parte de las ideas capitales que dominan en este trabajo, y á cuyo celo por la propagacion de la ciencia nos complacemos en rendir aquí público testimonio. (Cuando esto se escribia, era el Sr. Fernandez cadrático de Literatura general y española en la Universidad de Granada; hoy lo es de Estética en la Central.)

ve sucederse las horas: de este modo se engendra en el espíritu lo ideal que, para los pueblos, como para los individuos, viene á ser á manera de un dorado sueño, que los consuela de sus penalidades en la vida comun. Mas si esa ingénita aspiracion á lo raro y desconocido, que en su manifestacion vulgar sirve de fundamento á lo maravilloso, y en su forma superior se satisface por el arte, es legítima en éste, mientras que, sin traspasar sus naturales límites, despliega ante el alma extasiada un mundo donde cada accion encuentra su fin, cada necesidad su complemento, cada oposicion su armonía; un mundo en que se borran todas las imperfecciones que afean este en que moramos, donde el árbol no se pudre por el insecto, donde las tempestades no ocasionan pérdidas ni desdichas y donde el hombre, libre de las contrariedades de su existencia temporal, muestra su semejanza con Dios en la riqueza y variedad de sus creaciones, pudiendo decir con el poeta

Whilst thus I sing, I am a king:

si esa pasion es en sí fecunda y sirve eficazmente como todas las pasiones al cumplimiento del humano destino, tambien cuando, lejos de sujetarla á órden y medida, se la exagera y provoca, desbórdase en mal hora como todas las pasiones, y todo lo asola, y todo lo perturba, y todo lo anula si repugna sus lamentables extravíos, y el hombre que tantas veces suspira por una ilusion, alimentada quizá toda su vida, y que suele despues menospreciar al punto que consigue realizarla, no puede contenerse y llega á idolatrar lo extravagante, como aconteció en Francia, escarneciendo cuanto se le representa como normal y frecuente.

Así desviada la Literatura del camino seguro para perderse en intrincados laberintos, acechando la imaginacion febrilmente toda clase de anomalías, y atormentándose para inventar monstruosidades estupendas que todavía las sobrepujasen, desdeñáronse las manifestaciones más puras y grandiosas de lo hermoso: las cosas que habian sido siempre bellas cesaron de parecerlo, por eso mismo: porque lo habian sido siempre. Divinizóse lo absurdo, no tuvieron freno los delirios de la fantasía y, aliados de un modo extraño los sentimentales con los secuaces del realismo y con los individualistas, levantaron juntos una cruzada contra el arte, que raras veces pudo excusar sus desvaríos con la autoridad de verdaderos poetas.

Las tres sectas, en efecto, contribuyeron á tan perniciosos resultados. La primera, más íntimamente unida con los últimos, introdujo un lirismo artificial é hinchado, hasta en la práctica de las relaciones sociales: cada hombre se creyó un génio, destinado providencialmente á dirigir la humanidad por inexplorados rumbos, haciendo gala de una falsa originalidad que más era rareza y extravagancia, y que concebida de aquella manera en todos los órdenes y mantenida en una duracion imposible, hubiera realizado la atrevida paradoja del marqués de Valdegamas, llevando el mundo «á la barbarie por las ideas.» Cuanto existe de grandioso, de noble, de sagrado en la tierra, cuanto alienta y fortifica el espíritu del hombre, cuanto pertenece á lo superior de nuestra vida, constituyendo una revelacion poética y sublime del humano destino: todo fué vilipendiado, escarnecido, de todo blasfemaron, y si en muy pocos, por fortuna, nacian aquellas blasfemias de un corazon enfermo, imponíanse ficticiamente á los más, y

manchaban los labios de casi todos. Aquel que no pudo amoldar la sociedad á los caprichos de su fantasía, renegó de ella y, en alas de una misantropía soberbia y de un afectado escepticismo, ponderó las inimitables dulzuras del estado salvaje, contribuyendo á infiltrar esa sensualidad funesta que ha manchado á la vez la Literatura y las costumbres, y que un poeta llama «epicureismo fácil, que empieza en el placer y acaba en el suicidio.»

Por su parte, los naturalistas, llevados de una pasion desordenada por los fueros de la realidad histórica y visible, dijimos, cayeron en el servilismo de la imitacion; pero no se concretaron á este fin que, sólo y sin ayuda de otro estímulo, hubiera dado lugar (cuando más) á una literatura eminentemente descriptiva y fria, cuyo influjo, apenas pernicioso y nunca demasiado activo, no habria podido corromper largo tiempo el arte con sus infelices producciones. No bastó al materialismo estético elevar sobre el espíritu la naturaleza, como si el mundo en infinitas ocasiones tuviera otra hermosura que la que ese espíritu le presta en su contemplacion: no le bastó encerrar al poeta en el estrecho campo de lo que inmediatamente aparece ante sus sentidos: no le bastó privar á sus obras de íntima y verdadera eficacia por su prosáica monotonía, y mutilar sus más bellas creaciones, erizándolas de peripecias, contradicciones y antagonismos; sino que, necesitando salir del circulo de hierro que ellos mismos se habian trazado, y considerando que en la realidad lo hermoso y lo feo se hallan mezclados siempre, sin que nada se oponga á la posibilidad de una combinacion desarmónica de ambas cualidades en una misma situacion ó en un mismo individuo, se aferró caloroamente á esa posibilidad, mirándola como una do-

ble satisfaccion al legítimo afan del sentimiento, eternamente pugnando por elevarse sobre las relaciones ordinarias de la vida, y cayó en lo inverosímil, á fuerza de pretender una servil exactitud.

Ya no fué objeto de la representacion artística lo general sintetizado en lo particular, esto es, que cada personaje (por ejemplo) fuese un tipo, no simplemente abstracto y alegórico como los de ciertas comedias de Terencio y Moliére, sino vivo, individual, infinitamente determinado alcanzando el sentido típico, merced á una superior elevacion del carácter. Lo que jamás, felizmente, se veia en la naturaleza más que como una inconcebible monstruosidad, bastó la posibilidad de que existiese (razon ociosa y aun ridícula de todo punto en el arte, segun anteriormente hemos indicado), para presentarlo como un modelo ejemplar, concentracion sublime de cualidades que se repelian enérgicamente. Pasiones y crímenes repugnantes, colisiones violentas, personajes anómalos, la patología sustituida á la estética, el uso de medios de emocion insufribles y de espectáculos que como las convulsiones de la muerte, jamás nos producen el libre, puro y desinteresado sentimiento de lo bello, sino impresiones mezcladas de afectos diversos y enturbiadas por intereses más ó ménos humanos, cuantos abominables recursos pudieran, en fin, soñarse, vestidos de una fraseología tétrica y ampulosa, que casi dejaba atrás la de los falsos clásicos, encontraban férvida aceptacion en la ignorancia de esa clase de personas á quienes asombra y cautiva todo aquello que no alcanzan á explicarse, y en la sensualidad de espíritus gastados que sólo de semejante modo podian conmoverse. El teatro contemporáneo de los franceses, compuesto en su generalidad de terroríficos melodramas y prosái-

cos *vaudevilles*, y su novela (género en el cual—sea dicho de paso—presumen de maestros y originales, cuando son quienes lo han pervertido), permanecerán como elocuentes monumentos de aquel frenesí literario.

Y singular es el destino de las letras francesas. En el período de restauracion clásica que inauguró el Renacimiento, se hundió casi por completo la tradicion romántica en Italia; pero, aparte de las vivas simpatías que el clasicismo debia encontrar en la patria de Ciceron y de Virgilio, cedió ante una literatura que, si bien era un anacronismo imperdonable, todavía ostentaba gran número de bellezas, que dan al neo-clasicismo italiano cierto sabor de naturalidad y energía; en Francia, donde la reaccion greco-latina se impuso tan artificialmente, casi no se conocieron más que sus desventajas, hecha abstraccion de la influencia indirecta que pudo ejercer en el progreso de los estudios; y jamás, dígase lo que se quiera, podrán igualarse *La Henriada* y *La Jerusalem*, Juan Bautista Rousseau y Petrarca, Quinault y Metastasio, la desmayada cortesanía de Racine y la rudeza apasionada de Alfieri. Del mismo modo, Byron no alcanza á formar escuela en su patria, Göthe trata de corregir en la suya el abuso del género sentimental de su *Werther* con *Wilhelm Meister* y otras notables producciones... reservado estaba á la literatura francesa prohijar las aberraciones individuales de otros países, y cultivar con ciega idolatría plantas arrancadas del mismo suelo que las viera nacer.

VII.

Tales son los principales errores que han manchado el romanticismo en Francia, y hubieran perdido su causa por completo, si esto pudiese depender de condiciones individuales. Si en la contienda entre antiguos y modernos, la puerilidad anárquica y la extravagancia pretenciosa de los Perrault y Desmarets, partidarios de los segundos, habian contribuido á retardar el triunfo de las nuevas ideas, cuyos fueros eran incapaces de sostener aquellos infelices escritores frente á los Boileau y Racine, no de otra suerte los dramaturgos y novelistas contemporáneos han hecho aborrecible la evolucion naciente á tantos espíritus impresionables que, sin estudiarla á fondo, la creyeron no de mucho más valer que las deformes creaciones que constituian su vanguardia. Pero no importan las preocupaciones del sentido comun, cuyo criterio, segun una feliz expresion, solo para lo comun sirve; ni las más perjudiciales creadas por la crítica sensualista y exterior que determinó, en tiempo de su apogeo, la filosofía de Condillac; ni las marchitas pretensiones de las oligarquías académicas, que quieren amarrar á su carro, volcado en medio del camino, todo el movimiento de la Literatura, desde el pensamiento al lenguaje, mostrándose harto más dignas de compasion que de respeto; nada importan, en suma, todas las iras de escuela, y todas las contrariedades de la vida, y toda la ceguedad de espíritus débiles enamorados de añejos errores, solo por ser añejos. Toda forma propia y legítima de arte contiene una idea racional, cuyo pleno desen-

volvimiento nadie es bastante poderoso para suspender: por esto fué el simbolismo una manifestacion natural del espíritu y arte humanos en el Oriente, como lo fué el ideal clásico en el mundo greco-latino, como el romanticismo, en fin, lo viene siendo desde la Edad media, hasta que á su vez ceda ante otra más alta concepcion.

Mas ya que en esta esfera son impotentes sus adversarios (no ménos que los indiscretos amigos que lo falsifican) para impedir su providencial manifestacion, la resistencia de los unos, que juzgan parar el tiempo rompiendo su reloj, y la escasa penetracion de los otros influyen en las condiciones históricas para ofrecer más puro el ideal ó más adulterado, para anticipar ó retardar su triunfo, para trasparentarlo y difundirlo ó para aislarlo de determinados centros, haciéndolo oscuro y extraño á muchas gentes que lo ven sin entenderlo, como un libro escrito en idioma desconocido. En todos estos conceptos los románticos franceses no han podido, en general, hacer más daño á la literatura moderna; y si un crítico distinguido de esa misma nacion (1) vacila en llamarla *romántica*, á pesar de lo bien formado que juzga este nombre (2), á causa «de las inverecundas

(1) Fauriel, *Hist. de la poesía provenzal*, t. III, p. 250.

(2) No faltan escritores, que creen poco acertada la denominacion de literatura *romántica* para designar la que en Europa nació en la Edad media. Sin detenernos nosotros en la mayor ó menor propiedad de la voz en cuestion, la aceptamos desde luego, no solo porque en nuestra literatura se enlaza este nombre al de una de sus más gloriosas y características formas, el *romance*, sino porque lo juzgamos superior á los de arte *cristiano*, *moderno*, etc., de que otros se sirven. Cierto es que, usada aquella calificacion en diversos sentidos, puede dar lugar á anfibologias numerosas; por lo cual fijarémos la acepcion que tiene en este trabajo. Llamemos arte romántico al que representa el ideal de la civilizacion que nace al espirar la greco-romana

aplicaciones» que de él se han hecho, contra sus compatriotas, antes y más que contra nadie, debe dirigir sus censuras.

Ellos son los que lo han desacreditado con los desvaríos que pululan en sus absurdas creaciones, llenas de ese sentimentalismo calenturiento, de esas bruscas peripecias y de esos horrores propios sólo para deleitar la impresionabilidad de incultos niños y de frívolas mujeres.

Y de notar es, en este punto, el papel importantísimo que las mujeres han desempeñado en la literatura y civilizacion francesas. Cuando un escritor de ese pueblo nos increpa duramente, en frases tan poco corteses como exageradas, porque en nuestra patria «no han escrito las mujeres», pudiéramos contestarle que en cambio valiera más que en la suya no hubiesen escrito tanto. El génio español, ménos espansivo, ligero y alegre que el francés, suele preferir la meditacion y el aislamiento á la conversacion y comunicacion de las ideas; el segundo, por el contrario, ha propendido siempre á desarrollarse en las relaciones exteriores de la vida social, buscando su natural atmósfera en las Academias, en las córtes y en los salones: y así como la severidad del primero ha solido degenerar en aspereza uraña, la brillante frivolidad de los compatriotas de Voltaire es fácilmente ocasionada á la corrupcion, harto más funesta, de una cultura superficial y artificiosa.

---

y la sucede hasta hoy. Que todo este período (cuyos miembros capitales son la Edad media, el Renacimiento y la llamada edad de las Revoluciones), constituye una verdadera unidad histórica, y la expresa mediante caractéres comunes y permanentes, cosa es generalmente reconocida: como no debe serlo ménos que, cualquiera que sea la distancia que nos separe de nuevos ideales y de nuevos modos de cultura social, vivimos aún dentro de la que llamamos romántica, y no ha salido de ella nuestro arte.

En este género de vida, como no puede menos de acontecer, ejerce la mujer suma influencia, y las letras francesas lo muestran en su historia. *La Décima Musa* Margarita de Navarra, las Médicis, fueron en épocas lejanas centro del movimiento intelectual: en tiempos más modernos, el palacio de la marquesa de Rambouillet, templo del gusto afectado, retórico y pretencioso, con sus interminables epistolarios, y su predicacion del culteranismo italiano, padre de aquellas extravagantes *preciosas* cuya sola censura bastara para dar fama á Moliére, ha identificado su nombre con una de las más notables y tristes evoluciones de la literatura traspirenáica; más tarde, en la época de pleno neo-clasicismo, pocos críticos lograron igualar á la erudita Ana Dacier; una mujer, Mme. de Stael, dota á Francia de los primeros libros que reanudan la tradicion romántica, cooperando, como ya antes hemos hecho notar, á la trasformacion de las opiniones; y hoy mismo, las mejores novelas de Francia, esas sentimentales producciones á que Chateaubriand llamó *poesía de la materia*, son debidas á una mujer tambien, cuyo génio, presa de funestos errores, ha dejado entrever raras veces como relámpagos de una concepcion superior de la vida y del mundo. Los nombres, en fin, de Mlle. de Montpensier, de la Dubarry, de la Maintenon, de la Pompadour, de la Tencin; de las Sevigné, Geoffrin, Deshouliers, Roland, Recamier y tantas otras, mezclados á la literatura, al arte y á la política, muestran evidentemente, en su misma celebridad y consideracion, de qué modo las influencias artificiales de la vida cortesana se han sobrepuesto al espíritu nacional, usurpando la direccion de sus fuerzas creadoras. ¿Qué más? El alambicado equivoquismo que obtuvo de la pluma de Boileau el homenaje de

una sátira, y los chistes groseros y de mala ley con que extasian al culto pueblo francés Pigault Lebrun y P. de Kock han afirmado su imperio, entre otras razones, merced al favor que les han dispensado en las tertulias las damas de *buen tono*, ó en las orgías las favoritas de la Regencia.

Al calor de semejantes protecciones, crecieron y llegaron á su período más brillante las letras francesas, hasta imponerse, como dechado de perfeccion ejemplar en otros pueblos, cuyas literaturas eran expresion noble y hermosa de su propio carácter.

No fué el nuestro quien ménos sufrió este desdichado yugo. La supremacía de los escritores franceses del siglo de Luis XIV encontraba en todos los pueblos un poderoso auxiliar en aquellas dinastías de presumidos eruditos, avigorada desde el Renacimiento, que afectaba el más insigne menosprecio por los escritores populares y románticos, indignándose ante sus trasgresiones de las pedantescas reglas escolásticas. De tal modo eran consideradas las más felices creaciones de estos poetas entre los que se preciaban de cultos, que así Dante como Lope, y Shakspeare lo mismo que Corneille necesitaron lavarse la mancha de haber respetado la sagrada libertad de su génio, escribiendo con sujecion á los preceptos clásicos, ó excusar su errores con el favor que el pueblo concedia á sus obras.

Por lo que á España toca, desde el advenimiento de los Borbones, se trasplantaron en nuestro suelo muchas costumbres francesas, fomentadas por el espíritu cortesano: y durante largo tiempo, en lugar de aquellos españolizados franceses que atacaba la *Sátira-Menipea*, sólo se ven, por desgracia, españoles afrancesados, que muestran la decadencia y postra-

cion general, olvidando nuestras antiguas glorias por las descoloridas galas de una literatura harto más pobre. A duras penas se concibe que la vitalidad de una nacion de tan originales tradiciones pudiese acomodarse á vestir ese ropaje exótico, renunciando á los nuevos laureles que su inagotable inspiracion le prometia. En España, «país de asimilacion violenta, como dice un crítico, en cuya escena la antigua dramática, que pudo seguir siendo griega ó romana en Francia, no tenia otro remedio que trasformarse ó perecer»; en España, donde la influencia italiana, sensible casi desde los primeros tiempos, jamás absorbió la originalidad literaria, segun el mismo M. Villemain confiesa, y que entrada en el movimiento erudito antes que Francia, nunca experimentó los gravísimos perjuicios que á esta reportara, porque al incorporar á su seno cualquier elemento extraño, le ha hecho sufrir al punto aquella conversion «en carne y alimento» que tan inútilmente recomendaba Ronsard á los escritores de su época, no podia la imitacion galo-romana ser popular, y asombra cómo llegó á conservarse por tan larga duracion.

Guardaron los antiguos hispanos sus primitivos cantos, que sobrevivieron á la conquista romana: ostentaron su originalidad incontestable en la misma capital del Universo con los Sénecas, Lucano y Marcial; y cuando los Emperadores pretendieron detener la ruina de las letras en el agonizante mundo del paganismo, un español fué, Quintiliano, quien sostuvo sobre sus hombros aquella civilizacion que se desplomaba, luchando gigantescamente con las terribles fuerzas que rompian sus cimientos, y reanimó el antiguo génio clásico, que aun pudo encarnarse en un Plinio y en un Juvenal, antes de espirar

y hundirse para siempre. De igual manera se habia señalado esa originalidad en la Edad media con los productos eminentemente espontáneos de la musa popular y de algunos ilustres ingenios de inspiracion verdaderamente nacional y nueva; posteriormente, en los triunfos del insigne batihoja de Sevilla, y sus compañeros en espíritu, sobre las imitaciones de Oliva y Simon de Abril, no ménos, finalmente, que en las magníficas obras de Lope, Calderon y su brillante pléyada, enérgica protesta contra los desbarros de Rengifo, el Pinciano y Cascales.

Pero la nueva importacion clásica venia, á diferencia de la italiana, en época de postracion y escasa vida intelectual; y apadrinada como salvacion del *buen gusto* por las clases elevadas y las personas instruidas ó que presumian de serlo, unió en su defensa los nombres, ilustres casi todos, de Velazquez, Luzan, Mayans, Montiano, Jovellanos y los Moratines, que apenas hallaron un correspondiente adversario en Huerta, y crédito y ayuda en la misma oposicion de Cañizares, Zamora, Valladares, Zabala y Comellas. De una parte, las Universidades ensalzaban los estudios clásicos en ciencias y literatura, no como fundamento de una sólida erudicion, sino como término el más elevado de los conocimientos humanos, y oponian á tanto y tanto progreso los nombres de Heráclito y Aristóteles: creáronse Academias dirigidas por el Estado, á imitacion de la que debió el sér á Richelieu, y en ellas se entronizó la oratoria fria y amanerada de los *Elogios*, segun la moda de Francia: de otro lado, las *coteries* literarias, reunidas en torno de un centro elegante, se vieron reproducidas con todos sus desastrosos resultados, y el estudio del francés sustituyó al del idioma patrio, en cuyo seno ha obrado tan honda trasformacion. Por último, aun

las obras y escritos donde solia atacarse la influencia de los galo-clásicos, reflejan sus doctrinas y la forma individual y anti-sistemática de su crítica. Todo, en fin, conspiraba al hegemonismo francés: en esa inmensa *fuga*, como llama Göthe á la historia, la voz del génio español habia enmudecido, dejando perder en el espacio sus últimos cantos varoniles, y en su lugar resonaban tan sólo los monótonos acentos de la musa de Despréaux.

VIII.

Mas si la resistencia—en un principio pasiva é insignificante—opuesta por el pueblo á esta cruzada, que amenazaba concluir con su literatura nacional, fué creciendo paulatinamente y elevándose á una esfera superior, por medio de producciones más originales, libres é independientes, que directa ó indirectamente rechazaban lo que resistia sus legítimas tendencias, era vana empresa todavía luchar con el pseudo-clasicismo en el aislamiento de la proscripcion. Apenas, impulsado por las nuevas necesidades, pugnaba el espíritu moderno por romper los diques opuestos á su poderosa corriente; y las tentativas de algunos ingenios dignos de estima, como D. Ramon de la Cruz, aunque ciertamente no fueron estériles de todo punto para la reforma literaria, carecieron de influencia y unidad bastantes para determinarla de un modo sensible.

En tal situacion, que no falta quien presente como necesaria y saludable para la depuracion de las letras españolas (¡triste depuracion!), apagada la inspiracion casi por completo, muerta la originalidad, divorciada del sentimiento público y de las condiciones históricas, el pensamiento en la atonía y su magnífica historia despreciada en el olvido, halló á nuestra literatura la revolucion romántica sobrevenida en la francesa. Débiles aun para sacudir el yugo del espíritu traspirenáico, tan pronto como éste revistió una forma que hablaba más á los sentimientos de la

época, mudó de direccion—en vez de extinguirse—la imitacion extranjera, y el movimiento iniciado á la vez contra las doctrinas galo-clásicas y contra los franceses, se dirigió solamente á atacar las primeras, secundando en tal empresa á nuestros vecinos mismos. Comenzaron á gustarse las nuevas obras de éstos, y comenzó el ominoso imperio de los traductores, que—como era lógico en nuestra situacion—á vueltas de algunos bienes, nos han producido incalculables males.

Por esto, el romanticismo que hemos conocido nosotros no expresa el progreso de nuestros antecedentes nacionales; sino, con notables excepciones, la continuacion de las enormidades que manchan el neo-romanticismo francés. Poesías lúgubres, lamentaciones de fingidos desengaños, desatentadas sublevaciones contra la religion, la moral y el órden social, en nombre de falsos ideales; sarcásticas invectivas contra todos los sentimientos delicados, contra todas las nobles aspiraciones; novelas sentimentales ó pseudo-históricas, plagadas de situaciones de relumbron, de inverosímiles caractéres, de catástrofes inesperadas; dramas interminables, galerías de espectros y crímenes, de planes desconcertados, en que se falta á un tiempo á las reglas del arte y á las conveniencias de la civilizacion: tal es, en su conjunto, el fondo general de aquella literatura, envuelto en una fraseología ampulosa, sembrada de frases huecas y de arrebatos frenéticos, que estaban ciertamente muy lejos de recordar los vuelos pindáricos.

No es otra la historia de la restauracion romántica en nuestro suelo. Nada sustancial, nada consistente, nada natural y que resista al tiempo; nada más que el movimiento, incesante, rápido, febril:

nada más que la declamacion y la sorpresa. Sacudian los nervios; el espíritu apenas se interesaba profunda, serena y libremente en aquellas representaciones fugitivas. Se aplaudia con exaltacion más el género que las obras, que se sucedian unas á otras gozando un éxito tan pasajero como extraordinario. El *Quijote* y *Macbeth*, *La Estrella de Sevilla* y *Wallenstein*, *La vida es sueño* y *Fausto*, son creaciones siempre vivas que, refiriéndose á lo más esencial de nuestro sér, aun despues de borrados ciertos matices y detalles, adheridos á las condiciones de lugares y tiempos, nos extasian con sus imperecederas bellezas; pero ¿quién se acuerda ya de los dramas de Bouchardy? Todos esos novelescos engendros han pasado ante nosotros, sin que hoy mismo, cuando todavía resuenan en nuestros oidos sus aplausos, los echemos de menos en la escena ni los busquemos en nuestros gabinetes.

La consideracion de que nuestra literatura se ha visto largos años modelada sobre semejantes ejemplares es tan amarga como provechosa debe ser para lo por venir y, muy señaladamente, para el presente. El presente, que comienza á secundar la iniciativa honrosa y patriótica, facilitada por las actuales circunstancias de nuestro pueblo al enérgico sentimiento de algunos escritores que aspiran á dirigir las letras por mejores caminos. Porque á las épocas de postracion y marasmo, suceden las de vitalidad y accion, como tras del sueño viene el despertar y despues de la noche el dia. Las manifestaciones legítimas del espiritu humano son como él indestructibles: no parece sino que sacan fuerzas de su mismo abatimiento y les sirve como de descanso; el arte, pues, dominador del mundo sensible que eslabona con una cadena de flores al mundo de la idea, no

perece, muda de formas: decaer, lo vemos nosotros; morir, nadie lo verá jamás (1).

Afortunadamente, la renovacion de que hacemos mérito comienza en un terreno, si no enteramente ajeno de peligros, harto menos escabroso y difícil que el que ha tenido á su disposicion el patrio ingenio en ocasiones todavía no remotas. Felices ensayos de una lírica verdaderamente original y espontánea, algunos preludios de dramática y novela son especialmente el campo donde empieza á operarse, sin dejar por esto de trascender el nuevo espíritu desde esos géneros, esencialmente populares, á todos los demás de la literatura. El mercantilismo literario, que tanto apoyo ha prestado á nuestra servidumbre intelectual, parece disminuir tambien: la naturalidad vence y va desterrando á la afectacion, ya clásica y fria, ya romántica é hinchada, siempre opuesta á la belleza de buena ley; y si no se destruyen en pocos meses vicios de mucho tiempo arraigados, mayormente si militan en su favor la costumbre y el ejemplo de reputados escritores, el progreso natural del arte acabará por triunfar de tantas preocupaciones de escuela y de tantos malos hábitos ciegos.

De esperar es que así suceda. Cuídese, no obstante, de extirpar algunos defectos que empañan con demasiada frecuencia las obras ofrecidas como producto de las nuevas ideas. No es el menor de ellos ese trivial prosaismo, que revela, tanto como falta de esmero y depuracion, la facilidad con que, al huir

---

(1) Otra es la opinion de Hegel (*Estética*, t. II, Fin del arte romántico), hoy bastante generalizada, y que miramos como errónea por fundamentos aquí imposibles de exponer.

de un extremo, puede el hombre precipitarse en otro. Así, en ódio al lenguaje convencional y helado de las tragedias galo-clásicas y á la hinchazon declamatoria de los modernos dramas franceses, se ha sustituido con repeticion una afectada naturalidad, evitada siempre por el sentido eminentemente estético de nuestro pueblo en todas sus grandes creaciones, y que ha merecido con razon los anatemas de un filósofo como tosca expresion de una individualidad superficial, opuesta á las abstractas generalidades de un ritual amaneramiento. Es un error y una preocupacion vulgar, dice tambien este, creer que el arte ha empezado por el estilo verdaderamente natural, vivo y sencillo; los que tal piensan, confunden la grosería y oscuridad inanimada, con la naturalidad bella en su grandeza, cual si las incorrectas figuras que el niño traza en la pared pudieran ser tenidas por monumentos de la más hermosa pintura en su estilo sóbrio y severo.

Digna de censura es igualmente la tendencia á formar sobre lecciones morales las composiciones artísticas, confundiendo así dos órdenes distintos, y olvidando que los grandes maestros siempre han cuidado de salvar la independencia del fin estético, aun en sus producciones más ó ménos didácticas. No es esta ocasion oportuna para entrar en largas digresiones sobre tan importante asunto, examinando las prescripciones que, con pretendido carácter axiomático, han venido imponiéndose desde hace siglos, aunque jamás han sido de hecho guardadas en los momentos superiores de la historia de la imaginacion; mas si el bárbaro desenfreno de ciertos libros franceses, tan perniciosos en la esfera de la moral como en la de la Literatura, ha servido para romper el atractivo velo de la novedad con que se encubrian

ideales repugnantes y gastados, no pueden autorizar la ineficacia de esas enseñanzas y demostraciones en que se malgastó el innegable talento de Moratin y que es hoy rémora de otros nada vulgares.

«De dos hombres iguales en génio, dice Chateaubriand, uno de los cuales predique el órden y otro el desórden, el primero atraerá mayor número de oyentes.» Tal reflexion acerca de la conformidad esencial de lo bello y lo bueno, y superioridad de la representacion moral respecto de la inmoral, en igualdad de circunstancias, debe reconocerse como exacta. El artista, al atender exclusivamente al verdadero fin estético, obra por implícita necesidad éticamente, pues toda accion libre cae bajo el dominio de la moral; pero lo frágil y perecedero de aquellas de sus concepciones que estén en oposicion con la ley del bien, debe advertirle tan sólo que no ha ahondado bastante *como artista* en el asunto, expresando en concepto de esencial lo que no es sino desdichado accidente. La más alta personificacion del mal, Satanás, si puede servir, por la energía de su voluntad imperiosa, para grandes contrastes en ciertas obras, inspirando el terror, la compasion ó la repugnancia, jamás podrá llegar á ser protagonista interesante de una produccion de importancia. *Manfredo*, *Fausto*, *Werther*, *Don Juan* (con que quizá nos objeten algunos) guardan siempre, como ha hecho notar un escritor, en medio de sus contravenciones á la moral, cualidades virtuosas, que nos hacen simpatizar con ellos, hasta el punto de que las consideremos casi como su verdadero carácter, juzgando de ménos valor sus vicios y crímenes: Cárlos Moor, en *Los Bandidos* de Schiller), intentando locamente reformar la sociedad por medios reprobables, nos parece más bello, con todos sus aberraciones, que

Franz, cuya alma depravada se halla representada con igual maestría, y otro tanto acontece respectivamente con los caracteres de Enrico y el ermitaño en *El condenado por desconfiado* de Tirso, (ejemplo quizá el más aparentemente contrario á nuestra doctrina); porque lo que nos admira en todos estos casos no son los delitos, sino aquella energía perseverante, que es condicion en sí misma de un alma noble y bien templada.

IX.

A evitar, pues, estos defectos, que suelen observarse en las más recientes obras, deben encaminarse los esfuerzos de los que pretenden cooperar al renacimiento intelectual de nuestra patria, añadiendo nuevos laureles á los que de antiguo forman su corona. Mientras sentimentales panegiristas de lo pasado (que lo subliman tan sólo porque no ha sido *presente* para ellos), dejándose llevar de una superficial observacion y no considerando sino la hermosa perspectiva de las líneas generales que nos conserva el tiempo, sin los detalles perturbadores y prosáicos, deploran la pérdida de remotas civilizaciones, que estiman por más aptas para el arte, toca á nuestros poetas demostrar que, si las condiciones de órden, regularidad y determinacion que señalan el progreso de la sociedad, se oponen á la bella anarquía, por ejemplo, que nace de la independencia personal de un individualismo selvático y grosero, esta inferioridad estética no es más que aparente, destruyéndose al penetrar en sus pormenores y al reflexionar las superiores conquistas que han ido enriqueciendo el espíritu humano y ensanchado el círculo é importancia de las relaciones donde se muestra la vida.

No hay arte, además, que pueda aislarse de los sentimientos de su época, buscando una torpe inspiracion en obras anteriores: el aplauso que estas tentativas eruditas hallan en tal ó cual clase, nada importa ni logra compensar el vicio de su orígen. «¿De qué sirve á la patria y á la humanidad, exclama un escritor contemporáneo, la poesía de gabi-

nete?.... Es producto de hombres solitarios que, trabajando sosegadamente, se entretienen en preparar un placer para su vida, no escribiendo más que cosas meditadas, pulidas, correctas, elegantes, pudiendo explicar cuantos pasos dan y justificarlos con los ejemplos y los preceptos. Pero la historia, ¿qu provecho saca de tales obras?»

Semejantes palabras, honor del génio italiano, son perfectamente adecuadas á todas las literaturas convencionales y de reminiscencias, ó—digámoslo de una vez!—á todas las falsas literaturas. Porque si estas han de ser animadas, como condicion esencial de su naturaleza, por el aliento de su pueblo y su siglo, el esqueleto, laboriosamente trabajado de semejantes producciones (de las cuales suele impropiamente decirse que carecen de defectos cuando tienen el mayor de todos), ofrecerá á lo sumo la exacta proporcion que no altera la muerte, sin la belleza de la vida; y la nacion, que no encuentra en ellas un sólo rayo de su ideal, podrá exclamar como el paladin francés de su cabalgadura:

Che morta là sull' altra riva giace.....
Altro diffetto in lei non mi dispiace.

En tal sentido, las literaturas de imitacion no son sino la imitacion de la Literatura.

La crítica, por su parte, no ejercerá menor influencia si, abandonando el empirismo francés, se alza á la region serena de la idea, para fecundar con fertilísima savia el campo inagotable de la historia con la difusion de la estética, á cuyo impulso se reanima con desconocido vigor, penetrando con su elevado sentido las varias direcciones del pensamiento literario. Levantar su obra sobre el firmísimo cimiento de los principios esenciales del arte y sepa-

rar lo histórico de lo absoluto, lo contingente de lo necesario, constituye su ministerio y será su mayor gloria.

¿Qué es lo que han pedido, como sagrado derecho del artista, los partidarios sensatos del romanticismo? La libertad, téngase bien entendido, no la anarquía y la licencia. Porque así como los idólatras indiscretos de la antigüedad, partiendo de lo particular y relativo, y careciendo de guia reguladora para su crítica, pretenden sustituir los principios racionales por preceptos empíricos, hijos de la observacion, «inventarios exactos y metódicos de lo pasado, que son, cuando más, reglas precisas de lo que se hizo, sin las infinitas posibilidades de lo que resta por hacer» (1) así como perdidos en un mar de puerilidades de mero detalle, fundan una falsa estética convencional, cuyas prescripciones han de variar necesariamente á la aparicion de cada género y de cada obra maestra, los románticos han preconizado con rigorosa justicia la inspiracion directa del natural contra la refleja bebida en los libros, exigen que el poeta pueda realizar cuantos ideales concibe en su fantasía, y dejan abierto ancho campo á todo linaje de asuntos que cumplan las eternas leyes de lo bello, á toda forma que represente realidad y esencia, saludando con júbilo la obra nueva que lleva el sello del génio, aunque no figure en las áridas clasificaciones de los preceptistas clásicos.

¿Quién puede racionalmente marcar un límite á las evoluciones del espíritu, ni definir todos los elementos capaces de desenvolverse en la imaginacion humana? En la progresion histórica de la humani-

---

(1) Cantú, *Literatura: Discursos y ejemplos en apoyo de la Historia Universal*, prólogo.

dad hay siempre dos factores: uno idéntico, invariable, constante en la unidad de su naturaleza; móvil otro, característico, pasajero. Así el ideal de una época se descompone tambien en dos clases de ideas y de sentimientos: accidentales y estables, variables y permanentes; y mientras el fondo subsiste siempre el mismo, va asimilándose aquellos elementos que el tiempo consolida para no destruirlos jamás, ó recibe, como en depósito, los que forzosamente han de mudar á causa de su accion. De esta suerte, y siendo la Literatura expresion de las necesidades de ambas clases, tanto respecto de la sociedad como de los individuos, ni unas ni otras pueden acallarse con evocar fantasmas, gloriosos, sí, pero fantasmas, que alienta la ilusion del recuerdo, no la vida de la realidad.

Doble, por consiguiente, ha de ser el objeto de la creacion artística que aspire á vivir eternamente en la memoria de los pueblos: debe, por un lado, referirse á las leyes necesarias de lo bello; por otro, al carácter de la civilizacion en que nace: lo inmutable y lo temporal, lo accidental y lo absoluto han de tener en ella su representacion. Allí donde el espíritu encuentra reunidos ambos términos, se une con la obra contemplada, y siente el puro goce de una realidad más alta y perfecta; allí donde uno de ellos falta, el arte no puede pretender más que una existencia efímera, que se borrará con los últimos vestigios de las tendencias que ha halagado.

Tales son los fundamentos de la crítica moderna. Si en todas las edades, los grandes poetas cuya inspiracion nos conmueve todavía, han marcado instintivamente sus creaciones con ese doble carácter, á nuestro siglo únicamente cumple la gloria de haber traido á clara luz tan fecundos principios, estable-

ciendo sobre ellos esa nueva crítica, cuya autoridad se extiende á todos los tiempos y lugares, porque es independiente de lugares y tiempos. La retórica y la poética de la antigüedad, con tan escasa cordura resucitadas en nuestros dias, encerraban cierto número de reglas y máximas exactas; pero esterilizadas por la falta de unidad á cuyo tenor ordenar sus incompletas doctrinas. Por esto, confundidas en el laberinto de la observacion empírica, fuente de tantos errores, tomaban como principal lo accesorio, degenerando lógicamente en un tejido de convencionales arbitrariedades, sin otra ley que el capricho ni otra autoridad que la costumbre. Mas de la misma manera que el ideal romántico ha ensanchado los horizontes del poeta con la multitud de nuevos elementos que desde su principio han enriquecido los tesoros del arte, la crítica nacida del espíritu moderno ha roto barreras tímidamente alzadas y revelado al espíritu la inmensa extension de un campo, cuyo único límite está en lo que verdaderamente se opone y contradice á lo bello. Cuando el ideal de los tiempos presentes haya de ceder el puesto á otros futuros ideales, ni uno sólo de ellos tendrá que tocar al gran templo levantado por la estética; en su recinto hay lugar para todos, sin necesidad de derribar sus fortísimos muros para ensancharlos. La razon basta para todos los tiempos.

Jamás pierda de vista la crítica su luz, sin la cual se oscurece el sentido de lo hermoso, ni pretenda solo concentrarse en la forma exterior, como lo más aparentemente fácil, extraviándose en el camino llano y volviendo contra sí misma sus propias armas. Sírvale de ejemplo elocuente esas luchas en que vemos despedazarse al individualismo superficial que, por hacer alarde de independencia, niega escépticamente el sis-

tema de las verdades fundamentales del arte, despreciando á la vez por otra parte, como cosa vulgar é indigna de su sabiduría, la guia del sentimiento inmediato no pervertido en las preocupaciones: contradiccion lógica que gasta y aniquila todas sus fuerzas. Para el crítico de juicio verdaderamente recto é ilustrado, no ménos que de delicado sentido, el análisis de bellas producciones es un manantial de puros goces en que su contemplacion profundiza más íntimamente en la obra que la del comun de los hombres; para el espíritu frívolo, vanidoso y petulante, tal exámen se resuelve en mezquinas personalidades ó en un fatigoso ejercicio, donde se aferra con ánsia á la forma que destroza dogmáticamente, en tanto que «la potencia creadora y viva se escapa de sus manos como una fuerza indomable (1).»

Hoy, que despertado entre nosotros un tanto el pensamiento, brotan de él nuevos raudales que han de vivificar el mústio campo de las letras, importa mucho abrirle camino y no dejarlos en el estrecho cauce del espíritu francés, cuyos méritos indisputables (aunque exageradamente encarecidos) no tienen en verdad derecho para semejante monopolio. En nuestra patria, el árbol donde han nacido los laureles de Berceo y Jorge Manrique, del maestro Leon y Lope de Vega, de Cervantes y Tirso de Molina, aun se muestra frondoso; y así como el período erudito y clásico de nuestro renacimiento ofrece, por ejemplo, la epístola *Á Fabio* (compárasela con las ponderadas de Boileau!), la *barbarie* de nuestra Edad Media produjo el inmortal *Romancero*, gloriosa memoria de España y eterna emulacion del mundo. ¡Qué

(1) Pictet, *Lo Bello en la Naturaleza, el Arte y la Poesía*, c. 1.

no podrán, pues, aprovechar á nuestra literatura las diferentes condiciones en que se ofrece hoy el espíritu!

El fondo actual del arte es muy superior al de la antigüedad; pero la manifestacion literaria dista aun no poco de aquella íntima compenetracion entre la forma y la esencia que distingue á los clásicos: defecto que no ha de achacarse indolentemente á la sublimidad de un ideal ante el cual toda forma aparece insuficiente y mezquina (como algunos pretenden, mezclando cosas enteramente diversas), sino al escaso esmero en la depuracion y correccion artística. Para llegar á aquella deseada armonía entre ambos términos, recójanse de buena voluntad los frutos naturales, no los que sin madurar ha desprendido del árbol el artificial cultivo de la imitacion exótica. Y cuando el génio moderno conquiste una forma digna de él, entonces su fiel expresion, la Literatura, será superior en un todo á la clásica, y clásica ella misma para los tiempos venideros.

(1862.)

POESÍA ERUDITA Y POESÍA VULGAR.

I.

La poesía, que es entre todas las bellas artes la que más perfectamente expresa el sentimiento, tiene asimismo un elevado interés para el estudio de la historia, sentenciada sin su auxilio á perpétua esterilidad y á descarnadas relaciones, sin explicacion ni enseñanza. Porque el poeta, mientras por una parte expone en las obras de su imaginacion sus concepciones individuales, que son tanto más bellas cuanto mayor y más verdadera originalidad ofrecen, por otra no es sino el cantor de su época, cuyos afectos y cuyas aspiraciones, cuyo fondo sustancial, cuyo pensamiento íntimo revela, mezclado con el suyo propio, desentrañándolo, y sometiéndolo á la contemplacion de su pueblo, no menos que á la de las generaciones futuras, para quienes descorre el velo que cubre los hechos y las cosas en el mundo de las realidades vulgares.

De esta suerte, siendo la literatura poética espejo de lo que una sociedad piensa, de lo que siente y de aquello á que aspira, en una palabra, del ideal de su tiempo, que ella principalmente manifiesta y da á comprender, la historia puede tomar de su estudio un profundo conocimiento del carácter y modo de ser de las naciones, penetrando á la vez la misteriosa relacion que entre las ideas de una época y sus acontecimientos existe, para explicar las causas internas de los grandes fenómenos sociales.

A este fin puede utilizar, sin duda, todos los momentos y géneros literarios; pero donde con mayor abundancia encuentra preciosos datos, es en aquella clase de obras en que predomina la inspiracion sobre el esmero y la pulcritud, la energía sobre la corrección, la originalidad sobre el refinamiento; en cuyas producciones se vierte el genio de los pueblos más espontáneamente con el genio mismo del poeta, quien solo atiende á contener en la expresion exterior los pensamientos y emociones que halla en su alma, y que desbordan con su entusiasta calor y lozanía el cauce de la palabra, estrecho é incompleto para la inmensidad de su riqueza. A tales obras es donde puede acudirse con más seguro fruto para estudiar la fisonomía especial de un pueblo y de un período histórico: porque en ellas no recorta la concepcion de la fantasía un diligente cuidado por la delicadeza del pormenor, ni la modifica é influye el amor á bellos modelos que imitar, ni la oprime el severo precepto de reglas convencionales, códigos casuísticos, cuyos principios, ajenos á las eternas leyes de la hermosura, solo sirven para mostrar un somero análisis de lo pasado, que interpreta sus accidentes como inflexibles condiciones de perpétua vida y trasgresion peligrosa.

Por esta razon, los preciados monumentos del arte *erudito*, donde la inspiracion propia, de escaso valer generalmente en las épocas de su imperio, sufre de contínuo el yugo de elementos extraños, más que revelar el ideal de un pueblo, reflejan los mil fragmentos con que se les viste, los prestados colores que los matizan, los profusos aderezos que encubren la indecision de sus contornos, constituyendo obras sin carácter, siempre antiguas, porque no traducen la vida de ninguna edad, y que compran la fria admiracion de sus adeptos con galas rebuscadas, que entretendrán quizás el pensamiento de unos pocos, sin conmover el corazon de ninguno. Semejantes á esos árboles que tortura la despiadada tijera del jardinero, no para aumentar su frondosidad y verdor, sino para ajustarlos al ridículo patron de una monótona simetría, si alguna vez sorprenden por la habilidad que ha presidido á su mecanismo laborioso, jamás nos impresionan por su belleza, y muestran en su triste uniformidad la esclavitud de la naturaleza aprisionada, en lugar de su libre depuracion por el cultivo artístico.

Hay, sin embargo, otra clase de literatura que tampoco obedece á la ley de su destino, aunque por motivo opuesto. Asi como la poesía erudita sólo vive de delicadezas y atildamientos, de reminiscencias y de frias generalidades, la poesía *vulgar* únicamente se nutre de una actualidad frívola y mezquina, y hace cuenta de reproducir la esencia íntima de la sociedad á que se refiere, cuando no ofrece más que estériles accesorios, sin trabazon y sin enlace, á los que es imposible dar los nombres de civilizacion ni de espíritu social. No tiene ciertamente esta índole la poesía popular, riquísima elaboracion del sentimiento de un pueblo en lo que tiene de más perso-

nal y característico, eco armonioso de su vida interior, con cuyas imperecederas glorias mantienen indisoluble consorcio las glorias individuales de todos los grandes poetas. La poesía popular es, en efecto, la más alta manifestacion que hacen de sí las naciones, y la comprobacion más evidente de su existencia y su energía: en ella, el poeta es la patria, que derrama su corazon y su fantasía en formas encantadoras, y reune en la santa comunidad del sentimiento á todos sus hijos, vivificando sus tradiciones, perpetuando su pasado, llorando sus tristezas, presintiendo sus venturas.

Pero la poesía vulgar, debida principalmente á escritores aislados, que buscan una popularidad grosera ó un salario mezquino, no significa ni representa sino la bastarda adulacion á las pasiones de un dia y el absoluto menosprecio de la belleza y del arte. Sin ninguna gran idea que realizar, sin ningun gran interés con que enlazarse, sin ningun gran sentimiento á que servir de expresion, así como la obra erudita manifiesta el divorcio entre el espíritu del escritor y el de su tiempo, ella se relaciona con todo lo accidental, con todo lo pasajero y fugitivo, con todos los elementos insignificantes de su época, sin ahondar en su verdadera constitucion, sin arraigar en su interior organismo.

El resultado, sin embargo, es idéntico: ni uno ni otro género responden á las necesidades del espíritu. La poesía de gabinete imagina satisfacerlas recurriendo á su almacen de galas mústias, y desprendiéndose de todo interés del momento, sólo reproduce una generalidad convencional y cosmopolita, sin eficacia ni influjo; la obra vulgar, acariciando todas las puerilidades, recogiendo ávidamente todos los rasgos superficiales é impresiones

momentáneas, que no bien se reflejan en la vida cuando ya se han borrado para siempre, aspira á interesar á una sociedad determinada, y sólo á ella, á excluir todo lazo con los demás hombres, con los demás siglos; y mientras aquella pretende evitar la fugacidad de las rosas, que se marchitan tan pronto, reemplazándolas con rosas de papel, siempre marchitas, esta sueña retratar una época entera, cuando delinea toscamente unas cuantas individualidades insignificantes; hablar á todo un siglo, y no habla más que á un dia, ó á una hora; abarcar el conjunto de los factores sociales de su tiempo, y apenas fija detalles importunos, sin entidad ni consistencia.

Ambas literaturas piensan vivir perennemente: una, como expresion pura y abstracta de lo permanente del sentimiento, prescindiendo de las circunstancias históricas, de las diferencias locales y temporales; otra, como representacion fiel de una época dada, que cree perpetuar con interés indestructible, sin atender á los fundamentos invariables de la vida humana.

Mas no es la ley de nuestro sér, no es la ley de los hechos ni de las grandes entidades sociales, no es la ley de la historia, en fin, el movimiento acompasado del péndulo, eternamente idéntico entre límites insuperables, ni la agitacion febril y desordenada del hombre ébrio, que corre á la ventura, sin guia ni direccion regular; sino el progreso continuo bajo el gobierno de la Providencia, y como su consecuencia indeclinable, el desenvolvimiento de nuestra naturaleza, siempre igual, en una esfera cada vez mayor de relaciones siempre distintas.

De aquí que todas las grandes creaciones poéticas han de responder necesariamente á ambos elementos: el permanente, inmóvil, inmutable, y el transi-

torio, variable, diferente. Por el primero se aseguran el amor inextinguible de la humanidad, para quien, como para el antiguo dramático, nada humano es extraño; antes lo mira como personal y propio, y le conmueve é interesa, porque se dirige á lo que hay de invariable y de comun en nosotros. El segundo presta á la obra viva realidad, carácter concreto, fisonomía individual y marcada, que la hace intérprete exacto de la sociedad en que brota. Pretender destruir este armónico equilibrio, romper este enlace imprescindible, es abandonar á la poesía, descaminada y vacilante, á la alternativa de una forma pedantesca, que á nadie satisface, y una forma trivial y baja, que á todos repugna: de un fondo abstracto, árido y prosáico, y un fondo mezquino, donde el contraste, y la sorpresa, y lo abigarrado, hacen veces de idea fundamental y suplen al verdadero sentimiento.

II.

En este concepto debe entenderse el dualismo que viene actualmente trabajando á la poesía, frágil juguete de las inconstantes olas de la opinion. Sin norte y sin dominio del mundo en que se agita, sin la conciencia de su dignidad, sin el valor del sacrificio, tan pronto toca en las altísimas crestas de una hinchada palabrería, como se abisma en las bajezas de un naturalismo fastidioso é importuno.

Purificado ya el sentido general de la irritabilidad que inspiraba una polémica ardiente é incesante, á esto es tambien á lo que ha venido á reducirse la lucha entre clásicos y románticos.

De este modo, al menos, se designaban aun no hace mucho los secuaces de dos contrarias escuelas, ambas con cierta vida, y por tanto no sin algun derecho. Mas una vez desprendido de una y otra el fondo de realidad y de necesidad que presentaban, han quedado frente á frente, no ya como dos grandes ejércitos, llenos de pujanza y de brio, sino como dos turbas miserables, que se disputan con tibia indiferencia un mundo sin importancia, al que no pueden ofrecer más galas que los míseros restos del botin que le abandonaron los esforzados adalides á quienes un dia acompañaron al combate. Las grandes ideas que inspiraban al romanticismo, fecundadas por esa lucha, grande tambien en un principio, se aprestan á nuevas trasformaciones, en que satisfagan todas las nobles tendencias que un ideal en germinacion dispone para su dia: y los elementos de

vida que contenia el neo-clasicismo, han desertado de sus banderas, dejándolas en poder de unos cuantos espíritus medianos y desleidos, que solo representan su propia esterilidad, frente á la muchedumbre de vulgares copistas de una realidad que no comprenden, á quienes cada dia deja más atrás el movimiento sanamente romántico (aunque más latente quizá que manifiesto) de la poesía moderna.

Los elementos de vida de aquellas antiguas escuelas se han concentrado y fundido en una sola vida que, todavía en sus albores, apenas presiente su destino y es expresion sintética que cierra dignamente un pasado honroso é inaugura un porvenir lleno de esperanzas; su escoria, sola con su impotencia, es la que hoy tremola con mano débil el desgarrado oriflama, con la leve sombra de vitalidad que le prestan las preocupaciones de unos cuantos, constituyendo verdaderas heregías literarias, rebeldes á todo freno é incapaces de todo atractivo.

Por lo demás, tales aberraciones no son nuevas. Si se examina la historia de la imaginacion, las vemos palpitar siempre en el mundo del arte, que tiene como el de la religion, como el de la ciencia, como el de la política, sus revoluciones y sus reacciones, sus héroes y sus nulidades, sus apóstoles y sus perseguidores, sus vencedores y sus mártires. Apenas iniciadas en la unidad primitiva de toda literatura naciente; luchando sin tregua despues, apegadas á las grandes ideas que despierta la infinita variedad en que se fracciona una civilizacion más desarrollada; imperando sucesivamente con carácter absoluto en todas las épocas de decadencia; depositando por último la escasa virtud que les resta en una síntesis, mediante la cual se condenan á universal desden, cuando comienza á despuntar un nuevo

dia, las dinastias de los Racine y Víctor Hugo, expresion de nuestra imperfecta naturaleza, han monopolizado el favor de los salones y el de las plazas públicas, han ayudado la corrupcion literaria de la academia y del folletin, han satisfecho al gusto afeminadamente pulido del cortesano y al embotado sentimiento de las últimas clases sociales.

No es así como proceden los grandes ingenios ni los grandes pueblos, en esas obras inmortales que han engendrado con la sustancia de su propio espíritu, que viven de su vida y participan de todas sus condiciones: piedras miliarias, cada una de las cuales marca un progreso de la humanidad en su peregrinacion sobre la tierra. Señálese una sola de ellas, donde no se encuentren á la vez una extremada individualidad y un profundo sentido universal humano, un carácter delineado vigorosamente y un fondo que hace vibrar el sentimiento de todas las edades, un dato histórico, en fin, y una expresion de nuestra alma. Tales producciones se inspiran siempre de nobles pensamientos, de afectos poderosos, que dejan penetrar al través de su expléndido atavío un rayo fecundo que anima todo su sér, ilumina toda su complexion y guia á un mismo fin todos sus miembros.

Cualquier poesía que de otro modo se funda y constituye, lleva (por el diverso camino de la afectada pulcritud y del ciego culto de las muchedumbres) á la misma idolatría y absolutismo de la forma, ya predicada bajo el concepto de la clásica lima, ya bajo el no menos falso de la expresion, que todo lo santifican para sus respectivos sectarios. Siempre resultarán invertidas los condiciones esenciales del arte, desdeñándose lo sustancial é interior, esto es, lo que ha de avalorar y determinar á la forma, por lo externo y accesorio que de aquello depende, sustituyéndose á

la virilidad robusta del aire libre la enfermiza imbecilidad del invernadero y la taberna: siempre se necesitará construir para ella públicos artificiales—sociedades de excepcion en medio de la vida comun—escrupulosamente apartados de esa generalidad á cuyo corazon llama en vano la apariencia mentida de un mundo extravagante, reservado al corrompido gusto de sus adeptos.

(1863.)

DOS FOLLETOS SOBRE EL QUIJOTE.

I.

La Estafeta de Urganda ó Aviso de Cid Asam-Ouzad Benengeli, sobre el desencanto del Quijote, por D. Nicolás Diaz de Benjumea.—Lóndres, 1861.

Notable y verdaderamente digno de ocupar la mente de cuantos estudian las letras patrias es este opúsculo, y así lo demuestra la preferente atencion que á su exámen han dedicado las más autorizadas publicaciones de la córte. Mero aviso, como su mismo título lo indica, que prepara la aparicion de otra obra dotada de mayores proporciones, se halla escrito en una prosa elegante y castiza, que se señala por su naturalidad como por su pureza, cualidades que no siempre reunen nuestros escritores de hoy.

En cuanto al asunto de este boceto, es tan inmenso, que rebasa los límites en que se halla encerrado; y sólo podrá fundarse acerca de él una opinion ra-

zonada y prudente cuando sean conocidos los *Comentarios filosóficos* que anuncia el Sr. Benjumea: poco, por tanto, diremos sobre la materia.

Rebate el autor de la *Estafeta* la creencia vulgar de los que tienen al *Quijote* como una mera sátira de los libros de caballería. Otros críticos eminentes han penetrado antes que él en el espíritu de este libro, y no es esta la novedad característica del trabajo que nos ocupa, puesto que hoy no hay ya persona medianamente dotada de educacion artística, que conceptúe al *Quijote* como una mera parodia del género caballeresco. Aparte de otras pruebas, la popularidad y el sentido actual que conserva para nosotros la inmortal creacion de Cervantes, cuando los Oliveros y Amadises no tienen ya razon de ser, son claro testimonio de que en la historia del ingenioso manchego hay algo más que eso, algo que falta á los poemas de Boyardo y Ariosto, cuyo interés de actualidad es escaso y se refiere tan solo al que cualquier obra de arte despierta en nuestra imaginacion. Además, como dice M. Puibusque, (1)—uno de los críticos que más honran las letras francesas, y que sentimos no ver citado por el Sr. Benjumea—en España, país esencialmente caballeresco, ningun escritor notable se hubiera atrevido á poner en ridículo á los héroes nacionales, y los comentadores que atribuyen ese impío designio á Cervantes han incurrido en un error grosero.

El *Quijote*, pues, ese dramático libro, ese espejo del mundo real, esa profunda y humana historia de las ilusiones de un espíritu candoroso, esa novela elevada á la epopeya, contiene, como todo gran mo-

(1) *Hist. comp. de las Literaturas española y francesa*, t. I, pág. 287.

numento literario, un sentido interior que solo se alcanza, como observa el Sr. Benjumea, dejando la letra, y dirigiéndose rectamente al espíritu.

Mas no solo vá encaminada la crítica de *Cid Asam-Ouzad* á mostrar el valor histórico del *Quijote*, como síntesis de una época, y su valor filosófico, en el concepto de lucha entre lo ideal y lo real, ó de símbolo del dualismo humano, personificado en las dos figuras protagonista y antagonista del hidalgo y el escudero; sino que toma por principal objeto la identidad entre el mismo Cervantes y su héroe, considerando las aventuras de éste como el trasunto alegórico de la infortunada vida del príncipe de nuestros ingenios.

Suspendiendo nuestro juicio, repetimos, acerca de la mayor parte de las conclusiones del Sr. Benjumea, hasta que la publicacion de sus *Comentarios* nos coloque á su lado ó nos haga disentir de sus opiniones, por hoy no podemos menos de aplaudir el gigantesco esfuerzo con que en alas de una vastísima erudicion y de una meditacion detenida, ha elevado á tanta altura con sus nobles tareas la ilustracion de una de nuestras primeras glorias nacionales. El punto de partida de la *Estafeta de Urganda*, á saber, eso que podriamos llamar el esoterismo del *Quijote*, basta consignar que en nada se opone á los principios de la verdadera crítica, harto acostumbrada ya (contra lo que algun escritor ha afirmado con este motivo) á interpretaciones y estudios de esta clase, para que antes de conocer los fundamentos de las consideraciones del Sr. Benjumea, las moteje aventuradamente de extravagantes é ilusorias. Todo libro que reasume en sí el espíritu de una sociedad durante un período histórico determinado, contiene necesariamente los principios generales porque esa socie-

dad se gobierna, al mismo tiempo que los sentimientos y opiniones del autor, en cuyas obras literarias tanto influyen las circunstancias y accidentes de su vida. Al crítico pertenece la mision de desentrañar ambos elementos, separándolos entre sí y de la parte que á la imaginacion creadora únicamente corresponde.

Así se ha hecho desde remotos tiempos; y por no hacer una lista interminable, sólo citaremos el ejemplo de la *Divina Comedia* (recientemente alegada incomprensiblemente en contra del Sr. Benjumea), que fué explicada mucho tiempo en las cátedras de Italia. No es ciertamente de hoy la pretension, universalmente reconocida como justa y fundada, de hallar en ese grandioso poema un doble carácter de alegoría cristiana y de individualidad personal, que Hegel ha puesto en claro de una manera admirable: aun en nuestra patria, y en los albores de la literatura, se han escrito comentarios á esa obra colosal y, sin hablar de las glosas del texto, de índole gramatical y filológica, hoy mismo continúan semejantes trabajos de exposicion, de que puede dar una idea el libro de M. Ozanam (1). Por lo demás, si estamos lejos de pensar, como las escuelas fatalistas, que los grandes hombres son puramente un producto histórico, no ménos distantes nos hallamos de los escépticos, que todo lo refieren al capricho individual. No desconocemos el indisputable valor del elemento histórico en las creaciones del espíritu, singularmente en las que corresponden á la literatura objetiva, como la epopeya y la novela; pero reconocemos tambien la parte de la libertad humana, sin

(1) *Dante y la filosofía católica en el siglo* XIII.

la que el arte fuera de todo punto inconcebible.

No carecen, pues, de base las deducciones del señor Benjumea; y aun cuando, llevado de un exagerado celo, no acertase á detenerse dentro de los convenientes límites, esto no obsta para que aseguremos desde luego que ha partido de un supuesto enteramente admisible en buenos principios de crítica.

Por lo que hace á la forma del opúsculo que ligeramente analizamos, va precedido de una introduccion, á la que sigue una exposicion sucinta de los puntos cardinales que han de abrazar los *Comentarios*, cuales son: el espíritu del género literario á que el *Quijote* pertenece y el exámen de la época, obras y vida de su autor, ampliados con otros no ménos interesantes, como un análisis de las principales críticas que se han hecho del *Quijote*, la historia de este libro hasta nuestros dias, una «narracion preliminar documentada» y un «espécimen del comentario relativo á la auto-biografía ó personalidad de Cervantes.» Merece citarse especialmente el párrafo relativo á la locura de Quijano, que segun el señor Benjumea viene á reducirse á una melancolía, á un *pathos* ideal, «desenvuelto en todas las direcciones de la actividad humana:» asunto que le da márgen para atinadas y oportunas reflexiones que someramente inicia en uno de los mejores trozos de su apreciabilísimo folleto.

La índole de este breve exámen y la extremada concision que necesariamente domina en el *Aviso*, nos impiden hacernos cargo de algunos errores que ha dejado correr, con todo, la pluma del erudito escritor; porque no hallándose en su obrita suficientemente explanados, fuera difícil determinarlos con exactitud, y comprender hasta qué punto pueden viciar los trabajos de nuestro laborioso compatriota.

Nada decimos tampoco del método que indica haber adoptado en su interpretacion, y cuyos fundamentos carecemos aun de datos para juzgar.

Deseamos vivamente la aparicion de los *Comentarios filosóficos al Quijote*, para poder apreciar debidamente el trabajo del Sr. Benjumea, por cuya generosa empresa le damos nuestro modesto parabien, como amantes de cuanto redunda en pro de las letras españolas.

II.

El Quijote y la Estafeta de Urganda: Ensayo crítico por D. Francisco María Tubino.—Sevilla, 1862.

El folleto del Sr. Benjumea, preparando la aparicion de sus *Comentarios filosóficos al Quijote*, ha despertado, segun su autor se proponia, extraordinario movimiento en el campo de las letras, de que es notable muestra el libro del Sr. Tubino. Escrito con esas formas templadas, señal evidente de los progresos de nuestra crítica, que contrastan notablemente con las inoportunas ironías que este asunto ha merecido á otros escritores, revela al par no escasa erudicion y un recto sentido, cuyas conclusiones merecerian más alto aplauso si á veces no las esterilizaran ciertas preocupaciones literarias y filosóficas.

Comienza el ensayo del Sr. Tubino con una introduccion, á la que sigue el análisis de algunas opiniones emitidas por diferentes autores acerca de la índole del inmortal libro, honor imperecedero del genio español. Los «antecedentes morales y literarios» de este libro—en los que se comprenden dos eruditos trabajos sobre la caballería andante y su literatura—terminan (con un capítulo relativo á la filosofía del *Quijote*, y al cual sirve de epígrafe la aventurada frase: «el genio no inventa») lo que podriamos llamar primera parte del trabajo del señor Tubino, destinada especialmente á la exposicion de sus doctrinas para la interpretacion y significado de la profunda novela de Cervantes; doctrinas que le sirven de criterio para juzgar en los cuatro restan-

tes capítulos la *Estafeta de Urganda*, cuyo exámen constituye una segunda parte de este ensayo.

Ante todo, nos permitiremos protestar contra la prevencion anti-filosófica que arranca al autor de *El Quijote y la Estafeta* una censura tan poco meditada, tan poco digna de su ilustracion, y que hasta desdice de la misma índole de su trabajo, del espíritu de investigacion racional propio de nuestro siglo é hijo legítimo de nuestra naturaleza. Como si nos hallásemos en plena Enciclopedia, y el genio moderno, envuelto en un laberinto de dudas y contradicciones, no hubiese aun llegado á una inteligencia superior de los usos del pensamiento, anatematiza la inexcusable propension del hombre á juzgar la realidad histórica segun ideas, que no es otro el sentido de los estudios críticos. Mas «para el hombre, vivir es razonar,» exclama el gran padre de la poesía italiana; y «el análisis crítico, dice un docto escritor, no mata sino lo que es indigno de vivir.» Por otra parte, reconociendo la limitacion del sér finito, el hombre á quien esta consideracion impida cultivar sus facultades, cumpliendo sus altos fines, no sin fundamento pudiera ser comparado al labrador que decidiese abandonar su campo porque el mundo entero no le pertenece y su heredad tiene linderos.

No merece, sin embargo, el apreciable trabajo del Sr. Tubino tan justificada censura en todas ocasiones, y una sucinta idea de él nos mostrará lo que hay de verdadero y de falso en sus juicios.

Yerran, en concepto de este diligente escritor, cuantos críticos piensan hallar en el *Quijote* otro asunto que la sátira de los libros de caballerías: la novela de Cervantes no es *directamente* sino una crítica literaria, por más que, en forma mediata, contenga otros sentidos diversos, germinacion espontá-

nea del genio de su autor. La literatura caballeresca, segun el libro que nos ocupa, habia introducido con su preconizacion de la fuerza material y las extravagantes relaciones de sus quiméricas empresas, no pocos elementos perjudiciales y disolventes en el espíritu de la sociedad española, constituyendo una verdadera perturbacion en la doble esfera del arte y las costumbres. Cervantes, al atacarla, envuelve implícitamente en su intencion literaria la de oponerse á los perniciosos resultados de su influjo sobre las imaginaciones exaltadas, mostrando en la esfera del ridículo lo vano y despreciable de las románticas tentativas que absorben la actividad del hidalgo manchego: de esta suerte, la filosofía que realmente se entraña en el *Quijote* es relativa á la reforma del ideal de la vida y la restauracion del derecho y la justicia, violenta é impunemente hollados por los delirios caballerescos. Casi pudieran considerarse en el *Quijote* dos tendencias: una directa, local é histórica, á destruir los absurdos libros de caballerías; otra indirecta, trascendental y siempre viva, á predicar una caballería nueva; caballería «que tiene un altar en todo pecho noble, que vive apegada á toda idea progresiva y moralizadora, que aborrece el dolo y la deshonra, la humillacion y el vicio, que se exalta ante la contemplacion de un desafuero, y tiene una lágrima ó un apoyo para toda desgracia.»

Tales son las conclusiones del Sr. Tubino. El *Quijote*, en su sentir, no es más que una crítica caballeresca; *sin embargo*, hay quizás en él esa pretendida contienda de lo ideal y lo real: es una obra de puro entretenimiento, llana y sencilla, *por más que* «mirado desde cierto punto de vista, equivalga entre otras cosas á un libro de filosofía moral.»

Sentiriamos que esta, por necesidad abreviada, re-

lacion del libro del erudito sevillano no ofreciese, en la oscuridad de su concision, un exacto trasunto de sus opiniones; no tememos, con todo, que así suceda, aunque la ambigüedad de casi todas las declaraciones del Sr. Tubino se preste fácilmente á confusiones y logomaquias. De cualquier modo que sea, diremos ante todo que no vemos gran diferencia entre las conclusiones del Sr. Benjumea y las de su impugnador.

Niega el autor de la *Estafeta* que sea el *Quijote* únicamente una crítica de la literatura caballeresca; su adversario mismo lo confirma, contradiciendo no pocas veces su primitivo aserto de que es un libro de *mera diversion;* y si aquel le atribuye el doble pensamiento de una doctrina moral esotérica y de una representacion de la vida de Cervantes, este le asigna una elevada intencion, no sólo crítico-literaria (lo cual ya de por sí traspasa el concepto de obra puramente estética), sino filosófica y trascendental. La cuestion única y verdaderamente debatida entre los dos escritores es la de si esa trascendencia ulterior, esa virtud y eficacia íntimas de la célebre novela son asunto principal ó secundario de la concepcion de Cervantes: si brotan con inmediata espontaneidad en el discurso de la obra ó están deliberada y reflexivamente veladas bajo el artificio de una fábula que es generacion constante y alegórica de un segundo y encubierto designio. El Sr. Benjumea afirma desde luego la primera hipótesis; el Sr. Tubino parece inclinarse á la segunda. Y decimos *parece*, porque si bien claramente da á entender su juicio en conformidad con este sentido, el eclecticismo dominante en sus opiniones le hace conceder no pocas veces que un estudiado artificio envuelve, en ciertos pasajes de la obra, un valor interno y alu-

sivo á sucesos de la vida de su autor, incurriendo así parcialmente en lo mismo que censura como punto de partida en su contrario.

El problema, pues, se reduce de este modo á más secundarias proporciones; y es el caso que ni aun así puede ser convenientemente resuelto. Si á veces un autor imprime sin intento deliberado en una obra de pura imaginacion el carácter de sus ideas acerca de la vida y sociedad humanas, mezclando entre el tejido de aquella doctrinas que pueden ser como semilla esparcida al acaso (pero cuyo fruto puede y debe cosechar la crítica), la atenta consideracion de las leyes que regulan la produccion del arte todo, y muy particularmente de la literatura, no menos que la historia de esta misma, nos muestran que suele en ocasiones preceder á la concepcion de la fantasía un plan reflexivo, que esta es llamada luego á vestir en ciertos géneros (poesía didáctica, fábula, cuento moral, etc.), ó que se funde y compenetra en esa armonía de lo conscio y lo inconscio realizada en todas las esferas de lo bello artístico. Mas en este caso y viniendo á la cuestion, ¿habrá de permanecer ésta siempre insoluble para la crítica? Ciertamente no; pero existiendo iguales motivos hasta ahora para confirmar que para negar las opiniones del Sr. Benjumea, parece lo más prudente aguardar á que en sus *Comentarios* exponga detallada y convenientemente los fundamentos de su interpretacion. Entonces, y sólo entonces, procederá esa especie de cruzada que la *Estafeta*, como toda novedad, ha levantado, y que si redunda en pro de las letras, en cuanto favorece el movimiento de esta clase de estudios, y contribuye á ilustrar el problema con antecedentes y datos aducidos por cada cual en el debate, es inútil y aun puede ser perjudicial si, traspasando sus